



**Samuel R.
Delany**

En Çiron vuelan

Prólogo de
Joe Haldeman

Lectulandia

Esta novela relata la terrible invasión que sufre un pueblo pacífico, pretecnológico, que desconoce muchas cosas, entre ellas las armas, el homicidio, la rendición, el dinero y el monoteísmo. En su ayuda acude una tercera cultura, representada por una sociedad de seres alados que tiene una visión del mundo intermedia entre agresor y agredido.

«Una historia violenta que es a la vez una meditación madura y tierna sobre la violencia». Ursula K. Le Guin

«Considero a Delany no solo uno de los escritores de ciencia ficción más importantes de la presente generación, sino un escritor fascinante en general que ha inventado un nuevo estilo». Umberto Eco

Lectulandia

Samuel R. Delany

En Çiron vuelan

ePub r1.3

FLeCos 15.08.2015

Título original: *They Fly at Çiron*
Samuel R. Delany, 1993
Traducción: Mirtta Hillen

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Chicago, julio de 1999

*Para
Dennis Rickett
y con agradecimiento a
Sam DeBenedetto,
Leonard Gibb
Don Eric Levine*

Prólogo

Samuel R. Delany es uno de los escritores norteamericanos de ciencia ficción y fantasía más respetados y galardonados. Vendió su primera novela a los diecinueve años y emprendió entonces una notable carrera de escritor, tanto por la calidad como por la cantidad. Como joven líder de la revolucionaria «nueva ola» de las décadas de los sesenta y los setenta, ayudó a llevar nuevo entusiasmo y nueva madurez a la ciencia ficción y a la literatura fantástica.

Pero su relación con esos géneros no lo ha limitado. Ha escrito abstrusos y concienzudos ensayos críticos como *The Jewel-Hinged Jaw* y *The American Shore*. Sus libros autobiográficos *Heavenly Breakfast* y *The Motion of Light in Water* son exploraciones sinceras de la sexualidad y el amor. Sus cuentos, reunidos en *Driftglass* y *Distant Stars*, son joyas de la comprensión.

En Çiron vuelan es una novela interesante, inusual por su escurridiza negativa a dejarse clasificar en un género. Al principio parece una novela fantástica de naturaleza bucólica, pero después adopta la apariencia de ese híbrido que yo llamo «fantasía racionalizada»: relatos que producen una sensación de fantasía pero donde el mundo fantástico tiene una justificación similar a la que produce la ciencia ficción. Pero al final la novela parece ser un tercer tipo de relato: una fábula.

Samuel R. Delany es un escritor sutil y complejo, de manera que cuando presenta a los çironianos que llevan una imposible vida paradisíaca en su valle protegido uno empieza inmediatamente a sospechar que se está preparando algo extraño. Los çironianos no saben qué es el crimen ni qué es el dinero; son felices y carecen de necesidades. Sólo se visten cuando es necesario. Su historia se remonta nada más que a «las cuatro o cinco generaciones que tarda un rollo funerario en pudrirse». La canción de juglar que abre el libro dice que algunos de esos pueblos inocentes han persistido, pero que la mayoría perduran menos de una vida.

De manera que los çironianos están condenados, y enseguida se nos presenta a sus inminentes justicieros, los sanguinarios myetranos. Esos atractivos sujetos tienen la disciplina instintiva de los nazis alemanes y, aparentemente, el sanguinario sadismo de Vlad el Empalador, junto con un mandato para expandirse que satisfaría al más ambicioso de los emperadores romanos.

Y tienen pistolas de rayos futuristas, al menos para los oficiales: cuando se nos muestra esas armas uno de los oficiales se está divirtiendo con una jaula llena de prisioneros, a los que vuela la cabeza uno por uno. Los oficiales montan anticuados caballos, pero tienen capas de alta tecnología (¿o magia?), que el viento no hincha cuando cabalgan, y aparentemente los protegen de todo daño.

En el primer capítulo se nos ofrece otro elemento típico de la ciencia ficción, una raza de extraños seres conocidos como los Alados, que coexisten con los humanos de

ese mundo. Desde el punto de vista técnico pertenecen a la «fantasía científica», puesto que esas criaturas no podrían existir a menos que se suspendieran las leyes de la aerodinámica.

Pero los Alados son de vital importancia para la historia, pues ofrecen una especie de puente entre los dos pueblos que van a chocar en una desigual masacre. Los Alados tienen un oído prodigiosamente desarrollado, y desde el aire pueden escuchar las conversaciones humanas.

Descubren que después de vencer a los çironianos la horda myetrana empezará a perseguirlos a ellos. Por lo tanto tienen que hacer causa común con esos irreflexivos inocentes antes de que sea tarde.

Lo que se prepara es algo más que una batalla fantástica. Al descubierto está la inocencia pura, con el mal puro en la puerta, y lo que se interpone entre ellos no es en realidad una manada de monstruos con aspecto de murciélagos: es la Razón disfrazada de locura; es la Civilización traída por criaturas hasta entonces consideradas bestias.

Delany hace cosas interesantes con nuestras expectativas de lectores. El lenguaje del relato es el de los cuentos de hadas, pero en esas cadencias describe cosas que están fuera del ámbito habitual de la literatura infantil: la descripción realista de las funciones corporales, una maliciosa burla de la inocencia y escenas de masacre, furia loca, violación y tortura. La historia es para adultos, pero el lenguaje nos invita a entrar en ella como si fuéramos niños, lo que la hace más espeluznante.

Aquí hay escenas de apasionante intensidad, más admirables aún a causa de las restricciones de lenguaje y carácter que Delany se ha impuesto. Un emocionante encuentro con un monstruo, la pérdida de la inocencia en una implosión de ira, un perverso monólogo sobre la necesidad de una conducta brutal.

Este libro es una buena introducción a la obra de Delany. Espero que los lectores se interesen en ella y busquen después las fabulosas novelas de ciencia ficción *Babel-17* y *La intersección de Einstein*, los clásicos de la literatura fantástica *La caída de las torres* y *Return to Nevèryon* y la inclasificable y fascinante novela *Dhalgren*.

Joe Haldeman

Nota

La primera versión de *En Çiron vuelan* fue un cuento de cuarenta y cinco páginas que escribí en mi apartamento del segundo piso del lado sin salida de la calle 5 Este. Lo copié a máquina de mis cuadernos de espiral a fines de la primavera de 1962. Pero mi editor no lo aceptó; yo tampoco estaba satisfecho con el resultado. Allá por 1969 di el manuscrito a mi amigo James Sallis. Jim reescribió el comienzo. Esa versión apareció como colaboración, firmada por los dos, en el número de junio del 71 de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Pero veinte años más tarde se me ocurrió que valía la pena pasar el relato por el procesador de textos. Cuando terminé, tenía un manuscrito de ciento cincuenta páginas. Agregué mucho, pero no dejé ninguna de las inventivas enmiendas de Jim. No obstante, esas enmiendas sirvieron de inestimable crítica, pues definieron carencias que ahora traté de otro modo. Como no queda nada del lenguaje de Jim, no puedo reeditar *En Çiron vuelan* como una verdadera colaboración. Pero tampoco la puedo publicar —con más razón esta versión que la del 71—, sin reconocer esa crítica, responsable de todo el valor de lectura que pueda contener. En 1992 Randy Byers y Ron Drummond hicieron críticas igualmente detalladas de la nueva versión. Y desde mi soleado estudio de Amherst les fui respondiendo lo mejor que pude, y el manuscrito creció otras cincuenta páginas. En un sentido ésta es mi segunda novela, sólo que me llevó treinta años escribirla.

S. R. D.

EN ÇIRON VUELAN

Proemio

Entre las tribus y los pueblos y las aldeas y los ayuntamientos que adornan el mundo con su variedad, muchos han existido consagrados al apoyo mutuo, al intercambio y a la amistad.

Muchos otros se han cerrado, mirando a los vecinos con inquietud, hostilidad y recelo. Algunos han pasado de un estado al otro. Algunos incluso han vuelto a su primitiva actitud.

Pero cuando la memoria de una aldea no tiene más de las cuatro o cinco generaciones que tarda un rollo funerario en pudrirse, no hay historia, sino mito y canción. Y la verdad es que, aunque unos pocos resuenen a lo largo de los siglos, sólo un puñado perdura más de una temporada; y la inmensa mayoría de esos puñados persiste (escucha las canciones y los mitos que te rodean) menos de una vida.

1

—Son perros.

—Mi príncipe...

—Son menos que perros. Míralos, se arrastran sobre el vientre como gusanos.

—Príncipe Nactor, son hombres, hombres que lucharon con valentía contra nosotros.

—... y a quienes vencimos, teniente Kire. —El príncipe deslizó los largos dedos por los rombos de los alambres cruzados de la valla y cerró la mano—. Eso me da derecho a hacer lo que quiera con ellos. —Con la mano libre, sin quitarse el guante de cuero, sacó el fusil de energía—. Lo que quiera.

—Mi príncipe, ¡vuestro es también el derecho a ser clemente...!

—Incluso esto, Kire. —Nactor metió la punta del cañón entre los alambres—. Ahora observa. —Ante el primer disparo, los dos hombres que todavía podían gritar empezaron a chillar de nuevo. Otro, que aún podía moverse, se arrastró sobre la tierra, se aferró a la alambrada e intentó ponerse de pie. Apretó el alambre con los dedos. En silencio abrió y cerró la boca y volvió a abrirla. Nactor lo miró y sonrió detrás de la barba—. ¿Verdad que huele a carne asada? —Dio media vuelta y metió el cañón entre los alambres, apuntando al ojo del prisionero.

La detonación hizo saltar la pistola y la alambrada.

Un cuello carbonizado y unas manos ensangrentadas resbalaron hasta el suelo.

Dejó a los dos más ruidosos para el final, con un intervalo de cuarenta segundos. Durante esos segundos, mientras el humo sobre la alambrada volvía a asentarse, Nactor empezó a sonreír. El que estaba acurrucado abrió los ojos y volvió a cerrarlos con fuerza; hacía un ruido que, más que un grito, era una mezcla de aullido y gemido. La barba de Nactor cambió un poco de forma cuando, detrás de ella, la cara pareció mostrar señales de compasión. Se inclinó hacia la alambrada como si al fin viera algo humano, algo vivo, algo que reconocía.

Sin dejar de hacer aquel ruido, el prisionero empezó a parpadear.

Nactor bajó la pistola.

Entre las costras y el barro, el hombre dejó traslucir otra expresión además del terror; aspiró...

Nactor metió el fusil entre los alambres y disparó.

La valla se sacudió.

Una mano ahora carbonizada resbaló por el fango. Algo que ya no era una cara cayó salpicando el suelo.

Nactor volvió a guardar el arma, soltó la alambrada y se apartó del corral.

—Me resulta más fácil matar a éstos —la valla tembló— que a aquellas criaturas de las cavernas que exterminamos hace tres ataques. Éstos al menos eran humanos.

Pero aquéllos, con el cuero peludo y las uñas gruesas, como garras de bestias... supongo que me recordaban a los perros que tengo en casa. Allí tus peticiones de clemencia, tus miradas de reproche y tus enfados realmente me sacaron del quicio, Kire. Valió la pena hacerlo, aunque sólo fuera para tenerte callado... —Miró hacia donde la mano de Kire iba y venía acercándose y alejándose del arma que llevaba en la cadera—. Pero dejaremos aquí las cosas si esto no te levanta el ánimo. ¿Teniente? —Tres tirones más y el brazo de Kire, enfundado en negro, se alargó—. ¿Necesito recordarte que el propósito de esta expedición es la conquista, que Myetra debe expandir sus horizontes para no morir? Cuando llegue el momento de nuestro encuentro final con Calvicon, confío en que te destacarás en la batalla, al servicio de Myetra, honrando a tus superiores, que te observan, y a tus hombres, que confían en ti.

El príncipe palmeó la culata del fusil de energía y pasó los dedos enguantados por el repujado de plata que representaba a Kirke, el cuervo totémico de Myetra. (La plata provenía de las minas de Lehryard; los fusiles se fabricaban en las Montañas de Tradk. Myetra canjeaba las pistolas y la plata por el trigo que expoliaba a las aldeas de las áridas mesetas de Zeneya. Hasta Kirke, reflexionó Kire, procedía de una tierra lejana cuyo nombre ya no recordaba y que Myetra había arrasado hacía mucho tiempo.)

—¿Cuál es nuestra misión ahora, Kire? Para saber que no te has olvidado: marchar con nuestras tropas por esta tierra en una línea tan recta como... ¿Cómo qué?

—Tan recta como una gota de sangre que baja por un muro recién pintado. —La voz del teniente era suave, mesurada, pero había en ella cierta brusquedad proveniente quizá de un acento de clase, un timbre emocional o un simple defecto en el mecanismo de la lengua, la garganta y la laringe—. A nuestras espaldas quedan devastadas Shoen, Horvarth, Nutting y otras catorce aldeas. Por delante, antes de llegar a Calvicon para nuestro encuentro final, nos queda por aplastar Çiron, Hi-Vator, Requiror y siete poblados más.

El príncipe levantó la mano enguantada, y con el índice desnudo empezó a contar uno, dos, tres...

—Si, son siete. Por un momento creí que eran ocho. Quizá pienses que yo quería prolongar los placeres de este agradable viaje que empezamos hace un año y medio. Pero tienes razón. Sólo son siete. En la guerra, Kire, la mejor manera de derramar sangre es derramarla donde todos la puedan ver. La derramas despacio, muy despacio, para que el enemigo tenga tiempo de comprender todo nuestro poder y nuestra grandeza, la grandeza de Myetra. Algunos nativos están dotados para el trabajo, para el esfuerzo y para el sufrimiento. Y otros tienen talento para gobernar. ¡Myetra...! —El príncipe saludó levantando el puño enguantado. Pero al bajarlo la sonrisa que se le formó detrás de la espesa barba quitó toda seriedad al asunto—. La verdad es que no hay otro camino. —Con los nudillos descubiertos, el príncipe se

atusó la áspera barba de las patillas y después la perilla—. Los que no están de acuerdo, los que crean que existe otro camino, son enemigos de Myetra. Ya has visto cuán compasiva es Myetra con sus enemigos ¿verdad, Kire?

De repente, el príncipe Nactor dio media vuelta y echó a andar hacia su tienda.

Con la ropa interior negra, cubierta por un jubón negro con calzas negras, las caderas y el pecho cruzados por un arnés negro, la cara ceñida por una capucha negra (una cimitarra de pelo castaño se le había escapado por un lado) y con una capa color noche que la constante brisa del este no lograba levantar hasta donde uno esperaba, el alto teniente también dio media vuelta —después de soltar un suspiro— y salió del corral.

Los soldados estaban sentados alrededor de fogatas que el sol plateado hacía palidecer hasta volverlas casi invisibles. Algunos hombres limpiaban las armas. Otros hablaban de la próxima marcha. Uno o dos estaban todavía comiendo. El montículo de una armadura lanzó por un instante un resplandor a los ojos de Kire, más brillante que las llamas.

Vestido sólo con los calzoncillos marrones, con las piernas cruzadas, encorvado sobre una pata de conejo asado, el diminuto soldado Mrowky, levantó la mirada y dijo:

—Teniente Kire, venga a comer...

El corpulento Uk, de pie junto al fuego, con la barriga al aire entre la cintura de los calzoncillos y el dobladillo de la camiseta, dijo:

—Eh, teniente...

En el suelo, Mrowky alzó unos hombros pecosos.

—Señor, guardamos algo de liebre...

Pero Kire siguió hacia el recinto de los caballos donde dos guardias descruzaron rápidamente las lanzas y levantaron los puños. (Kire pensó: Qué poco saben estos hombres de lo que pasa en su propio campamento.) Pasó entre ellos y dentro extendió la mano y bajó una brida, y luego se inclinó para levantar una silla de montar. Desató a su yegua, le pasó la correa por la cabeza, le colocó la silla en el lomo y se agachó debajo del vientre del animal para ceñir la cincha. Una bota negra en el estribo de hierro negro y un instante después salió al galope, anunciando:

—Regresaré antes de que levantemos el campamento para ir a Çiron.

El viento rugía golpeándole la cara, pero sin llegar siquiera a llenarle la capa. Los cascos levantaban polvo y guijarros pequeños y crujían en los tojos. El follaje lo rozaba. Debajo iba pasando la tierra.

Borrosas y distantes, las montañas de Çiron lamían el horizonte. Kire condujo el caballo por un bosque pequeño y frondoso. Una rama lo raspó por la derecha. Una ramita con hojas pequeñas le rozó la mejilla izquierda. La yegua avanzaba; detrás de ellos los arbustos y las ramas volvían rápidamente a cerrarse. Al llegar a un arroyo, Kire clavó los talones en las ijadas del animal y agitó las riendas...

... un instante más tarde, con cuatro golpes sonoros y casi simultáneos, los cascos pisaron la orilla más pedregosa. Los guijarros salpicaron otra vez el agua. Kire avanzó, subió una cuesta y se detuvo, inclinándose para pasar un guante negro por el pescuezo chato. Iba a empezar a galopar bajando entre los árboles cuando un aullido largo e inhumano hizo que el animal se encabritara; Kire tiró con fuerza de la rienda y apretó las calzas negras contra las ijadas.

Ronco y penetrante, volvió el aullido. La yegua bailó de costado.

Kire se apeó y tiró las riendas al suelo. La yegua bufó dos veces y se apaciguó.

Doblando la pierna de arriba y estirando la de abajo, Kire fue bajando por la pendiente, rodeando una roca.

Sorprendentemente cerca, el aullido cortaba ahora las hojas bajas.

Kire caminó alrededor de piedras rotas, se detuvo y aspiró:

Un hombre, una bestia...

Unas garras amarillas cortaron un hombro moreno. El hombro se sacudió, la cabeza esquivó; el pelo negro saltó hacia arriba y hacia adelante. Los cuerpos quedaron trabados. Afirmado en el suelo, un pie descalzo se hundió entre hojas de pino secas.

Unos colmillos intentaron morder una muñeca que se alejó a tiempo para sujetar el cuello del puma por detrás. Esta vez, cuando el aullido salió entre encías negras y dientes grises, algo se quebró.

Una zarpa ancha aferró al hombre por un costado, pero el grito se debilitó y las garras se retrajeron.

Kire soltó el aire mientras el puma y el hombre, uno muerto y el otro exhausto, se desplomaban sobre sus propias sombras.

Antes de que Kire recobrase el aliento, otra sombra se deslizó por encima de ellos. En el suelo, el hombre se levantó apoyándose en un brazo y se echó hacia atrás la larga cabellera. Kire dio un paso adelante, y vio cómo la sombra que había sobre ellos se volvía cada vez más pequeña y oscura. Alargó la mano para tocar aquel hombro. Al mismo tiempo miró hacia arriba.

La cosa que volaba —el sol por detrás ardía sobre uno de los bordes del ala y Kire sólo podía ver su tamaño— se posó. El cañón del fusil de Kire apuntó. La detonación rasgó el aire... pero había sido un disparo hecho al azar.

Arriba, aquello esquivó el disparo con alas que brillaban como cuarzo picado y después aleteó con fuerza alejándose.

A los pies de Kire, el hombre desnudo gateaba junto a la bestia.

—Ya se ha ido —dijo con aspereza Kire—. Levántate. El hombre se arrodilló y aspiró con fuerza entre labios levantados por dientes grandes y amarillos. Luego se puso de pie.

Era un palmo más alto que Kire. Y por lo menos seis años menor, decidió el teniente, a juzgar por aquella cara ancha y morena, el pelo mojado de sudor que le caía en mechones negros por la frente y por las mejillas todavía fruncidas por los

jadeos de la lucha. Los ojos eran de color del ámbar derretido, húmedos e intensos.

(Los ojos del teniente eran de un frío y asombroso verde.)

Kire se levantó la capa, se la echó sobre el brazo y guardó el fusil.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Rahm. —Todavía jadeando, Rahm levantó los gruesos dedos para quitarse la tierra y el pelo del puma del pecho agitado y del vientre rígido—. Rahm de Çiron. — Los, labios esbozaron una sonrisa—. Te agradezco que hayas puesto en fuga a ese Alado...

Señaló la cincha negra que Kire llevaba alrededor de la cintura.

—Éste es mi fusil de energía. —Kire notó que el dialecto del joven alto se parecía al de Myetra—. Rahm... —gruñó el comandante; sonó como si a continuación algo le pusiera áspera la voz—. Conque de Çiron, ¿eh?

El çironiano sonrió abiertamente.

—¿Ése es... un fusil de energía? Es aterrador, el... fusil de energía. —Movió la cabeza: en el hombro, donde la fiera le había puesto la zarpa, tenía suelto un mechón de pelo—. Y tú, que te has convertido en amigo de Rahm, ¿quién eres?

—Yo soy Kire. —No le dio su origen, aunque con Kirke sobre la izquierda del pecho, la capa y el portafusil, suponía que no hacía falta.

—Tú eres un forastero en estas tierras —dijo Rahm—. ¿Hacia dónde viajas?

—Pronto iré hacia las montañas de Çiron. Pero por ahora no soy más que un trotamundos que mira la tierra que lo rodea para aprender de ella todo lo posible.

—Yo también soy un trotamundos, o lo he sido. Pero ahora regreso a Çiron. —De repente el joven de pelo negro se agachó, agarró la amarilla pata delantera del animal y tiró—. Toma. —Empujó con un pie moreno el pálido vientre peludo para levantar al animal sobre las agujas de pino secas. Con los ojos cerrados, la cabeza del puma giró hacia un lado, como si por el momento quisiera evitar los ojos intensos y marrones de su asesino—. Como me salvaste del Alado, tú deberías quedarte con el león. Había pensado llevármelo a casa, que está a sólo tres horas de caminata. Pero tú tienes un caballo. —Señaló hacia la cuesta—. Es tuyo.

Kire sintió que se le distendía el rostro, esbozando una sonrisa.

—Gracias. —No era una sonrisa la expresión que hubiese pensado mostrar a ese joven çironiano. Así que dio un paso atrás y se apoyó en la piedra—. ¿Rahm...? —Kire miró al cielo y después otra vez a Rahm—. ¿Cómo es que viajas desnudo y sin un arma? Rahm se encogió de hombros.

—Hace calor. Tengo brazos fuertes. —En ese momento frunció el ceño—. ¿Un arma...?

—No sabes lo que es un arma... Rahm negó con la cabeza.

—Supongamos que no hubieses sido capaz de matar al puma sólo con las manos...

—Al final, después de haberlo lastimado lo suficiente, se habría asustado y habría huido. —El joven se echó a reír—. O me podría haber matado. Pero eso no sería

posible. Soy más fuerte que cualquier animal de estas tierras, con excepción, quizá, de los Alados.

—¿Y qué son los Alados?

—Viven en las montañas de Çiron, en Hi-Vator. Tienen los nidos en las rocas más altas, en las cuevas entre los peñascos y las cumbres.

—Çiron... —repitió el teniente—. Hi-Vator... Pero Çiron está al pie de las montañas.

Rahm asintió. A través de lo que quedaba de su propia sonrisa, Rahm se encontró mirando un rostro que no sonreía en absoluto.

—¿Todos los çironianos andan así? —preguntó Kire—. ¿Son todos así de pacíficos? Quizá tú, muchacho, seas sólo un simplón...

—Sí, somos pacíficos. No tenemos armas, si es eso lo que quieres decir. Muchos de nosotros, aunque no todos, andamos desnudos.

Ceñido por la tela negra, el teniente rió entre dientes.

Y Rahm se rió con él, mientras separaba las piernas y aspiraba hondo para sostener la risa, mientras se echaba el pelo negro hacia atrás y parecía desbordar el espacio que era natural y generosamente suyo.

—¡Pero eres el primero que me considera simplote!

—¿De dónde vienes ahora, çironiano? ¿Quiénes son tus padres? ¿Cómo vives?

—Vengo de pasear una semana por allá afuera. Es costumbre en nuestro pueblo que toda persona salga a caminar una vez cada tres años. Mis padres murieron de fiebre cuando yo era niño. Ienbar, el viejo sepulturero, se ocupó de mí y yo trabajo con él cuando hace falta. Otras veces ayudo en los campos de cereales.

—Esos músculos ¿son de cavar tumbas, de levantar la azada y de empujar el arado?

—Algunos, sí. —Rahm levantó un brazo y cerró el puño con indiferencia—. Siempre gano algún premio en los campeonatos del pueblo. Pero muchos son del año en que descargué piedras con Brumer y Heben y Gargula y Tenuk, que ahora trabaja conmigo en los campos, y con los demás muchachos de la pandilla para poner los cimientos de nuestro nuevo edificio del consejo.

—Y ni siquiera sabes lo que es un arma...

Kire se apartó de la piedra en la que había estado apoyado y miró como quien de repente se aburre de una broma antes de echar a andar. Mientras subía por la cuesta, su pesada capa, que ningún viento hinchaba o levantaba, se movía sólo un poco, a derecha e izquierda. La yegua levantó la cabeza. Kire tomó las riendas, aferró el arzón, levantó una bota hasta el estribo y de un salto montó en el animal.

—¡Amigo Kire —gritó el çironiano—, el león! ¿Serías capaz de irte sin mi obsequio?

Mientras la yegua se encabritaba y giraba, Kire gritó con voz ronca:

—No me he olvidado.

Llevó el caballo cuesta abajo.

Rahm agarró una pata trasera con una mano y con la otra la pata opuesta delantera. Levantó alto el cadáver, que quedó con la cabeza colgando hacia atrás.

La boca estaba abierta. Mostraba los dientes.

La yegua respingó ante aquella cosa muerta, pero Kire se agachó para agarrar un puñado de pelo suelto. Tiró mientras Rahm empujaba, atravesando el puma sobre el lomo de la yegua. Con el regalo en su sitio, Kire se inclinó y aferró con el guante negro el hombro del çironiano.

—No lo olvidaré —dijo entre dientes mientras daba media vuelta—, aunque algún día quizá *tú* quieras olvidarlo.

Pero esas últimas palabras se perdieron entre el ruido de las hojas pisadas por los cascos de la yegua y el tono brusco de la voz.

Los cascos golpearon la tierra y Rahm dio un salto atrás.

Kire de Myetra subió la cuesta mientras su capa apenas se deslizaba sobre las ancas de la yegua color caoba. Con un golpe de riendas desapareció allá arriba, desconcertando a Rahm con esa despedida.

—¡Naä canta con tanta gracia! —dijo una.

—Naä canta como un pájaro —dijo otra—. Como una alondra.

En medio de las mujeres, Rimgia se agachaba entre las filas que, al quedarle por encima de los ojos, se convertían en una jungla dorada por donde trepaba el canto de Naä. Rimgia se envolvía la mano con los tallos de las plantas y tiraba. Hacía horas que estaba trabajando y le dolía el costado. Un rato más y le escocerían los bordes de las palmas.

Pero Naä cantaba.

Y la canción *era* hermosa.

¿De veras trabajaban mejor cuando oían cantar? De vez en cuando, al prestar atención a las palabras, resultaba más agradable trabajar así. La mayoría de las mujeres decían que trabajaban mejor. Y todos los hombres. Y Rimgia sabía que no convenía cuestionar demasiado lo que decía la gente, a menos que uno se lo pensara larga y cuidadosamente, y escogiese las palabras precisas. Quien había introducido este último lugar común en el pueblo era su padre Kern, un hombre más conocido por su silencio que por su locuacidad.

Mientras Rimgia cortaba y escuchaba, el chirrido continuo del carro de agua se imponía a la brisa y a la música. Rimgia se levantó y sintió cómo el hambre le hacía sonar las tripas. La llegada del carro de agua era la señal para parar y volver a casa.

Por lo visto era también la señal para Naä. Al final de la estrofa, cuando el alegre joven, tan fuerte y bello, besaba a la muchacha de cabello negro como el azabache, Naä levantó el arpa y la sujetó con la correa de cuero detrás de la espalda apartó la rodilla izquierda del tobillo derecho y de un salto bajó de la piedra. Se echó la cabellera parda hacia atrás y saludó a Mantice, el fornido conductor del carro de agua. (Su nombre tenía tres sílabas, la última con la «c» más suave. En ese lugar significaba pájaro, no bicho.)

Mientras recibía las sonrisas y las cálidas palabras de las mujeres trabajadoras, Rimgia, cuyo cabello era del color del corazón de una zanahoria partida, tomó un cucharón de agua que le alcanzó Mantice desde el carro; riéndose de una mujer, cuchicheando con otra sobre el nuevo novio de una tercera y mirando con una breve sonrisa burlona a otra que apareció contando todos los pormenores de la historia de una hija de cuatro años, corrió al camino para reunirse con la cantante.

Al ver a Rimgia, Naä se detuvo a esperarla. Llevaban un minuto caminando juntas cuando Rimgia preguntó:

—Naä, ¿qué crees que nos pasa cuando nos morimos?

Hizo la pregunta porque Naä era una persona a la que se le podía preguntar esas cosas sin que se riera de ti, sin que fuera a contarle a otros lo rara que eras, y al día

siguiente, al doblar una esquina o al llegar al pozo, no oirías a nadie murmurando o riéndose de ti.

Había en la pregunta de Rimgia más motivos que el deseo de saber. En realidad, le gustaba la idea de que la cantante trotamundos encontrara suficiente interés en ella y en sus a veces extraños pensamientos como para hablar de ellos en serio. Por lo tanto, a veces, Rimgia procuraba que sus pensamientos pareciesen más serios de lo que eran.

—¿Cuándo nos morimos? —dijo Naä, reflexiva—. Sospecho que es una nada tan grande y absoluta por siempre jamás que ni siquiera sabes que está allí, porque ya no hay ningún conocimiento. Creo que ésa es la apuesta más segura, al menos para vivir la vida de la mejor manera posible mientras se la tiene. —Hizo una pausa—. Pero una vez, hace unos tres o cuatro años, estuve en un país que tenía las ideas más extrañas al respecto.

—¿Sí? —preguntó Rimgia—. ¿Qué ideas eran?

—Los ancianos de aquellos pueblos estaban convencidos de que sólo existía una única gran conciencia de todo el universo, una conciencia que podía vagar en libertad por todo el espacio y el tiempo, hacia atrás y hacia delante, no sólo por todo este mundo sino por todos los cientos y millones y cientos de millones de mundos, desde el comienzo de los tiempos hasta el final. ¿Conoces las pequeñas inscripciones que Ienbar hace en los rollos de corteza acerca de cada persona que entierra allá en el camposanto? Aunque pasen cincuenta años de la muerte de alguien en este pueblo, Ienbar puede buscar en los rollos y decirte cómo se llamaba, dónde vivía, quiénes eran sus hijos, qué trabajo tenía y por qué buenas y malas acciones se lo recordaba en el pueblo. Bueno, según esos ancianos, tú y yo no estamos realmente vivas, no estamos viviendo realmente nuestras vidas en este momento, mientras vamos por este camino y apartamos las ramas que salen de la maleza. —Naä agarró y soltó una rama, que volvió a su sitio con un chasquido—. Lo que pensamos y sentimos y experimentamos como nuestra propia conciencia mientras vamos viviendo de un momento a otro es, en realidad, la gran conciencia única que lee nuestras vidas, desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte, como si cada uno de nosotros sólo fuera una anotación en los rollos de Ienbar. En cualquier instante del aquí y ahora, lo que experimentas como tu conciencia actual no es más que la posición que por casualidad ocupa la conciencia: aquello de lo que es consciente mientras te lee. Pero esa gran conciencia es la única conciencia que existe, creyendo ahora que es Rimgia la recolectora de granos, creyendo ahora que es Tenuk el labrador, creyendo ahora que es Mantice el conductor del carro de agua, creyendo ahora que es Naä la cantante. Por supuesto, mientras te lee se enfrasca en todo lo que pasa, en cada pequeño detalle: como tú te podrías haber enfrascado en alguna de las canciones que canté anoche en la oscuridad, cuando casi se habían apagado las brasas, cuando la canción parece más real que la oscuridad que nos rodea. Pero esa conciencia lee toda la vida, no sólo la tuya y la mía sino la de cada ser humano: lee la vida de cada bicho y cada escarabajo

y cada mosquito, de cada lombriz y cada hormiga y cada salamandra, la vida de cada gallina a la que le retuerces el pescuezo para preparar la cena y la de cada cabrito al que le cortas el cuello para asarlo; y también de cada brizna de hierba y de cada flor y de cada árbol. Lee cada acción y suceso bueno y servicial y amistoso. Lee cada cosa hiriente, desagradable y dañina que le haya ocurrido a cualquier persona o criatura ya sea por negligencia o por maldad deliberada.

—Pero ¿para qué sirve toda esa lectura de todos nosotros? —rió Rimgia. (A veces las ideas de Naä podían ser más raras que las preguntas que las ocasionaban.)—. ¿Es para aprender algo? ¿Para aprender en qué consiste la vida, la vida de los mosquitos y la gente y las flores y las gallinas y los bichos y los cabritos y los árboles?

—Es ahí donde la teoría se vuelve bastante extraña —explicó Naä—. Lo que la gran y única conciencia que es la conciencia del aquí y ahora de todos nosotros trata de aprender es qué *no* es la vida: la Vida mayor que es su propia totalidad completa. Cuando termina de leer, sabe que por interesantes y apasionantes que sean las diferentes partes de tu vida, la Vida *realmente* no consiste en eso. Pero sólo cuando termina de leer toda tu vida, sólo cuando de hecho se ha convertido en ti y ha experimentado el paso de tus años, puede saberlo con certeza. Y sólo cuando termina de leerme sabe que mi vida tampoco es la esencia. Y así funciona, con cada viejo y sabio ermitaño y con cada tonto mosquito y cada gran rey que gobierna una nación. Y cuando termina por completo con todas las cosas que puede leer, desde la vida de cada niño enfermizo muerto una hora después de nacer hasta cada bruja centenaria que al, fin se cae muerta, desde cada pez devorado por una rana hasta cada alce que baja brincando de la cumbre de una montaña y cada águila que los sobrevuela hasta cada polluelo muerto dentro del huevo tres días antes de salir del cascarón, sólo entonces la conciencia quedará eximida de la lectura para ser maravillosa y gloriosamente ella misma, con la gran y universal simplicidad que ha aprendido. Eso es lo que creían aquellos ancianos, y eso es lo que le contaban a su gente.

Las dos jóvenes caminaron en silencio.

Después Naä prosiguió:

—Pero tengo que reconocer que aunque esa idea me pareció interesante, no estoy muy segura de creerla. Me parece que prefiero la idea de la nada.

—¿De veras? —preguntó Rimgia, sorprendida; porque como idea para darle vueltas y estudiarla como quien estudia los pétalos de una flor, había despertado su curiosidad—. ¿Por qué?

—Bueno, de niña, mientras jugaba en el patio de la cabaña de mis padres en Calvicon, pensaba en esas cosas, me refiero a la muerte, y la idea de toda esa nada después de mi poquita vida solía aterrarme tanto que la boca se me secaba, el corazón me palpitaba y yo sudaba como si acabara de participar en una carrera... De vez en cuando el miedo casi me producía un colapso; me esperaba allí, al final de mi vida, para engullirme. La nada. La nada por millones de billones de años más que los millones de billones de años que no son parte en absoluto de todos los años que

existen. La verdad es que cuando esos pensamientos ocupaban mi cabeza yo no podía cantar ni una nota. Pero luego, poco tiempo después, al oír esta otra idea, me pareció que en realidad era aún mucho más aterradora. Si yo y tú somos de verdad esa gran conciencia, y de verdad somos una, significa que «yo», la gran conciencia que soy, debe pasar por el dolor de *todos*, por los sufrimientos de *todos*, por la agonía y la muerte de *todos*, sean animales o humanos, pájaros o peces, bestias o plantas, y por toda la injusticia y la crueldad y el dolor del universo: no sólo por tu dolor y el mío sino el de cada bicho que alguien aplastó alguna vez y el de cada lombriz que sale de la tierra cuando llueve para secarse sobre una piedra. —Naä rió entre dientes—. Bueno, es todo lo que puedo hacer para sobrellevar mi propia vida. ¿No te parece *agotador*?

Caminaron un rato por el polvo. Finalmente, Rimgia dijo (porque era algo que había pensado muchas veces):

—Ojalá pudiera estar en tu lugar, Naä; ojalá pudiera poner los pies en las huellas que dejan tus pies en el camino y desde allí ir adonde tú vas, ver lo que tú ves. ¡Ojalá pudiera convertirme en ti! Y dejar de ser yo.

—¿Para qué? —Naä sabía que los jóvenes la reverenciaban; pero cuando se lo demostraban de una manera tan franca todavía se sorprendía.

—Una vez cada tres años —dijo Rimgia— salgo a deambular durante una semana, y quizá me alejo lo suficiente como para encontrar un pueblo tan parecido a Çiron que no valdría la pena haber salido. O me siento en el bosque y sueño. Y lo más emocionante que me ocurre es que veo a un Alado de Hi-Vator pasar por encima. Pero tú, Naä, has estado en docenas de países. Y visitarás otras docenas. Has aprendido las canciones de todos los pueblos del mundo y has venido a cantárnoslas, y mientras dura tu canción nos elevamos como hombres y mujeres alados, mientras que todo lo que yo hago es volver de los campos y cocinar para mi hermano y para mi padre. —Rimgia se rió un poco, porque era una buena chica que amaba a su padre y a su hermano aunque se quejara de ellos—. ¡Así que ahora sabes por qué me gustaría estar en tu lugar!

—Bueno —dijo Naä—, debo cocinar para mí, y si bien suelo hacerlo con placer, hay días en los que me siento muy sola. Tampoco es tan cómodo el cobertizo en que vivo. —Pero mientras decía eso, Naä pensaba que no cambiaría su vida por la de un rey; porque la gente de Çiron era tan cálida, sociable y curiosa que la soledad ya no resultaba nada fácil—. Ahora tengo que ir a ver a Ienbar en su choza del prado funerario. Le dije que lo visitaría hoy, después de que pasara el carro del agua. Pero mañana te veré y, quién sabe, quizá haga una canción sobre una pelirroja encantadora que mientras cocina para su hermano y su padre se hace preguntas que rozan el borde de la muerte.

—Eres tú la que va al campo funerario —dijo Rimgia, fingiendo no estar encantada con la posibilidad de convertirse en tema de una canción—. Y eres tú y no yo quien ha oído todas esas extrañas ideas acerca del mundo. Sí, Naä, si yo pudiese

me cambiaría por ti; aunque si es cierta la idea de esos ancianos extranjeros, quiere decir que quizá algún día yo tenga que vivir tu vida y tú la mía, ¡que quizá todavía podremos estar cada una en el lugar de la otra!

—O que ya lo hemos hecho —dijo Naä—. En realidad, creo que ésa es una razón por la que tengo problemas con esa idea. Pero cuando te vea mañana te contaré lo que dice Ienbar. Lo mejor es ir a verlo ahora, ¿verdad?

—Y pronto tienes que venir a comer con nosotros. Y a cantar esa nueva canción para Abrid y mi padre; a mi padre le gusta oírte cantar casi tanto como a mí.

Y entre risas las dos mujeres se separaron para entrar en el pueblo cada una por su camino.

Al llegar al primer campo, Rahm se detuvo para llenarse los pulmones con la fragancia del cereal bajo el sol ardiente y para oír el canto de los grillos, el roce de las briznas de hierba y los gorriones y los cuervos y los arrendajos y todo lo que, al aspirar de nuevo, volvería a convertirse en lo que en cualquier otro momento consideraría silencio.

En medio del campo, Tenuk el labrador levantó la vista, detuvo al animal y saludó con la mano. Delante del arado, la mula tenía el color de la pizarra cortada. Hubo un distante movimiento de oreja y, mientras devolvía el saludo, Rahm se imaginó la fastidiosa moscarda preocupada por las pestañas de aquella bestia dócil y trabajadora.

Con más humor que reproche, Rahm pensó: Tenuk está sólo tres días más adelantado que cuando me fui... Aquí me han echado en falta.

A la derecha de Rahm crecían remolachas. A la izquierda, coles rizadas. Caminó por un borde del campo. La tierra estaba blanda. Las hierbas amarillentas le rozaban y le hacían picar las pantorrillas sudorosas. La tierra húmeda se le pegaba a los pies descalzos. Mientras trataba de captar en detalle todo lo que le resultaba conocido de sus campos, su país, su casa, cada fragmento nuevo de lo conocido borraba el anterior.

Rahm volvió al camino que llevaba al pueblo. Un momento más tarde, mientras trotaba cubierto por las ramas cada vez más, bajas de los robles, vio a la mujer que se detenía junto al pozo rodeado por un muro de piedra con una jarra de barro en la cadera; ella lo reconoció y sonrió. Rahm le devolvió la sonrisa en el instante en que cuatro niños salían de detrás de la cortina de la puerta de la cabaña del otro lado del camino y corrían a toda velocidad acompañados por un perro que no paraba de ladrar. (Tres años antes y con una cabeza y media menos de estatura, la mayor de aquellas niñas había levantado con las manos sucias el perro, todavía un cachorro, y Rahm había dicho: «¿Por qué no lo llamas “Ratón”? Eso es lo que parece: un gran ratón», y la niña y los demás niños se habían reído porque ¡llamar ratón a un perro era una idea tan ridícula!) Corrieron hacia él, sin verlo. Al pasar a su lado, Rahm atrapó a la más pequeña y se la puso en los hombros mientras ella chillaba. Y de repente quedó en medio de los chicos, que saltaban alrededor y aplaudían. La pequeña le tiraba del

largo pelo, y el chillido se convirtió en carcajadas que en algún momento incluían el hombre de Rahm. Y él dijo todos los nombres de ellos, y los de sus madres, y los de sus padres, y otra vez los de ellos («Hola, Jallet. ¿Qué tal, Wraga...? ¿Cómo está tu madre, Kenisa? Jallet, ¿el viejo y gordo de tu padre, Mantice, sigue perdiendo el tiempo con el carro del agua...? Hoy no vi a tu tío Gargula en los campos. ¿Acaso está todavía haciendo algún trabajo para tu madre? No tienes que dejar que Veema lo haga trabajar demasiado. ¡Claro que no! ¡Dile que te lo pedí! ¡Que Gargula vuelva a los campos de remolacha, donde lo necesitan! Wraga, hasta luego...»), y los volvió a gritar como despedida, porque le gustaba —casi le sorprendía— que, después de una semana por los montes, esos nombres en los que no había pensado durante todos los días llenos de aventuras, nombres que bien podría haber olvidado, le viniesen con tanta facilidad a la punta de la lengua. Un paso más y bajó a la pequeña, que le aferró la punta del índice y le pidió que la llevase otra vez en hombros. Pero Rahm se rió y soltó el dedo. Los niños echaron a correr.

Desde donde había puesto el telar, en el patio, para sentarse con las piernas cruzadas en el suelo, Hara levantó la mirada de los cordeles y las lanzaderas y la tabla separadora. La brisa levantaba los bordes del trapo verde hoja atado alrededor del pelo, surcado por hilos blancos como corrientes en un arroyo; apartaba el dobladillo de la falda marrón dejando al descubierto los tobillos todavía más marrones. Los pechos de la mujer eran chatos y largos, y las areolas anchas alrededor de pezones oscuros. Los ojos eran negros y brillaban dentro de su nido de arrugas, que aumentaron al verlo.

—¡Hola, joven Rahm!

Rahm se acercó a ella y la miró desde arriba. Después se agachó y observó con el ceño fruncido el dibujo que estaba haciendo: azul, naranja, verde, y el brusco contraste de los hilos sin tejer.

—¿Qué es eso?

—Quién sabe —dijo Hara, con una sonrisa más llena de espacios que de dientes—. Quizá algo que te puedas poner algún día, cuando en el consejo decidan que has perdido parte de la insensatez juvenil y se te ha instalado entre las orejas un poco más de sabiduría.

Eso hizo reír a Rahm. Palmeó los hombros de la tejedora y se levantó, sintiendo todavía en los suyos dónde había tenido sentada la niña.

Hara pisó el pedal. La lanzadera corrió entre hebras temblorosas, arrastrando el hilo gris. Rahm se alejó entre edificios de piedra y paja. Por un callejón apareció un chirriante carro arrastrado por un buey. Los listones de los bordes estaban entretejidos con tiras de cuero, y en la plataforma llevaba una pila de piedras.

Los dos carreteros, un hombre y un niño, eran grises desde el agrietado y calloso dedo gordo del pie hasta la poblada barba (en el hombre) y el pelo. El hombre saludó con el brazo a Rahm, arrugando el ceño como si la cara y la barba formaran una niebla demasiado espesa que le impedía ver bien. Pero el niño, que llevaba una bolsa

sobre las rodillas, la dejó de repente en el banco, se levantó y gritó:

—¡Rahm!

Rahm se detuvo y sonrió.

—¡Hola, Abrid...!

Aunque se lavase la cabeza y se quitase el polvo de la cantera, el pelo y la barba de Kern seguirían del mismo color gris, Pero después de una salpicadura del cubo, las trenzas de Abrid serían tan rojas como las de su hermana. ¡Y como lo sé, pensó Rahm, sé que estoy en casa!

Kern detuvo el carro con un gruñido. Arrugó más el ceño. Saludó a Rahm con la cabeza. Pero Rahm sabía que el ceño de Kern era tan cordial como una sonrisa.

Abrid saltó del banco y agarró la muñeca de Rahm como haría un niño mucho más pequeño, aunque la arenilla que tenía en las palmas hacía que la textura de su mano pareciese la de un viejo.

—¿Volverás a trabajar con nosotros en las canteras, Rahm?

—No, Abrid. —Rahm sacudió la cabeza—. Me quedaré en los campos...

Dentro de la casa Rimgia había puesto los pasteles de masa junto al fuego y estaba arrojando puñados de nabos cortados y tajadas de calabaza y rabanitos picados en el cuenco de lechugas que había roto con la mano cuando algo en las voces de afuera le llamó la atención. Se apartó de la encimera y atravesó la estera que cubría el suelo: necesitaba más agua. Mientras caminaba agarró con dos dedos el asa del cántaro apoyado en el suelo; pero ya estaba medio lleno. Sosteniendo el cántaro, tiró de la puerta con la otra mano y salió al porche por el umbral elevado (impedía que entrara agua por la puerta: Abrid, más vale que arregles pronto ese tablón suelto). Rimgia miró hacia afuera y gritó:

—Padre, Abrid, ¡ya esta la...!

Su padre; Kern, sentado todavía en el banco del carro, y su hermano, Abrid, ya levantado, miraron alrededor.

Vieron a Rahm.

Y mientras alzaba una mano, todavía mojada por el agua que había usado para lavar la verdura, para pasarla por la frente y por el pelo, Rimgia dejó el cántaro en los tablones del porche y, con repentina alegría, bajó corriendo descalza los escalones.

—¡Rahm! ¿Te vas a quedar a comer con nosotros...?

De nuevo la mano en el pelo para apartar un mechón de la frente (sí, pensó Rahm, el mismo color rojizo que el de su hermano debajo de ese polvo); pero toda la cara de Rimgia estaba ocupada por una sonrisa que quería ser aún más grande, que quería tragarse todo el sol y toda la brisa que los rodeaba. Se limpió la otra mano en la cadera del vestido.

—Vamos, quédate... ¡Hay de sobra! Y puedes contarnos todas tus aventuras de vagabundo. ¿Regresaste esta mañana? ¿O anoche...?

—Hace sólo minutos pasé por los campos del sur y vi a Tenuk buscando la mula.

Pronto vendré a verte, Rimgia. Pero ni siquiera he dicho a Ienbar que estoy aquí.

Abrid bajó y caminó alrededor del carro —casi chocó contra la esquina, pero apartó la cadera— hasta los escalones. Levantó el cántaro, lo miró arrugando el ceño y se echó un poco de agua en la mano. Se salpicó la cara, arrojó otro puñado contra el pecho. Y el agua cayó y le oscureció el polvo de una rodilla, los dedos y un pie. Se sentó en un escalón y se limpió con dos dedos el polvo de las pestañas.

—Eh, ¿por qué no te quedas, Rahm?

—¡Lo haré, pero en otro momento!

—Muy bien. —Rimgia fue hasta el banco del carro a buscar la bolsa que había dejado allí Abrid. (En ella, sabía Rahm, habría peras y algunos melones que Abrid había recogido en los huertos cerca de la cantera. Sí, estaba en casa.) Mientras Rimgia hacía eso, por la puerta salía el aroma de los pasteles. Rahm sonrió y Rimgia se preguntó si sería el aroma lo que lo hacía sonreír. (¿Cuántas docenas le había visto comer a Rahm el año pasado, sentado en la pared del pozo, caminando alrededor...?)
—. Entonces tienes que volver pronto.

Su padre bajó del carro y fue a palmear a Rahm en el hombro. Tenía arrugado el entrecejo y no dijo nada, pero todos conocían a Kern por el silencio.

—Volveré después de ver a Ienbar.

—Allí quizá veas a Naä —dijo Rimgia—. Antes, cuando regresamos juntas de los campos, me comentó que iba a hablar con él.

Todos los que estamos aquí, mi hermano, mi padre y Rahm (pensó Rimgia), quizá seamos una sola conciencia aunque nos consideremos seres aparte, de manera que en momentos como éste, cuando casi lo olvidamos, es cuanto más nos acercamos a la verdad. Era una idea rara, pero le hizo sonreír aún más que el placer por el regreso del amigo.

Y sonriendo y cabeceando y saludando con la mano —parecía que eso era lo único cómodo que se podía hacer (o arrugar el entrecejo si uno era Kern) después de irse y regresar— Rahm dejó a sus amigos y al padre de sus amigos.

En aquel pueblo había otro joven que, aunque había perdido a las padres durante la misma fiebre otoñal que había matado a los de Rahm casi una década atrás, era todo lo diferente de Rahm que se puede esperar de un muchacho, pues aunque amaba a Çiron, tenía de ella una idea muy distinta.

Qualt sacó del carro una enorme cesta llena de cortezas amarillas y plumas de gallina y cáscaras de huevo y, con piernas tiesas, empujando sobre piedras musgosas, fue a volcarla, con gran estrépito, en el saturado y humeante barranco. Con veintidós años, ágil y enjuto, propenso a arranques de intensa conversación, largos períodos de introspección y esporádicas sonrisas que le sobresaltaban la cara pero que se quedaban allí toda la mañana, era el basurero del pueblo.

Y Qualt estaba enamorado de la pelirroja Rimgia. Qualt se quedó en el borde rocoso con la cesta vacía en las enormes manos. (De él, a diferencia de Rahm, sólo se

podía decir que tenía grandes las manos —y los pies—; ah, sí, quizá las orejas, si tenía el pelo atado detrás, cosa que no ocurría ahora. Era de verdad un joven bastante menudo.) Qualt respiraba despacio, sin oler lo que había allá abajo, entre las rocas.

Unas semanas antes, cuando un grupo de jóvenes de Çiron —entre los que se contaban Qualt, Rimgia, Abrid y Rahm —habían ido a nadar al lago de la cantera una noche de luna llena, todos se habían puesto a cantar canciones (Rahm el más fuerte, Qualt el mejor), la mayoría aprendidas de Naä, y habían cocinado pasteles dulces sobre varas encima del fuego al aire libre (como les había dicho Ienbar que probaran) hasta muy tarde, y después se habían echado a dormir castamente. Qualt y Rimgia habían dormido, sí, sobre la misma manta: la manta de Qualt. Sí, Rimgia y Qualt —talón contra cabeza y cabeza contra talón—, con el agua allí al lado como una sábana de plata. Qualt se había despertado al amanecer, un poco antes que los demás, y había descubierto que Rimgia le apoyaba un brazo sobre la pantorrilla y la mejilla contra los anchos dedos y la callosa planta del pie. Tenía los ojos cerrados y al respirar producía un silbido apenas perceptible a causa del ruido de la corriente, de los chapuzones de los pequeños peces y del canto de los primeros pájaros de la mañana. Pero él se había quedado allí quieto, mirando por encima de la cadera, sin moverse por temor a que ella se despertara, con el corazón latiéndole cada vez con más fuerza, y lo único que podía hacer era sentir —sí, podía moverlos sin molestarla— los dedos del pie derecho dentro de aquella corriente cobriza, aquella catarata, el fresco remolino del pelo de Rimgia.

Más tarde llegó a la conclusión de que era una muchacha extraña. Pero todas las noches, antes de perderse en el sueño, al pensar en ella encontraba una misteriosa ternura.

De repente Qualt golpeó el fondo de la cesta, la giró para mirar las olorosas tablillas y después la arrastró, raspándola contra la roca, hacia la otra docena que había alrededor del carro.

Rahm atravesó el pueblo pensando en lo bien que conocía el ciclo de la mañana a la mañana y de la noche a la noche. Dentro de unas horas, pensó Rahm, el sol se pondrá detrás de los árboles, y las casas del lado oeste desenroscarán sombras sobre las calles. Después, al amanecer, el sol brotaría entre las viviendas del este para poner rayas de cobre en el polvo. Tremendamente contento, siguió caminando.

Al llegar al prado funerario, Rahm miró por encima de las tumbas sin marcar. (Pero Ienbar conocía el nombre y el emplazamiento de cada hombre, cada mujer y cada niño enterrados allí desde tiempos inmemoriales, y guardaba todos los rollos relacionados con ellos...) La cantante venía por el camino desde el lado de los campos.

Sobre un hombro le colgaba un manto de gamuza. Una cadena de crustáceos le mantenía sobre las caderas la falda corta. Entre los pechos le bajaba una correa, sosteniéndole algo a la espalda. La punta de madera tallada se le inclinaba detrás del

cuello. Rahm sabía que era el arpa.

—Hola, Naä.

—Rahm, ¡has vuelto! ¿Vas a ver a Ienbar? Yo iba a visitarlo, pero me detuve en el cobertizo a cambiar tres cuerdas del arpa...

—Sí, me lo contó Rimgia hace unos instantes —dijo Rahm—. Kern y Abrid acababan de regresar de las canteras.

—Y en tus paseos ¿qué viste? —Naä se puso a caminar a su lado—. ¡Eso es lo que quiero oír!

—Naä... —Rahm miró hacia el suelo, donde crecían unas matas oliváceas—, te estás riendo de mí.

—¿Reírme de ti? ¿Qué quieres decir?

—Tú, que has viajado por todo el mundo, ¿me preguntas qué he visto después de una simple semana de paseos...?

—Oh, Rahm... no me reía de ti. ¡Me interesa de verdad!

—Pero tú has viajado desde Calvicon con tus canciones y tus relatos. ¿Qué puedo haber visto yo en una semana que tú no hayas visto en una docena de años?

—¡Pues eso es lo que quiero que me cuentes! Rahm vio que ella lo miraba disimuladamente para verle la expresión (él seguía fingiendo interés en la mata del camino)... y notó la sorpresa en la cara de Naä al descubrir que lo que él tenía era una sonrisa.

—Ahora ves —dijo él, mirándola de nuevo—, que soy yo el que te toma el pelo.

—Iremos juntos a ver a Ienbar, ¡y mientras caminamos me contarás!

—Naä, vi antílopes que se acercaban por el brumoso pasto a beber en abrevaderos amarillos al amanecer. Encontré un pueblo de gente que tejía y araba y abría canteras como nosotros, y que vive en chozas y casas que podrían haber sido construidas con los mismos planos que las nuestras, aunque las únicas palabras de todo su lenguaje que pude entender, después de un día con ellos, fueron «estrella», «oreja» y «tomatera». El quinto día, como ordenan los rituales, no comí nada desde el momento en que me desperté, bebí sólo agua, y me detuve tres veces a purificarme con palabras sabias. Y cuando se puso el sol, todavía sin comer nada, me preparé para dormirme, esperando tener un sueño místico.

—¿Lo tuviste? —preguntó Naä con una sonrisa.

—Soñé —dijo Rahm muy serio— que caminaba a orillas de un enorme e impetuoso torrente. Y mientras el sol subía y yo avanzaba junto a la corriente, el agua empezó a centellear. Entonces, en el sueño, vi que delante de mí había una pequeña rama metida en el agua, así que decidí vadear la corriente hasta el otro lado. Me metí. El agua fue fría al principio, pero a los pocos pasos, cuando me llegó a los muslos y finalmente a la cintura, se entibió. Después se calentó aún más. Y más. Al despertar... —Ahogó una risita—. Al despertar descubrí que me había orinado como cuando me sucedía en la cama, un par de veces a la semana, hasta los quince años; mi madre se enfadaba y decía que la choza apestaba. —La risita se transformó en

carcajada—. Después me obligaba a dormir en la cabaña de las herramientas. Siento decir que ése fue todo mi sueño místico.

—Ay, Rahm... Bueno, mejor no le cuentes eso a Ienbar.—Naä se echó a reír con ganas. —Aunque quizá deberías contárselo. A lo mejor le encuentra algo... si no le parece gracioso como a nosotros.

—Después encontré una corriente muy real y nada mística... —dijo Rahm entre carcajadas— y me lavé y seguí mi camino. Y esta mañana —concluyó— me atacó una leona de la pradera y luché con ella hasta que le rompí el pescuezo con el brazo. Después vine aquí.

Naä sacudió la cabeza.

—Rahm, me asombra.

Rahm miró a Naä mientras caminaban, con los ojos ambarinos llenos de preguntas.

—Hace tres meses, cuando vine aquí por primera vez, jamás habría creído que existieran personas como tú. —Naä hizo una pausa, como si estuviera buscando una respuesta—. A veces sigo sin creerlo.

—¿Por qué, Naä?

—Rahm, yo he viajado a muchos lugares, por muchas tierras. Conozco canciones e historias de aún más tierras y lugares que los que he visitado, más tierras y lugares de los que podrías imaginar. Pero la mayoría de las canciones e historias que conozco son sobre luchas y guerras, sobre el amor que muere, sobre la muerte y la traición y la venganza. Pero aquí hay... —Alzó los hombros y miró las ramas cuyo primer verdor veraniego había empezado a apagarse después del primer tono brillante de primavera—. Pero no encuentro las palabras. —Dejó caer los hombros—. Aquí salgo a cantarle a Rimgia y a las demás mujeres que trabajan en los campos. Vengo e intercambio canciones e historias con Ienbar, o voy a sentarme y a hablar con Hara mientras trabaja con las lanzaderas. A veces como con vosotros por la noche o salgo a dar largos paseos sola por las estribaciones de las montañas. Si en alguna curva del camino aparece una mujer del pueblo, mi corazón da un brinco como si acabara de encontrarme con mi propia hermana. Si me cruzo en el camino con algún hombre del pueblo, nos sonreímos con el mismo afecto que reservo para mi propio hermano. —Miró a Rahm y después miró para otro lado—. Cuando se reúne aquí un grupo por la noche, después del trabajo o antes de una reunión de consejo, y todos se dirigen a mí y me piden que cante... bueno, ¡jamás canté mejor! —Naä miró el polvo del camino—. Lo único que hay que temer, según la gente de este pueblo, son las criaturas voladoras de Hi-Vator. Y nadie puede recordar por qué; por lo tanto, hasta eso se olvida con facilidad, y desde que estoy aquí sólo una vez he visto lo que podría ser la silueta de uno de esos seres contra unas nubes alumbradas por la luna.

»Rahm, la última vez que estuve en la choza de mi propio padre, en Calvicon, reunida con mis cuatro hermanos y con mi hermana, fue cuando mi madrastra, que había sido tan buena con nosotros después de la muerte de mi madre verdadera,

estaba tan enferma. Con mi padre nos sentamos todos junto al lecho de ella y nos pusimos a hablar de nuestra infancia. Y de lo alegre y cariñosa y libre que había sido gracias a él, gracias a ella. Y mientras estábamos allí, hablando en voz baja y riendo con suavidad a la luz de la lumbre, yo pensaba todo el tiempo: “Nadie tiene una infancia tan maravillosa como la que decimos que hemos tenido. Yo no, al menos”. Pues, como tantos padres, por mucho que nos amaran a veces se aburrían de nosotros y a veces nos pegaban una bofetada, y de vez en cuando se volvían hoscos y se enojaban porque no nos interesábamos en las cosas que les concernían, mientras que ellos eran totalmente ajenos a las cosas que nosotros considerábamos muy importantes. Pero todos —mis hermanos, mi hermana y yo— seguimos hablando de aquella época como si los momentos de amor e interés, la sonrisa de mi madrastra ante la ardilla que había atrapado mi hermano menor, los pasteles de maíz que cocinó mi padre para la fiesta de una amiga cuando se lo pedí o las canciones que cantaron juntos una vez, poco después del anochecer, junto a nuestra cama, fueran todo. Y mientras las llamas regresaban a las brasas, se me ocurrió: la historia que estamos contando no es la de una infancia verdadera. No, esta historia es un presente que estamos inventando para mi preocupado y viejo padre y para mi muy, muy enferma madrastra, por haber sido muy, muy buenos padres, y por habernos dado una infancia *suficientemente* buena. Pero cuando entendí qué clase de presente era aquél, me encantó quedarme allí otra hora, completándolo, tejiéndolo con mis hermanos y con mi hermana: estaba feliz de hacerlo para ellos, feliz de dárselo, y después me fui a dormir contenta de que lo hubiéramos hecho. Y tres días después salí otra vez de viaje, sabiendo que nunca más volvería a ver a aquella vieja maravillosa, y que había muchas probabilidades de que tampoco volviese a ver a mi padre, sin pensar ya en la historia que les habíamos dado unas noches atrás, así como no piensas en un regalo que has dado a alguien que se lo merece. —Naä anduvo callada unos pasos más—. Al menos no lo pensé hasta que llegué aquí hace, bueno, tres semanas o un mes. Porque ¿sabes una cosa, Rahm? Todos vosotros me habéis hecho un regalo.

»Me habéis dado... no otra infancia, sino un tiempo parecido al de la historia de infancia que inventamos aquella noche para ayudar a mis padres en sus años finales. Y hasta ahora nunca hubiera creído que fuera posible un tiempo o un sitio como aquél. —Caminaron juntos otro rato por la tierra caliente—. Éste es un sitio hermoso, Rahm. Tan hermoso que si estuviera en otra parte y tratara de cantar esta belleza, las notas se me pegarían en la garganta, las palabras se me atascarían en la lengua... y me pondría a llorar.

Habían llegado a un sector de tumbas verdes y se detuvieron a mirar cómo las lápidas asomaban entre la humeante hierba.

—Sí —dijo Rahm después de un rato—. Es hermoso, Naä. Tienes razón.

Naä respiró muy, muy hondo.

—Así que trajiste un puma. ¿Se lo dejaste a Kern y a Rimgia? Me pregunto qué clase de guiso hará Ienbar con eso... antes de ponerse las uñas en el collar.

—No lo traje —dijo Rahm—. Se lo di a un amigo.

—¿Se lo diste a alguien en el pueblo antes de mostrárselo a Ienbar? —Naä se echó a reír—. ¡Es la primera cosa que has hecho que me impresiona!

—No era un amigo del pueblo. Era un hombre que me ayudó durante el viaje. Mientras luchaba contra el gato, un Alado pasó volando cerca. Ese hombre lo ahuyentó con un fusil de energía.

Naä se volvió y lo miró.

—¿Un fusil de energía? Por mi pueblo, Calvicon, pasó una vez un hombre con un fusil de energía. Lo usaba para hacer trucos terroríficos (incendiar una pila de heno) en la plaza del mercado. Pero le contó a mi hermano grande, que durante un tiempo fue amigo suyo, que podían ser realmente peligrosas, si se las usaba de manera indebida... ¿De dónde era? Rahm se encogió de hombros.

—Llevaba una capa negra. Y guantes negros. Y una capucha negra. Tenía un cuervo plateado en el hombro... y en el portafusil donde llevaba el arma. Se llamaba Kire, y yo...

—Myetra... —La cara de Naä se oscureció.

—Tal vez —dijo Rahm—. Pero ¿por qué pones esa cara tan extraña?

—Cuervo, capa y capucha, negro y plateado son el uniforme de los oficiales del ejército de Myetra. ¿Qué estaría haciendo por aquí un soldado como ése... tan cerca que lo podías dejar por la mañana y estar aquí al mediodía? —Naä siguió caminando y pensando—. ¿Había más con él?

—Sólo vi ése. Dijo que era un trotamundos como yo, que andaba mirando nuestra tierra.

—... ¿con un fusil de energía? No me gusta nada.

—Pero ¿por qué, Naä? No los conocemos.

—Calvicon los conoce —dijo Naä—. Y lo que conoce no es bueno. De todos modos, conviene que se lo contemos a Ienbar.

Habían llegado al centro del campo.

—Si está en casa. —Rahm miró alrededor. Ahuecó las manos para gritar—. ¡Ienbar, estoy aquí! ¿Dónde te metiste?

En el otro extremo del prado se abrió una puerta en una pared de tablones entre dos árboles. Salió tambaleándose una figura. El pelo blanco y la barba blanca le sobresalían en pequeñas trenzas.

—¡Rahm! —gritó el viejo, y empezó a correr patizambo por la hierba. Alrededor del cuello le sonaban media docena de correas con dientes de animales. Los largos brazos estaban cargados de pulseras de cobre. En la cintura, un delantal de cuero tenía los bordes adornados con piezas de metal en las que había grabados símbolos y dibujos. Algo metálico le rodeaba el tobillo encima de un pie flaco. De sus orejas colgaban unos enormes aros de latón, dilatándole los lóbulos.

Ienbar rodeó a Rahm con aquellos brazos tintineantes, se apartó y lo abrazó de nuevo.

—¡Hijo mío! —dijo, con voz cascada y crepitante, y dio un paso atrás mientras Rahm le sostenía aquellos hombros esqueléticos con las enormes manos—. Has vuelto sano y salvo de tus vagabundeos. —El viejo se volvió hacia Naä y le apretó la muñeca—. Y tú, hija mía, también has venido, a tocar y a cantarme. Me encanta verte en este día tan espléndido.

—Siempre es bueno verte a ti, Ienbar —dijo Naä—. Así como es bueno tener a Rahm de vuelta con nosotros.

—Vamos, quiero que me acompañéis los dos —declaró Ienbar—. Bueno, muchacho, ¿dónde has estado y qué has visto?

Dentro de la choza se sentaron en esteras que Rahm tiró sobre pequeños bancos, mientras Ienbar calentaba la olla. Alrededor, los estantes estaban cubiertos de huesos y rollos de pergamino, trozos de hermosas piedras sin labrar, pedazos de madera pintada, lagartos secos, murciélagos disecados y los esqueletos montados de varios pájaros y criaturas de campo. Algunos de los niños del pueblo todavía entraban en aquel sitio con miedo, pero para Rahm había sido su casa desde la muerte de sus padres, cuando tenía quince años.

—¡Qué sueño! —dijo Ienbar, riendo entre dientes—. ¡Sí, qué sueño! Conozco ese río desde el momento en que viniste a vivir aquí, claro que sí... —Ienbar sonrió ante la cara de reprobación de Rahm—. ¡Sí, por supuesto! Creo que a veces el rincón donde dormías todavía tiene ese olor... y ya te he dicho que no me importa. Casi me gusta. Un poco de bosta, un poco de orina, tierra removida, hierba recién cortada... ¡esos son buenos olores! —Ienbar rompió un pequeño hueso y lo golpeó contra el borde de la olla para que cayera el tuétano en el caldo—. Y ahora los olores que no me gustan: la carne carbonizada, la verdura podrida y el hedor del agua estancada que debería correr libremente. —Ienbar se volvió para servir a Naä, después a Rahm; para él, finalmente, sirvió un tercer cuenco—. Vaya, vaya, ¡qué sueño, qué río...!

Rahm tomó un sorbo; después, con el cuenco entre las rodillas, se puso a contar el resto del paseo. Pero cuando llegó al encuentro con el myetrano, la cara del viejo se arrugó.

Ienbar puso el cuenco sobre las piedras de la chimenea, junto a los dedos nudosos de uñas gruesas, se recostó y movió la lengua dentro de la boca sin abrir los labios.

Con expresión inquisitiva, Rahm bajó las cejas oscuras.

—¿Por qué tú y Naä estáis tan preocupados por esos myetranos?

Ienbar se chupó las encías.

—Es que a veces uno oye historias... Naä lo interrumpió:

—Te contaré algo, Rahm... —Por encima del cuenco miró al viejo—. Ienbar, en Calvicon también tenemos historias. Y las historias de Myetra nunca fueron buenas. ¿Te hablé del amigo de mi hermano, Rahm? Bueno, él decía que su fusil de energía era de Myetra. Y contaba historias de la destrucción que ocurría allí, entre el hombre y el hombre, entre una raza y otra. ¿Vosotros tenéis vecinos voladores en Hi-Vator? Bueno, Myetra está sobre el mar, y en una época había personas que vivían y nadaban

en el agua, y que podían respirar debajo de ella como los peces en los estanques y en el arroyo junto a la cantera. Pero Myetra los combatió y los esclavizó, y finalmente los mató. Y en la costa de Myetra ya no hay más gente acuática. Ésa es la historia que nos contó el amigo de mi hermano. Entonces, un día, mucho tiempo después de habernos contado eso, el amigo de mi hermano desapareció... y según el cuento que nos llegó más tarde él y otro hombre se habían enfadado el uno con el otro, se habían peleado y finalmente el amigo de mi hermano había usado el fusil de energía para matar al otro. Al día siguiente desapareció y no lo vimos más.

—¿Para matar...? —preguntó Rahm.

—Sí, no es la primera vez que circulan esas historias —dijo Ienbar.

—Para asustar al Alado está bien. Pero ¿para qué matar... a otro hombre? Los seres humanos no se matan entre sí. Uno mata a una cabra para asarla, a un buey para carnearlo. Pero no a un ser humano...

—Si vienen por aquí —dijo Ienbar—, tenemos que apartarnos de su camino...

—Pero el que encontré no parecía un hombre brutal, alguien capaz de matar. Asustó al Alado. Me habló como amigo.

—Supongo que ésa es una buena señal. Quizá no haya nada que temer. —Ienbar se encogió de hombros, tintineando, para recoger el cuenco y mirar las llamas que, como la ventana estaba abierta, palidecían ante la luz del sol çironiano—. Después de todo, quizá no sea más que un solo soldado deambulando por ahí...

—Creo que era eso —dijo Rahm, y levantó el cuenco para beber—. Sí —dijo entre sorbos—. Eso era.

—Ojalá tengas razón —dijo Naä, menos confiada. Entonces puso el arpa en el regazo y punteó las cuerdas más graves.

Rahm dormía profundamente, con una mano sobre el vientre. Sus párpados dejaban ver semicírculos blancos entre pestañas negras. Fuera de la choza el aire se enfriaba. Por un rato, a pesar del calor, fue como si estuviera a punto de caer una llovizna; pero al final, sin una gota, apareció la curva de la luna, tan delgada como lo que se veía de los ojos de Rahm.

Las nubes se alejaron, y el aire nocturno se secó a la luz de la luna nueva como si hiciera mucho sol. Entonces el ruido perforó el sueño.

Aumentó hasta destrozarlo, y Rahm se incorporó y se apretó la cabeza con las manos, buscando las orejas para taparlas y protegerlas de algo que, por el momento, no sabía bien si era sonido o ruido.

Ienbar se inclinó contra la chimenea, temblando, abriendo y cerrando la boca. Agitaba los brazos, pero el tintineo de las pulseras se perdió en el gemido que presionaba contra los oídos de Rahm como si fuera a hacerlos estallar.

Rahm se levantó como pudo, y tambaleándose fue a la puerta y la abrió. El sonido —porque era un sonido— venía del otro lado de la aldea. Al salir Rahm, se transformó en una voz resonante:

***¡Pueblo de Çiron!
¡Ríndete a las fuerzas de Myetra!***

Después, silencio.

La ausencia de sonido hirió los oídos de Rahm. Parpadeó para quitarse el agua de los ojos.

El gemido de sirena empezó de nuevo. Anticipándose al dolor, Rahm se volvió a meter por la puerta mientras la voz atronaba en la oscuridad:

***¡Pueblo de Çiron!
¡Ríndete a las fuerzas de Myetra!***

A sus espaldas, Ienbar lloraba.

Rahm corrió al sendero, sacudiendo la cabeza para aclarársela, para arrojar de ella el dolor y el zumbido insoportable y constante, potente como un rugido, que tapaba todos lo demás. Las hojas se apartaron y las luces del pueblo parpadearon. Mientras pasaba por delante de las primeras casas oyó voces angustiadas. Por cierto, ningún vecino dormía.

Hacia el este destelló una luz. Después otra. Otra. Tres luces se abrieron en abanico en la oscuridad y descendieron hasta chocar ciegamente entre las chozas.

Lo primero que pensó Rahm, presa del pánico, fue que aquel fuego incendiaría las casuchas. Pero aparentemente las luces eran para iluminar o para sembrar el temor

con esa iluminación repentina de la oscuridad.

Rahm casi había recuperado el oído.

En alguna parte repicaron unos tambores.

Naä soñaba que había tropezado con el arpa. Sólo que era un arpa enorme. Y que mientras intentaba pasar entre las cuerdas, las cuerdas empezaban a zumbar y a ulular —la rodeaban por todas partes, los brazos y la cabeza y las piernas, hasta que el arpa se rompió— y se despertó y salió de debajo de las mantas y se asomó al borde del cobertizo, desorientada por el increíble sonido.

Qualt tenía su propia casa pero esa noche dormía fuera con la espalda apoyada en la rueda del carro, porque hacía calor y la noche era agradable.

No diremos que mientras estaba allí recostado, respirando entre los dedos largos, flojos, relajados delante de la cara, lo que hacía era pensar en Rimgia. Pero más temprano; esa misma noche, cuando se había acostado en la manta junto al carro de la basura, Sí había pensado en ella.

Pues, últimamente el sueño se había convertido en una puerta de entrada a aquella parte suya que empezaba a comprender que sólo podría aprender la forma, el límite de la ternura hacia ella pensando en las manos de ella entre las suyas, la cara contra el vientre de ella, el regazo de ella contra su mejilla, su boca contra el cuello de ella. De modo que cuando llegó el sonido, más tarde, taladrando la oscuridad, lo arrancó de algo tan tranquilizador como un buen sueño, aunque un sueño que carecía del sonido o la imagen o la idea que suelen tener los sueños.

Qualt despertó y el sonido le rodeaba la cabeza como algo sólido. Retrocedió, golpeando la rueda del carro con la nalga. Su mano pasó de la manta a la hierba y a la grava. Mientras intentaba sentarse y después levantarse, miró la oscuridad. La forma familiar del techo de la choza y de dos árboles se recortaba con nitidez, de manera extraña, contra la luz brillante. Dio cinco pasos, se detuvo...

Entonces algo por delante y por encima de él oscureció la luz, el cielo. ¿Dónde estaba? ¿Qué tamaño tenía y qué...? Pero antes de poder preguntarse qué era; aquello lo golpeó. Fuerte. Y él lo abrazó para no caer. Y cayeron juntos. Aquello era enorme y aleteaba y olía y se movía como algo vivo, y estaba —al palpar con una mano— rodeado por una vasta y tensa membrana que de repente, al luchar contra ella, dejó de estar tensa. Agitándose en el suelo, en la oscuridad y con aquel grito monocorde tapando todas las grietas de la noche (pero que no salía de él ni de aquello con lo que estaba luchando), Qualt tuvo dos impresiones simultáneas. La primera, que había tropezado con alguien, que los dos habían caído al suelo y que ahora andaban rodando. La segunda, que una increíble bestia con piel y olor animal lo cubría como un puma que se le hubiese tirado encima desde un techo o desde el cielo para atacarlo allí junto al carro de la basura, aunque hasta el momento, comprendió Qualt, no le había mordido ni le había clavado las garras.

Entonces cesó el ruido, el repiqueteo de ramas y hojas y piedras pequeñas, porque el zumbido que tenía en los oídos no parecía venir de debajo de los dos sino de una lejana y resonante cacerola.

Los brazos de la cosa contra la que luchaba —pues tenía brazos— lo agarraron de pronto y lo sujetaron, lo contuvieron. Qualt, a su vez, aferró aquella cosa. Vagamente, oyó una respiración que no supo si era suya o del otro: Entonces sintió que el cuerpo se le aflojaba porque de repente aquello era más fácil que seguir luchando en la oscuridad. Una voz que no se parecía a ninguna de las que Qualt había oído en su vida, porque parecía de un niño, aguda y entrecortada, le habló al oído, a sólo centímetros de distancia, mientras Qualt olía el aliento de un hombre que ha estado comiendo cebollas silvestres, así que Qualt sintió de pronto algo familiar en medio de toda aquella rareza y aquella resistencia, pues él mismo había andado a menudo por las montañas más bajas masticando tallos de cebollas silvestres que crecían en aquellos lugares:

—Hi-Vator, sí... ¡No! ¡Uf! Çiron, ¿tú...?

Rimgia soñaba que alguien, riendo histéricamente, le metía un palo por una oreja y le atravesaba la cabeza y después la levantaba en el aire, sobre el arroyo centelleante, y temía caer en él, pero le dolía de verdad tener aquel palo clavado en el oído y...

El palo crujió. Rimgia lanzó un grito. Pero antes de caer se despertó en la choza oyendo aquel increíble sonido. Su padre, Kern, ya andaba caminando a zancadas: vio su forma borrosa que pasaba por delante de las brasas de la chimenea. Se levantó rápidamente, se arrodilló junto al camastro de Abrid y empezó a sacudirlo.

—¡Qué es eso...! ¡Ay! ¿Qué es...?

—Vamos —insistió Rimgia, sorprendida al no oír su voz a causa de aquel aullido—. ¡Vamos! —gritó, comprendiendo que sólo sentía el grito en la garganta. Kern ya había abierto la puerta y salido corriendo...

Rahm se acercó al espacio comunal donde hombres y mujeres habían empezado a reunirse. Mientras corría por la calle lateral, alguien le agarró el brazo, lo hizo girar y le dijo entre dientes:

—¡Rahm...! —Y después—: ¿Dónde está Ienbar?

Desconcertado, Rahm dio un paso atrás.

—¡Por Dios, Rahm! ¿Dónde está Ienbar?

—¿Naä? Está... en el prado funerario.

—Rahm. Tenemos que irnos... todos. ¡Ya!

—¿Irnos? ¿Por qué?

—¡Vienen los myetranos! ¿No los oíste? Quieren que Çiron se rinda.

—¿Se rinda? ¿Qué significa eso...?

—¡Ay, Rahm...!

Entonces, de repente, Naä echó a correr hacia la oscuridad.

Perplejo, Rahm siguió hacia la reunión.

Algunas personas todavía se metían el índice en el oído. Los tambores sonaban con más fuerza. Hacia los campos del este apareció otra luz. Algo —una larga hilera de algos— avanzaba hacia el espacio comunal. Los rayos de luz arrojaban sombras sobre las remolachas, el maíz, las coles que inclinaba el viento nocturno.

Los niños y las madres y los tíos y los sobrinos se miraban unos a otros.

—¿Por qué vienen por el campo? Van a dañar la cosecha.

—Son tantos que no cabrían en el camino.

—Llegan tan tarde estos visitantes... y son tantos. ¿Tendremos comida para todos? Caminan de una manera tan rara...

Los tallos de los cereales chasqueaban bajo las botas siguiendo el ritmo de los tambores. Mientras los reflectores oscilaban en una y otra dirección, a la inadecuada luz de la incipiente luna, esforzándose por ver entre las figuras blindadas, Rahm pensó en buscar a su amigo de la mañana, y de pronto creyó verlo, pero un instante después vio a otra figura con capa. Y otra. Entre los hombres armados que avanzaban, varios llevaban el uniforme que le había visto a Kire. Algunos iban montados en nerviosos caballos; otros, a pie. Las capas, a pesar del viento, les colgaban rectas, pesadas como la noche. Por encima de ellos, en torres giratorias, los reflectores avanzaban.

Rahm esperaba en la plaza junto con los demás. Con las torres luminosas móviles, los soldados llegaron al borde del espacio comunal. El suelo estaba totalmente iluminado. Los vecinos del pueblo bizqueaban. En un caballo que iba por delante de los visitantes, un hombre barbudo vestido de cuero negro, con un solo guante, ladró a la pequeña vara plateada que llevaba en la mano descubierta:

¡Alto!

Todo el mundo levantó la mirada, porque la palabra resonó y rebotó saliendo de las bocinas negras instaladas en lo alto de las móviles torres de luz.

Los soldados interrumpieron la marcha. Los tambores callaron.

El hombre de la vara plateada se adelantó. Los vecinos retrocedieron. El hombre habló otra vez. Las bocinas repitieron de nuevo la voz, como un trueno:

¡Ríndete a las fuerzas de Myetra!

Alrededor de Rahm la gente se miraba, desconcertada.

Entonces Kern, el hombre de la cantera, que en realidad no era nada tímido, sino muy tranquilo, se adelantó.

—Bienvenidos... —dijo con tono vacilante. Después, con lo que casi duplicaba todo lo que había dicho en su vida, agregó—: Bienvenidos, visitantes nocturnos.

—¿Eres el líder? —preguntó el hombre del caballo. Kern no respondió porque, como bien sabía Rahm, no era líder de nadie. (Ni siquiera era uno de los ancianos, que por lo que veía Rahm todavía no habían llegado.) Kern miró arrugando el ceño a los vecinos que tenía detrás.

Alguien gritó:

—¡No... no lo es!

Con lo que media docena de personas —incluido Rahm— se echaron a reír.

—Es Tenuk —le susurró Rahm a Mantice, que estaba a su lado, aunque el fornido Mantice ya sabía que quien había hablado era el labrador Tenuk, tratando de ser tan divertido como Rahm. Los dos sonrieron.

—Hablas en nombre de esta gente —dijo el hombre del caballo; eso era divertido porque lo más probable era que Kern no dijese nunca más otra palabra. Pero el hombre hablaba como si no hubiera oído ni el «No» de Tenuk ni la risa—. ¡Eres el líder!

Mientras el caballo iba de un lado a otro, metió la vara plateada dentro de la camisa, estiró la mano, abrió el portafusil y sacó el fusil de energía; por un momento pareció que iba a regalárselo a Kern.

Rahm había visto un fusil de energía esa mañana, pero no, en realidad, lo que podía hacer.

La llama brotó del arma y golpeó a Kern debajo del hombro. Kern saltó un metro hacia atrás, sin apoyar los pies y sin caer: en posición vertical, deslizándose sobre la hierba. La sangre brotó en un chorro que saltó a cuatro metros de distancia. El flanco del caballo quedó salpicado, y el animal se encabritó dos, tres veces. Rahm estaba lo bastante cerca como para oír el burbujeo y el siseo de la carne del pecho de Kern mientras caía, torciéndose hacia un lado. Uno de los brazos de Kern había desaparecido.

Cuando chocó contra el suelo, la mano que le quedaba a Kern se movió por la hierba. Los pesados dedos de Kern se abrieron y después se cerraron sin siquiera arrancar una brizna de hierba. La cara de Kern también había desaparecido, y mitad de la cabeza.

El hombre barbudo bajó el fusil de energía que el disparo había hecho saltar hacia arriba.

—Vuestro líder está muerto. Lo mismo os ocurrirá a todos vosotros... ¡si no anunciáis vuestra rendición!

Rahm sintió dentro sí mismo una enorme y desconcertante ausencia. Nada parecía tener un mínimo sentido al que aferrarse. Entonces, algo empezó a crecer dentro de aquella ausencia sin sentido. Crecía despacio. Pero lo sentía crecer. Al mismo tiempo, algo —una extraña sensación de comprensión— empezó a manifestarse en la cara del hombre barbudo subido al caballo, que levantó el fusil.

De repente el hombre giró bruscamente sobre la montura y ladró a las tropas que tenía a su espalda:

—¡Se niegan a rendirse! ¡Atacad!

Aunque hacía mucho tiempo había aprendido a combatir bien, a Uk, como a muchos hombres grandes, no le gustaba luchar. Innumerables campañas atrás, también había

descubierto que el pequeño Mrowky se regodeaba con el insulto, el ataque, las palizas dadas y recibidas, la recuperación y el nuevo ataque. Mrowky podía ser tan buen narrador de refriegas perdidas como de ganadas.

Como los hombres —y a veces las mujeres— se sienten tan a menudo obligados a iniciar peleas con hombres grandes, Uk estaba agradecido por la buena disposición, incluso el entusiasmo de Mrowky por saltar al ruedo cuando otros, para probarse, buscaban pelea con él en extraños pueblos y tabernas. Como la gente no tendía a iniciar peleas con alfeñiques como Mrowky (que tanto disfrutaba de las riñas), andar con alguien de hombros tan anchos y vientre tan abultado como Uk garantizaba cierta frecuencia de entretenimiento: quizá era la base de su amistad. Pues ambos eran suficientemente diferentes como para excluir una relación cercana en cualquier situación que no fuera la guerra.

Uk tenía un humor suave y expansivo que usaba sobre todo para ocultar a sus compañeros una amplia gama de información y algunas conjeturas profundas, mientras que Mrowky era, para decirlo con sencillez, un hombre pequeño, gritón y estúpido, con quien suficientes personas habían empleado esas palabras para llamarlo o para maldecirlo, de manera que, aunque no creyera en su veracidad, al menos sabía que representaban algo. Así que la amistad del corpulento soldado, que además era inteligente, halagaba a Mrowky. Ambos podían quejarse del otro en términos muy encendidos, salpicados de escatología y ensuciados con blasfemias protorreligiosas.

Pero estaban muy unidos.

Quizá parte de esa unión venía de los conocimientos que compartían, de lo que el tiempo en el ejército myetrano les había enseñado: la vida en medio de la batalla estaba en un plano totalmente diferente de aquel en el que las relaciones se podían analizar (concepto que Uk entendería) o parcelar (idea que Mrowky tal vez seguiría), examinar o racionalizar.

Con otros diez soldados, Mrowky y Uk habían estado estacionados en la esquina sur de la plaza. (Unidades de doce soldados cada una habían sido desplegadas en otros siete puntos alrededor del espacio comunal.) Cuando acudían los primeros vecinos, avanzando con paso poco firme a causa del chirriante aullido que transmitían los altavoces, y más o menos ajenos a los soldados (sobre todo porque no estaban acostumbrados a ver soldados apostados en las sombras), la luz de una puerta abierta se derramó sobre las losas.

Por ella salió una joven pelirroja, acompañada de un joven pelirrojo, evidentemente hermano o sobrino. Entonces, desaparecieron, desplazados por otros que corrían a unirse a los vecinos que se estaban congregando en el sitio de reunión del pueblo. Pero Mrowky había dado un codazo a Uk en el antebrazo; y en la oscuridad la respiración de Mrowky se había acelerado hasta alcanzar un ritmo que, para Uk, sólo significaba una cosa: el hombrecito tenía ya la sonrisa que decía «¡Me gusta esa muchacha! ¡Está muy bien!».

Al desplazarse las luces al sitio de reunión, Uk y Mrowky, siguiendo órdenes, se

habían ido al borde del espacio iluminado. Mientras Nactor se dirigía a los vecinos, Uk se preguntó, como tantas otras veces, si la gente los veía de verdad. Los aturridos y desorientados campesinos ¿hasta qué punto serían conscientes de la presencia de los soldados?

En dos años, Mrowky y Uk habían visto esa maniobra diecisiete veces en diecisiete pueblos. Uk había necesitado la primera media docena para darse cuenta de que no importaba si los vecinos se rendían o dejaban de rendirse; el ataque ocurría igual. Durante esa media docena de veces, Uk había escuchado las palabras amplificadas de Nactor, había presenciado la eliminación del portavoz y había esperado la orden final con creciente desagrado hasta que, la séptima vez, había empezado a bloquear todo el proceso.

Las primeras diez veces (que fueron las que necesitó Mrowky para aprender lo que Uk había aprendido en seis) Mrowky había observado todo con fascinación hipnótica, intimidado por tanta duplicidad, por tanta osada eficacia. Pero no habría tenido más capacidad de atención, así que ahora no se fijaba más en los detalles que el resto de los soldados.

Cuando sonaba la orden de ataque, sacabas la espada, avanzabas y empezabas a dar golpes. Tratabas de recordar a quién o a qué acertabas. La sangre te salpicaba la armadura y se te metía por las grietas, y las rodillas y los codos y los hombros se te ponían pegajosos; fuera de eso era muy fácil. Los vecinos estaban desnudos —la mayoría— y asustados y sorprendidos.

En sus primeros encuentros, Uk, en un arranque que consideraba humanitario, no siempre había, con cierta previsión, blandido la espada para cortar y matar. Le parecía razonable dar a las patéticas criaturas al menos una oportunidad de vivir. Pero tres días más tarde había visto lo que pasaba con los que había malherido: las muertes ruidosas y prolongadas, los tajos agusanados, las fiebres incontenibles, los labios agrietados de los moribundos... Después de eso, con el mismo espíritu humanitario, había usado toda su destreza para ser lo más mortal posible en cada golpe de espada a la gente aullante e implorante a la que sencillamente había que diezmar.

Ésas eran las órdenes.

Para hacerlo había que tener, por cierto, algo de habilidad, por ejemplo para evitar los destructores rayos de energía que salían de las armas y atravesaban el tumulto. Lo mejor (Uk se lo había explicado a Mrowky hacía mucho tiempo, cuando el hombrecito había recibido una quemadura en la cadera derecha), era apartar de vez en cuando la mirada de la carnicería y tener el caballo de Kire más bien delante, sin alejarse demasiado a la izquierda o a la derecha, dado que los tenientes montados tenían (la mayoría) la precaución de no dispararse entre ellos.

Luchabas.

Y tratabas de recordar tajos y cortes individuales que habías descargado en hombros desnudos y en costillas y en cuellos. (Después de las enfermedades y las largas agonías de los heridos en aquella primera campaña, Uk trataba de acertar en el

cuello.) Pero a veces, algún incidente se liberaba de la red de percepción y se negaba a volver a los rojos y negros y caóticos grises y a los gritos y estruendos y aullidos que eran la noche.

Cuando lo que sucedía a continuación dejaba de suceder...

Pero a Rahm le resultaba demasiado violento y demasiado doloroso recordarlo con claridad. Recordaba que estaba caminando hacia atrás, gritando, y después — cuando Tenuk cayó contra él como un burbujeante pedazo de carne asada dejada demasiado tiempo en el asador y tan caliente que le quemaba los brazos a Rahm— chillando. Recordaba cómo le costaba afirmar los pies en las losas porque estaban cubiertas de sangre. Recordaba la vasija oscura vidriada aplastada por la pata de un caballo. (Con los soldados, el horror se extendía por el pueblo.) Recordaba haber corrido hasta el borde del pueblo y encontrado la choza del prado funerario en llamas.

Ienbar había gritado y chillado y berreado tratando de pasar al otro lado del fuego que escupían las armas de los soldados; después Rahm no había podido ver más a Ienbar a causa del resplandor y el humo, y después había sentido el olor de todo tipo de cosas ardiendo: paja seca de los tejados, madera, colchones y ropa de cama, carne carbonizada. Rahm había corrido hacia adelante, hacia el fuego, hasta que el calor, que ya lo había cegado, lo obligó —como podría obligarlo alguien con un látigo— a retroceder, dar media vuelta, huir a través del pueblo que era, al ir recuperando la vista debajo de las cejas chamuscadas, rodeado de caos y de gritos, una parodia infernal del pueblo que había conocido.

Uk arrancó la espada y dio media vuelta a la luz de una de las torres; estacionada junto a un edificio desusadamente sólido con cimientos de piedra. Algo malo le pasaba a la rodilla de Uk; toda la semana anterior había estado sintiendo en ella un dolor punzante; ahora hacía tres días que estaba mejor, pero sólo unos minutos atrás un soldado y un campesino, peleando en el suelo y en la oscuridad, habían rodado y chocado contra él; Uk gritó: le volvía a doler. Mientras se volvía para ir hacia el edificio iluminado, levantó el brazo de la espada para enjugarse con la muñeca el sudor acumulado debajo del borde del casco, y la sangre le corrió por la cara, pegándole las pestañas. No era la primera vez que sucedía. Con una mueca ante su propia estupidez, trató de liberarse de esa cosa pegajosa parpadeando.

Mientras parpadeaba, Uk reconoció, entre los soportes de la torre de luz, una armadura diminuta y un movimiento de hombro: Mrowky, que sostenía a alguien. Tres pasos más adelante, con la rodilla todavía dolorida, Uk se detuvo y sonrió. El hombrecito se había por fin apoderado de la pelirroja; probablemente la había arrebatado cuando huía de la carnicería.

Tienes suerte, muchacha, pensó Uk. Porque Mrowky haría aquella cosa con ella, quizá le pegaría un poco al terminar, sólo para asustarla, y después la dejaría ir. Ése era el estilo de Mrowky, aunque cuando todo un pueblo había estado a punto de

organizar una segunda revuelta para apoyar las peticiones, lamentos y finalmente las plegarias de una mujer violada por un soldado, el propio Nactor, media docena de campañas atrás, había arengado a las tropas: «¡No me importa lo que sea: muchacho, mujer o cabra! ¡Le metes lo que quieras y cuando hayas terminado le metes la espada! Es una orden. ¡No tengo que andar ocupándome de esas cosas!»

Pero Mrowky no se sentía cómodo —tampoco Uk— matando a una persona porque la había violado. Y una mujer rara vez protestaba tanto como aquella que había despertado la ira de Nactor, sobre todo si se la asustaba un poco. Pero Uk sabía que a otros soldados no les importaba nada.

Muy difícil, pensó Uk. Si Mrowky lo iba a hacer ahora, le convenía sacarla de debajo de la luz, llevarla detrás del edificio; no por decoro, sino porque Nactor o cualquiera de los oficiales podía pasar por allí a caballo. (No, reflexionó Uk, Mrowky no era demasiado rápido.) Apoyándose sobre todo en la pierna derecha, Uk echó a andar para decirle a su amigo que se fuera con ella a la vuelta de la esquina.

La pelirroja, vio a Uk por encima del hombro de Mrowky, tenía la mirada aturdida de todos los vecinos. Era casi diez centímetros más alta que el hombrecito. Mrowky había metido una mano en el pelo de la muchacha, de manera que ella tenía la boca abierta. Cuando la otra mano del soldado le pasó por encima, el brazo de la pelirroja dio una especie de tirón.

Fue entonces cuando Uk sintió el aullido.

Con el pelo negro flotando detrás y con el cuerpo de un toro erguido en dos patas, el hombre corpulento salió corriendo de la oscuridad, desnudo y gritando. La carrera y los gritos eran tan desenfrenados que, por un momento, Uk pensó que no estaban relacionados con Mrowky y la chica; sólo llevarían a esa criatura enloquecida a atravesar la luz y a meterse de nuevo en la oscuridad. Entonces Uk entrevió aquellos ojos feroces que, azotados por la luz, parecían explosiones en la cabeza del hombre. Mostraba los dientes: la imagen, pensó Uk más tarde, del mal absoluto, enfurecido y espeluznante. Bajo la armadura, los escalofríos recorrieron los hombros y bajaron por la espalda de Uk.

El campesino desaforado iba directamente hacia Mrowky y la muchacha.

Lo único que Uk consiguió hacer fue ladrar el nombre de Mrowky (sintiendo la sangre en la boca). El hombre chocó contra ellos; por un momento cubrió —y hasta pareció absorber— a los dos. Después giró. Con un movimiento de brazo arrancó el casco de la cabeza de Mrowky, con lo que la correa de cuero debió de cortar violentamente el cuello de Mrowky antes de romperse, si es que no se rompió sobre el mentón antes de quebrarle la nariz. El corpulento campesino giró otra vez, y Uk vio que había agarrado a Mrowky por el cuello con las dos manos: ¡qué grandes eran también las manos de aquel hombre!, y Mrowky era tan pequeño...

Con la espada levantada y con una rodilla dolorida, Uk embistió.

El hombre corpulento se echó hacia atrás (un poco más alto que Uk, más grueso de pecho, de brazos, de muslos), levantó un pie desnudo y lo descargó hacia adelante.

La patada dio en el vientre de Uk. Aunque Uk no la soltó, la espada se le escapó de la mano. Se tambaleó, tropezó en algo y cayó al suelo. Parpadeando y perdiendo todo a causa de la sangre en los ojos, Uk se levantó con esfuerzo; pero la pelirroja había desaparecido (sin duda en la oscuridad adonde había intentado mandar a Mrowky) y el campesino, sin dejar de aullar, lanzaba —¡sí, lanzaba!— a Mrowky a un lado y a otro, mientras retrocedía. La cabeza de Mrowky... ¡bueno, ninguna cabeza cuelga así de un cuello! Y el campesino retrocedía hacia la oscuridad, donde desapareció arrastrando con él a Mrowky.

Uk lanzó un juramento, se levantó y se puso en marcha... y tropezó en otra vecina que se estaba moviendo. Con furia, le descargó la espada para inmovilizarla. (¡Sí, en el cuello!) Después echó a correr en la dirección en que se habían ido, pero —¡maldita rodilla!—, lo sabía, sin suficiente velocidad.

En el techo de la choza de Hara estaba Qualt agazapado mirando a Rimgia, mirando a Rahm, mirando a Uk. (Pero trataba de no mirar lo que Rahm le hacía a aquel pequeño soldado al que le había arrancado el casco.) Qualt se volvió. Detrás de él algo enorme y oscuro y sombrío se extendía a ambos lados, moviéndose levemente en la brisa, como si respirara y también como si observara. Cuando volvió a mirar hacia adelante, Qualt vio cómo Rimgia se tambaleaba metiéndose entre las sombras a la vuelta del edificio del consejo y, en las sombras, vio cómo Abrid corría hacia ella, la agarraba por el hombro, le preguntaba si estaba bien y mientras hacía la pregunta, comprendía que no; y la rodeaba con el otro brazo. Mirando a derecha y a izquierda, del todo inconsciente de lo que había ocurrido allí en la esquina (los ojos de Rimgia estaban abiertos y miraban fijo, como si estuvieran viendo todo de nuevo), Abrid ayudó a su hermana a caminar siguiendo la pared del edificio del consejo.

Qualt había apretado con tanta fuerza las ramas y las pajas del techo que hasta en sus palmas duras y callosas había dolorosas marcas. Aflojó las manos y avanzó hacia adelante, como si fuera a saltar de allí y correr tras ellos. Pero la cosa que tenía detrás... ¿trató de tocarle un hombro? No, porque no tenía manos como nosotros. Pero un ala oscura se alargó pasando por delante de él, como una sombra que revive para contener a alguien que está a punto de precipitarse.

Y al volverse, Qualt susurró unas palabras que se tambalearon entre latidos del corazón aún casi ensordecidos, haciendo pausas mientras viajaban de un techo — sobre la violencia— a otro:

—... ¡Esto es... lo que ves si... vuelas sobre Çiron!

Algo le había pasado a Rahm: no a la parte de él que se tambaleaba entre el caos de vecinos y soldados, sino a la parte que crecía dentro, la cosa que había empezado a formarse cuando el jinete barbudo disparó a Kern. Había necesitado mucho tiempo para crecer: minuto tras minuto de tumulto. Pero la cosa que crecía alcanzó por fin tamaño suficiente como para llenar y completar algo que había en las manos de

Rahm, en los muslos de Rahm, en el estómago de Rahm. Lo llenó por completo o se transformó en él o lo desplazó; no importaba cómo lo dijera, pues todo se refería a la misma cosa. Y cuando, desde la oscuridad, Rahm vio a Rimgia y al pequeño soldado apoyados contra el edificio del consejo, cuando vio que el soldado la tocaba de aquella manera bajo las luces altas, lo que llevaba dentro se despertó y se hinchó del todo y lo dominó, músculo y mentón, pecho y pie.

Cuando lo que sucedió a continuación terminó de suceder, Rahm había arrastrado al soldado por medio pueblo, hasta que el soldado dejó de apretarle las muñecas, hasta que dejó de agitarse, hasta que dejó de luchar y de gorgotear, hasta que quedó flojo e inmóvil colgando de las manos de Rahm, mientras Rahm, en la oscuridad, ahogaba unos sollozos desgarradores.

Las patas de los caballos andaban alrededor. Rahm oyó un grito al lado. Una hoja —Rahm vio la luz que subía por el metal afilado— le cortó el hombro; y de adentro le brotó un sonido que no era un sollozo sino un rugido. Había arrojado a algún sitio el pequeño cadáver (el cuerpo lanzado arrancó la espada de la mano del soldado, derribó al soldado del caballo) y huyó, hasta que mucho más tarde Rahm arrojó su propio cuerpo, casi un cadáver, entre las estribaciones de las montañas.

Estaba en los bosques, al pie de la montaña, la mejilla apoyada en la muñeca; las lágrimas le bajaban por el puente de la nariz y le resbalaban por el dorso de la mano. El aire le entraba con un espasmo en los pulmones cada medio minuto.

Estaba tendido sobre las hojas, jadeando. Los ojos le hervían dentro de óseos calderos. Los dientes se le apretaban con tanta fuerza que sólo por milagro no se le quebraría el esmalte de alguna muela. El cuerpo se le estremecía de vez en cuando como si alguien lo golpeará brutalmente en la cabeza, en un pie. Lo que más le seguía dando vueltas en el cerebro eran los nombres. Los nombres. En el oscuro bosque trataba de recordar todos los nombres con los que había hablado ese día, desde el momento de la llegada al campo hasta el momento en que había ido al espacio comunal. Empezaba a repasarlos, se perdía y, porfiadamente, empezaba de nuevo para recordarlos todos esta vez. (De nuevo, ¿quiénes eran? ¿Quiénes eran...?) Porque sabía que una tercera parte de esos nombres —nombres de niños, de madres, de padres, de amigos— ya no eran nombres de personas vivas. Y no debían olvidarse. Pero ahora su cuerpo ya temblaba un poco menos. No deben... Mientras la mente de Rahm seguía funcionando...

... el amanecer despertó a Rahm con oro.

Giró y se levantó con un solo movimiento, parpadeando para borrar sueños insoportables. Se quedó inmóvil un largo rato. Una vez giró y miró hacia la cuesta arbolada y después hacia los árboles que tenía a cada lado. Empezó a temblar. Después, quizá para detener los temblores, se puso a caminar —más bien a tambalearse durante los primeros minutos— hacia arriba. Tal vez caminaba porque eso era lo que más había hecho en la última semana. Y el alivio que llega al dejar de caminar, la sensación del trotamundos al final del viaje, la asombrosa sensación de

volver... algo terrible le había ocurrido a esa sensación.

Rahm caminaba...

De vez en cuando se detenía y sacudía la cabeza, muy rápido: una especie de estremecimiento. Después volvía a caminar.

Los árboles raleaban cada vez más. Mientras Rahm tropezaba en las piedras más altas, la roca desnuda afloraba libre de vegetación formando peñascos a su alrededor. Al poco rato, más que caminar trepaba. Después de una hora —¿o serían dos?— fue a dar a una saliente, donde encontró una grieta. Ante él se abría la estrecha boca de una cueva de cinco metros de altura.

De adentro llegó un aleteo... como de una sola ala.

Rahm avanzó con cuidado por la saliente. Todavía entumecido, no tenía conciencia del peligro. Lo movía una curiosidad nada pasiva, y actuaba como había hecho siempre en el pasado.

Sobre la roca había una rama caída, abierta a lo largo. La luz de la mañana se reflejaba en la limpia madera interior, aún húmeda. Como metal. Como una espada bruñida que reluce a la luz de la lumbre.

Rahm agarró la vara, como si el hecho de apoderarse de la realidad fuera a detenerle la memoria. La agitó, como para apartar aquella imagen. Después la levantó. Apoyando una manó en la pared de piedra, llevando en la otra la vara, Rahm entró por la boca de la cueva, entornando los ojos. Un rayo de luz oblicuo que entraba por un agujero situado cerca del techo iluminó algo gris... algo vivo, algo que cambiaba de posición, algo cerca del techo de la roca. Aquel algo se movió, volvió a moverse, se sacudió y de nuevo se detuvo.

Rahm entró un poco más. Miró hacia arriba arrugando el entrecejo y gritó sin decir una palabra. Le contestó un maullido.

Rahm dio otro paso. La cosa gris volvió a hacer aquel ruido de aleteo.

Cuando los ojos se le adaptaron a la oscuridad, Rahm distinguió la figura de cometa. Estaba suspendida de una masa de filamentos con un ala colgando. Un enredo de telarañas ocupaba la mayor parte de la cueva. Agachando la cabeza para pasar por debajo de los hilos, Rahm dio otro paso. Las hojas dejaron de desintegrarse debajo de sus talones. Dentro, la tierra más blanda estaba en silencio. Al chocar contra algo, Rahm miró: un hueso rodó sobre la piedra. Rahm volvió a mirar hacia arriba, levantó la vara, acercó la punta a la criatura atrapada.

No la tocó. Entre la punta de la vara y el ala correosa había por lo menos quince centímetros. Pero de repente el maullido se volvió más agudo, transformándose en un chillido.

Rahm giró... porque algo, pasando por delante de la luz que tenía detrás, había proyectado una sombra delante de él:

Suspendida a más de un metro del suelo, una... cosa bulbosa se balanceó delante de la entrada de la cueva, se dejó caer unos centímetros más —demasiado despacio para ser una caída— y después se deslizó hasta el suelo, donde se escabulló por la roca, se detuvo, lanzó un chirrido y se puso a bailar de un lado para otro sobre una exagerada cantidad de patas finas. Rahm le atizó con la vara.

Unas mandíbulas chasquearon sin alcanzar el objetivo.

La cosa corrió subiendo por la pared y después saltó hacia adelante. Rahm la atacó con la vara y sintió que le había acertado. La cosa cayó escupiendo y se alejó

asaltos, con una pata herida que apenas tocaba la tierra. Arrastraba un hilo gris, del mismo espesor, pensó Rahm, que el que podría usar Hara en el telar.

La cosa volvió a saltar. Rahm volvió a mover la vara.

Pero la cosa no estaba atacando a Rahm; iba hacia un lado de la cueva y después hacia el otro. A lo ancho de la cueva aparecieron otros dos hilos. Y la cueva no era ancha.

Al retroceder, Rahm sintió que su pierna y su nalga empujaban algunos de los filamentos que había detrás, que cedieron como si fueran de seda muy suave. Pero al avanzar de nuevo se le pegaron al cuerpo, y cuando logró liberar un hombro, le escoció brusca y vivamente.

Esta vez, cuando la cosa brincó atravesando la cueva, Rahm saltó y con la vara le atravesó el cuerpo. Desde el aire, la cosa se derrumbó aterrizando de espalda, con los pies pedaleando. Rahm embistió para clavar la vara en aquel cuerpo crujiente. Siete patas se cerraron sobre la vara (la pata herida seguía colgando): la cosa chilló, escupió. Entonces las peludas patas se aflojaron. Una cayó contra la pantorrilla de Rahm y se agitó, se detuvo, volvió a agitarse. Los pelos eran hirsutos.

La sangre corrió por la piedra, se arrastró entre la piedra y la tierra y, mientras las patas se sacudían en una última convulsión —Rahm casi dejó caer la vara—, soltó un chorro de sangre.

Rahm arrancó la vara del caparazón y dio un paso atrás respirando pesadamente. Miró la cosa atrapada allí arriba, en la red. Y volvió a mirar hacia el techo, donde había una confusión de hilos, hojas, luz de sol, motas de polvo y movimiento. Levantó la vara entre los filamentos. No metió la punta cerca de la criatura, pero probó entre los hilos con la esperanza de romper algunos y quizá hasta liberarla.

La vara entró con bastante facilidad. La criatura se movió. El ala libre se agitó durante un rato. Entonces, con voz de niño pero con un extraño timbre que no era nada infantil, aquel ser dijo con claridad:

—¡Usa la sangre!

Rahm retiró bruscamente la vara.

—Para liberarme —prosiguió la voz, tensa, como si su postura fuera manifiestamente incómoda—, ¡usa la sangre!

—¡Hablaste...! —dijo Rahm con voz entrecortada, sorprendida.

—¡Lo mismo que tú, ser terrenal! ¡Voz potente pero atado a la tierra! ¡Vamos... usa la sangre! Rahm retrocedió un poco más. Entonces, como el pie se le hundió más (en la roca inclinada) de lo que esperaba, miró bruscamente hacia atrás para no caer. La sangre de la bestia de la cueva había rodado hasta el asidero en la piedra de uno de los filamentos, y la base del filamento humeaba.

Entonces el filamento se soltó y quedó colgando sobre el suelo de la cueva. A Rahm se le ocurrió tocar con la punta ensangrentada de la vara una nidada de hilos que había a su espalda. Salió un poco de vapor. La mitad de los hilos se rompieron. Al sentir algo caliente en el pie, Rahm miró hacia abajo: la sangre había formado un

charco contra el empeine. Pero aunque rompía los hilos, no le lastimaba ni le quemaba la carne.

Rahm habló de nuevo.

—¿No me harás daño si te libero...?

—¡Libérame y serás mi amigo! —Era la voz de un niño exasperado—. Rápido... ser terrenal.

—Porque —prosiguió Rahm— me lastimaron mucho cuando creí que habría amistad...

Lo que salió ahora de la criatura atrapada fue el mismo sonido que Rahm había considerado un «maullido», aunque ahora, desde que la criatura había hablado, el sonido parecía de repente articulado con todo tipo de sutiles sensaciones, significados y reacciones, de manera que —si hubiera sido en un tono más grave— lo podría haber llamado «suspiro».

De pronto Rahm tiró la vara, atravesó la roca, se agachó y agarró una de las patas peludas de aquella cosa para arrastrarla por la cueva. Tirando de dos patas, la levantó hasta una saliente de roca más alta, trepó a su lado y después la subió a otra saliente aún más alta antes de subir él mismo. Se puso en cuclillas, aspiró hondo, arrugó el ceño y pasó la mano por la herida ensangrentada. A continuación agarró un hilo, y otro, para sentir cómo vibraban dentro de su mano pegajosa, disolviéndose.

Después de cortar una docena, una más y la criatura cayó medio metro. El ala libre se agitó. Aquella voz —como la de un niño con algún problema respiratorio— declaró:

—¡Ten cuidado!

La criatura volvió a maullar.

Rahm sacó otro puñado de sangre y se puso a trabajar.

Más tarde trató de recordar cómo había relacionado todos esos aspectos que hablan de un animal con aquella voz infantil que, de algún modo, era la de un hombre. Al tirar de los hilos adheridos a aquellos increíbles músculos negros, parte del vello se pegaba o se desprendía, y los músculos se estremecían. Pero la extremidad membranosa que movía aquellos músculos —lo que empezaba a ver como brazo— era más gruesa que su propio muslo y tres veces más larga que su pierna. Por debajo estaba llena de pliegues correosos entre espinas que eran distorsiones imposibles de dedos... ¡dedos más largos que sus brazos! Los dientes, dentro de aquella boca torcida en una mueca, eran pequeños. Una vez, mientras tiraba de los hilos y los cortaba, vio aquellos dientes y alrededor la cara en forma de cuña que se reía de algo que él no había no había visto. Pero igual era bueno ver una risa en una cara que no era una cara porque la nariz era ancha como tres dedos juntos de un hombre de manos grandes; los lados de la cabeza eran pura oreja nervada; y los ojos tenían pupilas como de gato: pequeñas también como las de un gato, lo que era extraño, porque cuando por fin se levantó sobre la saliente de roca, con un pie largo (cuyo dedo gordo era tan largo, y tan hábil como el pulgar de Rahm), la criatura era

una cabeza más baja que Rahm.

—Y ahora... ayúdame a soltar este pie... —dijo aquel hombre, aquella bestia, aquel Alado, cuyos músculos de las piernas y de los hombros eran gruesos como barriles.

Aferrándose a la roca, aferrándose a aquel hombro increíble, Rahm se inclinó hacia afuera, con las manos empapadas en sangre, y agarró otro hilo que se le disolvió entre los dedos.

—Ahora... —Se echó hacia atrás con un rápido gruñido— tenemos que buscar algo de agua para lavar esta cosa maloliente.

Pequeñas ramas y hojas habían quedado atrapadas entre los hilos caídos en el suelo de la cueva.

—Cuando era pequeño... —El Alado hizo una mueca, flexionando los músculos—. Solía colarme con las rudas y toscas muchachas que iban a recoger estos hilos para hacer cuerdas y redes de caza... hasta que mi tía me descubrió y dijo que eso no era digno de mi condición. Bueno, hace una hora, colgando ahí con la sangre martillándome en los oídos, pensé en la ironía de terminar la vida aquí atado con esta cosa pegajosa, esperando a que la bestia agazapada a la entrada de la cueva tuviese hambre.

Bajaron de la saliente. A Rahm se le escapaba el sentido de muchas de las palabras (rudas, digno, condición e ironía).

—Cuando yo era niño —dijo Rahm, sosteniendo a la criatura que estaba más arriba— los mayores de mi pueblo siempre nos enseñaban a temer a tu pueblo, a no acercarnos a vosotros si alguno se posaba cerca de nuestros campos.

—¡Teníais razón! —declaró aquella voz aguda, mientras las alas, arrugadas y desplegadas apenas una quinta parte de su envergadura, llegaban casi de pared a pared en la estrecha cueva—. Siempre decimos a nuestros pequeños que cuando se acerquen a vosotros actúen de la manera más aterradora antes de alejarse. ¡Ay, amigo mío, las cosas que hemos oído y visto! ¡Las cosas que los vuestros pueden hacerse mutuamente! Y eso no presagia nada bueno, pensando en lo que podéis hacernos a nosotros y a otras razas. Bueno, no me refiero a tu propio pueblo en particular... a Çiron al pie de las montañas. Pero volamos hasta muy lejos de Hi-Vator, y muy lejos de Çiron; y escuchamos con mucha atención, y a menudo lo que oímos no es bueno. Así que nuestros mayores siempre han pensado que una política de reserva, apoyada por una cierta hostilidad mutua, era lo mejor. Yo nunca lo tomé en serio, aunque algunos que conozco no hacen otra cosa. La verdad es que me alegro de que hayan caído esas barreras aquí y ahora, y que vayamos en esta dirección. ¿Cómo te llamas, terrenal?

—Rahm. ¿Y tú?

El Alado ladeó la cabeza.

—Vortcir.

En el suelo de la cueva, Rahm se inclinó, levantó la vara de punta oscurecida que

había usado para matar a la bestia de la cueva. La miró. La sangre, ahora seca, se le había oscurecido en los dedos y en las palmas y en las muñecas, donde se le había pegado el polvo.

—¿Y cómo te atrapó esa cosa, Vortcir?

El Alado inclinó la cabeza hacia el otro lado. Los enormes hombros levantaron las alas plegadas, bastante más altas que Rahm, y volvieron a bajarlas.

—Me descuidé. —La expresión (en aquella cara que no parecía tener muchas) era de vergüenza—. Por la noche entré en esta cueva, sin darme cuenta de que el peligro con el que había tropezado era mayor que aquel del que había huido.

—¿De qué peligro huías?

La cara de Vortcir se arrugó.

—Por la noche llegó un tremendo gemido que nos ensordeció. Nos llenó de miedo y nos dispersamos abandonando los nidos, bajando tanto que tropezábamos con los árboles, subiendo tanto que abajo quedaban los peñascos, hasta que, sin poder orientarnos, vi cómo aquel terrible gemido enloquecía a muchos de los míos. Oía el eco desde esta cueva. Volé hasta aquí, pensando que desde este sitio se oiría menos el sonido. Pero me topé con la telaraña, y al forcejear lo único que hice fue enredarme más. Y cuando la excitaba lo suficiente, la bestia venía y me echaba alrededor otro par de hilos. ¡Uff! —Vortcir hizo una pausa—. Pero llegaste tú... ¿Y cómo llegaste tan alto en la montaña, terrenal Rahm?

Rahm esperó mientras el viento amainaba allá afuera, entre las rocas.

Yo también huí del tremendo gemido de anoche.

—Oigo muchas cosas extrañas en tu voz —dijo Vortcir, arrugando el ceño—. ¿Te irás ahora a tu nido?

—Mi... nido ha sido destruido.

—¿Destruído? ¿Mientras yo estaba aquí colgado, atado en esta espantosa telaraña en esta cueva? ¿Çiron? ¿Qué fue lo que pasó?

Rahm, de repente, dio media vuelta y arrojó la vara oscurecida contra la pared de la cueva. Dejó caer los hombros. Era como si la cosa que se le había soltado dentro se sacudiera, tambaleándose y chocando contra las paredes del cuerpo. Rahm sintió aire en la espalda. Algo le tocaba la espalda, pero la presión abarcaba mucho. Levantó la mirada.

Vortcir apartó el ala del hombro de Rahm. El rostro triangular estaba desconcertado.

—Me has salvado la vida —dijo Vortcir—. Por eso somos amigos. ¿Qué es eso, amigo Rahm, que hace que tu corazón truene y que tus músculos canten de rabia sobre los huesos?

—¿Oyes los sonidos de mi corazón y de mis huesos?

—Y de la raíz de tu lengua, que se esfuerza en la garganta buscando palabras, como si fuera a arrancarse de tu boca. Mi pueblo tiene buen... —Seguido por una palabra que quizá significaba «oído», pues las hojas nervadas de las orejas de Vortcir

oscilaron hacia adelante, después hacia atrás.

Rahm miró hacia las hojas que había fuera de la boca de la cueva.

—Lavémonos la sangre del cuerpo. —Su propia voz era ronca—. ¿Hay algún arroyo?

—¿No oyes dónde está el agua, allí...?

La punta del ala de Vortcir se inclinó por primera vez de manera torpe, hasta que Rahm se dio cuenta de que la criatura estaba señalando algo con ella. Rahm frunció el ceño.

—Vamos a lavarnos. —Vortcir sonrió—. Y podrás contarme qué es lo que tanto te hace sufrir. Salieron de la cueva. Rahm daba grandes zancadas sobre las piedras. Vortcir daba saltos con aquellas piernas cortas, abriendo de vez en cuando las alas para mantener el equilibrio.

—Vortcir —dijo Rahm, mientras caminaban—, mi pueblo anda desnudo por el suelo. El tuyo... anda desnudo por el aire. Los dos tienen una buena relación con la tierra que los rodea. Peleamos nada más que con las manos y los pies... y sólo si nos atacan. Amamos a nuestros semejantes y estamos en paz con lo que tenemos alrededor. Pero... no ocurre eso con todas las criaturas...

En voz baja, hablando con rapidez, Rahm empezó a contar lo que había ocurrido en las calles de su pueblo la noche anterior. A medida que avanzaba el relato, empezó a sentir que aquello no había sido más que una atrocidad tras otra, así que finalmente calló.

Rahm miró a Vortcir. Los ojos ambarinos del Alado hacían pensar en una sustancia derretida que poco tiempo antes había alcanzado una notable dureza.

—... Pero lo que me llena de terror, Vortcir, es que el mal está ahora también... en mí. Estoy lleno. Ayer por la mañana maté un león. Esta mañana maté a la criatura de la cueva. Y en los dos casos lo hice en cierto modo por deporte. Pero anoche, Vortcir, maté a un hombre... un hombre como yo; un hombre como tú. Le agarré el cuello con las manos y apreté, y retorcí hasta que... —Al llegar al arroyo, Rahm se detuvo. Se puso en cuclillas junto al agua, dejó que una rodilla se hundiese en el barro—. No soy el que era, Vortcir. —Al empezar a lavarse, el agua se oscureció alrededor de sus brazos; no toda la sangre era producto de la lucha en la cueva—. Esto que soy ahora me asusta. Pienso que quizá no puedo, o no debo, volver al pueblo.

Vortcir se metió en el agua y se agachó. Un ala abierta empezó a golpear y a agitar el agua.

—¿Por qué?

Rahm apartó la cara de las gotas y salpicaduras que arrojaba el Alado mientras se lavaba y sonrió. La sonrisa era por las gotas, no por lo que estaba pensando. Pero era agradable volver a sonreír.

—¡Porque si volviera allá abajo, Vortcir —dijo Rahm—, haría lo mismo al cuello de cada soldado y de cada oficial que aún quedase en el pueblo de Çiron!

Detrás de aquellos ojos duros, Rahm se preguntó qué significaría decir lo que estaba diciendo con la seriedad que lo estaba diciendo y sonreír como sonreía.

Pero era agradable... aunque le producía escalofríos.

Vortcir se quitó las gotas de la cara con el hombro.

—Te oigo bien, Rahm. Tu pueblo es buena gente. De vez en cuando hasta te observamos a ti: —Vortcir soltó una rápida carcajada—. Quizá tu pueblo sea mejor que el mío. Nosotros luchamos por la paz. Pero a veces no la alcanzamos. Nosotros, los Alados, como vosotros nos llamáis, a veces nos matamos entre nosotros. Sabemos que está mal. Cuando uno de nosotros mata a otro, lo buscamos y le imponemos un castigo. —Se encogió de hombros—. No ocurre a menudo.

Vortcir se volvió y se puso a salpicar agua con la otra ala.

Rahm recogió un puñado de arena húmeda y la usó para restregarse el brazo, el hombro. Cuando la sangre salió del corte que había recibido la noche anterior, sintió escozor. Miró al acuclillado Vortcir, que estaba con los pies separados metidos en la corriente. Ahora las dos alas estaban abiertas. Vortcir levantó la cabeza. Se puso a maullar.

Rahm levantó la mirada.

De repente, con excitación, Vortcir gritó:

—¡Se acerca mi tía!

Entonces saltó. Alrededor volaron las ramas y las gotas. Rahm cerró los ojos ante la avalancha de hojas y tierra.

Cuando los abrió, Vortcir se estaba alejando del abrupto acantilado, subiendo delante de una hinchada nube.

Por un momento Rahm lo perdió. Entonces, un instante más tarde, vio a dos Alados que volaban un rato juntos y luego se separaban, daban vueltas y se encontraban, uno se elevaba y el otro lo seguía... hasta que de repente los dos se posaron en las rocas del otro lado del arroyo.

Vortcir se lanzó hacia adelante salpicando agua, y entonces se volvió y dijo algo entrecortado al otro Alado.

—¡Aquí está el terrenal llamado Rahm que me salvó la vida!

La mujer Alada era más grande que Vortcir en todas direcciones: más alta, pecho más ancho, alas más largas. Llevaba alrededor del cuello una cadena de latón, y era claramente mayor.

—Terrenal, ¿así que eres amigo? —Aunque más tosca y mayor, su voz era tan aguda y tan entrecortada como la del sobrino—. ... Has salvado a mi buen chico; todos los hombres y mujeres que vuelan te estarán agradecidos y te rendirán honor.

Rahm había cerrado la boca. Ahora la sonrisa sólo le quedaba en la cara.

—¿Todos...?

—¡Vortcir es el Sirviente de nuestro nido! —declaró ella, como si eso explicase todo—. ¿Vendrás con nosotros?

La alegría sonriente se transformó en alegría asombrada.

—¿Adónde?

—¡A nuestro nido allá arriba en las rocas... a Hi-Vator!

—Pero ¿cómo podría trepar hasta allí si...?

—¡Fácilmente! —Maullando, Vortcir se volvió hacia su tía—. ¡Es alto... pero escuálido! No puede pesar mucho. ¡Vamos, amigo Rahm! Súbete a mi espalda.

—¿Podrás sostenerme?

Rahm estaba en la orilla del agua. Nunca se había considerado una persona liviana. Pero con una cabeza menos de estatura, Vortcir era bastante más pesado.

Rahm atravesó el agua hasta donde estaba Vortcir, que se volvió y se inclinó para que él pudiera subir. Rahm lo agarró por encima de los hombros. La espalda velluda se endureció debajo del pecho de Rahm. A los lados se abrían las alas membranosas. Al principio no batieron sino que vibraron. Sin ninguna sensación de movimiento —al principio—, la tierra se quedó allí abajo. Entonces, de repente, las hojas de los árboles bajaron hacia ellos y quedaron debajo. Rahm recuperó el aliento y se aferró con más fuerza. Y las alas se cerraron y se abrieron una vez más... ¡y vaya si volaban!

Rahm miró por encima del hombro de Vortcir y vio que allá abajo había mucha más roca que verde.

—¿Cómo te sientes volando, amigo Rahm? —dijo Vortcir; después gritó a su tía—: ¡Es liviano como un polluelo!

El maullido de Vortcir se volvió más fuerte. Rahm espió por encima del hombro.

Allá abajo pasaban las rocas, unas desnudas, otras cubiertas de tojos. El viento acariciaba los brazos, las nalgas, la espalda de Rahm. El olor de la piel del cuello de Vortcir era como el olor que podría salir de un cofre o un armario de la cabaña de Ienbar, algún mueble cerrado durante mucho tiempo que de repente se abría. A veces volaban de tal manera que Rahm sólo se sostenía mediante el esfuerzo de los brazos. Pero la mayor parte del tiempo se movía en sentido horizontal, de manera que Rahm iba tendido boca abajo sobre aquel cuerpo, más ancho que el suyo, aunque sus pies quedaban en el aire. A veces parecía que flotaban, y el sol le calentaba el cuello y los hombros y Rahm ya no sentía nada de viento en el cuerpo. En otros momentos el viento le soplaba en la cara y en los brazos y le enfriaba los dedos (cruzados contra el pecho de Vortcir), hasta que se preguntó si podría resistir mucho tiempo más. La excitación del vuelo contraía el estómago de Rahm y, a veces, le hacía latir con fuerza el corazón. Se apretó con más fuerza a aquella espalda flexible.

Otros se habían sumado a Vortcir y a su tía. Mientras descendían subieron a su encuentro unos profundos acantilados. Por fin los pies de Vortcir rozaron la roca. Rahm recuperó el equilibrio y se quedó solo una vez más, con un cosquilleo en los brazos y en el pecho, mientras miraba las ventosas y aleteantes maniobras de los demás posándose a su alrededor, o al propio aleteo de Vortcir, que finalmente se detuvo:

Cerrando las alas y respirando agitadamente (pero no profundamente; la

respiración profunda parecía reservada para el propio vuelo), Vortcir se volvió hacia él.

—Aquí en Hi-Vator, en el techo del mundo, verás cómo viven los que vuelan.

Se les unieron otros más y se produjo un griterío general:

—¡Vortcir! ¡Sirviente Vortcir! ¡Vortcir ha vuelto! La tía de Vortcir se abrió paso.

—Pero joven Sirviente ¿dónde está tu cadena de confianza?

Rahm notó de nuevo la cadena que llevaba ella alrededor del cuello.

—Debo de haberla perdido cuando nos dispersó el terrible gemido.

—No puedes andar por ahí sin ella. Así como yo llevo el signo y la confianza de una Reina, nuestro Sirviente debe llevar el signo y la confianza de alguien que en cualquier momento se puede convertir en Rey.

Mientras ocurría eso, Rahm miraba y parpadeaba y volvía a mirar a esa gente velluda que tanto favorecía la cercanía corporal —en grupos de tres, cinco o siete, siempre tocándose—, pero que de vez en cuando estallaban y subían al aire alejándose cincuenta, setenta y cinco o ciento cincuenta metros de sus compañeros.

Y al levantar vuelo con Vortcir y su tía, en el momento de emprender el viaje juntos, y cuando iban a aterrizar con los demás, Rahm se había dado cuenta que aquél era un pueblo donde los pechos velludos de las mujeres eran poco más grandes que los de los hombres, y donde los genitales de los hombres eran casi tan internos como los de las mujeres. La distinción entre los sexos era apenas evidente, hasta que uno se detenía a orinar, como hacía aquel macho allá adelante, o cuando uno de ellos se encontraba (como comprendió al mirar hacia la izquierda, donde varios bromeaban mirando a una hembra joven) en estado de excitación sexual.

Con cuidado, tratando de que no lo sorprendieran mirando, Rahm los observaba. Y desde los apretados y nerviosos grupos, ellos lo observaban a su vez con sus ojos pequeños. Lo observaban desde los salientes que había más arriba. Lo observaban desde las redes de cuerda colgadas entre una robusta rama de roble y un firme tronco de conífera, aparentemente el sitio favorito de los jóvenes para jugar. Lo observaban desde otras redes más anchas, atadas desde las rocas que había junto al agua hasta los salientes más altos, treinta o cuarenta metros por encima, donde aparentemente los mayores se reunían para contar chismes, extendiendo las alas hasta que vibraban. Esa observación era especialmente extraña, porque a esas alturas Rahm sabía que más que mirar, escuchaban. Qué podrían oír de él, pensó, en medio de aquellos constantes maullidos.

Durante los primeros treinta minutos en Hi-Vator, Rahm vio a un grupo de seis niños alados que se burlaba despiadadamente de una niña menor y más pequeña. Los mayores eran —hasta donde podía darse cuenta— todos niños. El pequeño era —muy probablemente— una niña. La burla alcanzó tal intensidad que, en dos ocasiones, se volvió violenta: si hubiera visto esa escena en su propio pueblo, Rahm habría ido a detenerla. Pero ahora sólo podía buscar incómodamente a Vortcir y a su tía, que aparentemente habían ido a algún otro lugar. ¿Por qué, se preguntó con furia, ningún

otro adulto prestaba atención...?

Dentro de las tres primeras horas en aquel sitio, Rahm observó un juego durante el cual echaban a volar unos juguetes astutamente contruidos con ramitas y cuero fino de un saliente a otro, y después se los llevaba al cielo para echarlos a volar de un volador a otro. También vio a otros dos niños jugando con un animal doméstico parecido a un lémur. Después se encontró participando en lo que sólo después de quince minutos de empezar entendió que era un juego: un Alado tras otro se ofrecía amablemente a llevarlo hasta este saliente, después hasta aquél y hasta otro más. Se aferraba a los hombros cálidos y pesados para viajar de uno a otro sitio visitando los numerosos salientes sobre el cañón donde se hundían sus cuevas, a ambos lados de la plateada pluma de una catarata. Rahm ya había notado, al aterrizar, que resultaba más fácil saber el sexo del Alado —joven hembra o macho— que acababa de transportarlo. Por las risitas de los que esperaban para llevarlo, o de los que acababan de hacerlo, Rahm comprendió —con repentino humor— que, de algún modo, para ellos esos vuelos transportándolo de un lado a otro eran un juego sexual. Y a otros, veía ahora, ¡no les parecía bien!

Diez minutos más tarde tres mayores subieron a poner fin un poco brusco a todo aquello. Los que habían estado jugando con él se alejaron aleteando. Los mayores, a pesar de que él quitó importancia al suceso sonriendo y encogiéndose de hombros, se disculparon de una manera incomprensible, porque no había nada malo en lo que habían hecho.

Tres horas más y descubrió que aunque la palabra que los Alados usaban para «estrella» era la misma que la suya, no tenían una sola palabra para «oreja», pero más de diez para sus diversas partes y funciones; también, después de reiteradas averiguaciones, llegó a la conclusión de que no tenían el concepto de «tomatera».

—¿Qué estás pensando, mi amigo? —preguntó Vortcir, apareciendo de pronto a su lado mientras Rahm, en esas primeras tres horas, se había quedado quieto una vez más para mirar a aquellos jóvenes velludos forcejeando junto al borde de la catarata, o a las criaturas que parecían estar moliendo una especie de grano en las enormes hoyas circulares de piedra que había detrás, ó las nubes más arriba, en el luminoso cielo de la mañana.

—Pienso —dijo Rahm, lentamente y buscando las palabras— que, con alguna que otra excepción que me desconcierta... —Recordaba la burla especialmente violenta de los niños—, sois un pueblo muy parecido al mío.

Y sentado a la luz del sol, con las piernas cruzadas sobre la manta junto a la rueda del carro de basura, Qualt abrió una papaya. Mientras las semillas negras y el abundante zumo se derramaban sobre la pulpa naranja al sol de la mañana, Qualt dijo:

—Entonces, por lo que me dices, con la excepción de algunas pequeñas cosas que no entiendo, tu pueblo, en Hi-Vator... es también humano; un pueblo muy parecido al mío.

Y la semejanza entre lo que Qualt decía y lo que —kilómetros más arriba, en la montaña— Rahm estaba diciendo (y las situaciones infinitamente diferentes en que cada uno lo decía) debería empezar a hacerte ver las verdaderas diferencias entre Qualt y Rahm.

Qualt tiró la mitad de la fruta.

Posado en el armazón de madera de un banco volcado que no se usaba en el pueblo pero que estaba allí entre los desechos del joven basurero, extendió una enorme ala. Con la punta agarró la fruta y la llevó a la boca pequeña y oscura. Mordió, y el zumo y las semillas le corrieron por el vello a ambos lados de la boca. Maulló, volviendo a acomodarse.

—¡Muy buena! Eh, terrenal, mi hermana era una muchacha tosca y ruda que iba con otras muchachas pobres a recoger los filamentos que tejen las bestias de las cuevas, allá en las rocas, para hacer nuestras cuerdas y redes de caza. Pero yo era muy travieso, demasiado perezoso para ayudarlas. No, los míos solían pensar que yo no era bueno. Así que empecé a deambular, volando hacia aquí, volando hacia allá, escuchando a éstos, escuchando a aquéllos. Al volver, vi a uno de tus hombres luchando con un león, y bajé a ayudarlo, pero uno de esos otros me quemó un ala con esa especie de mal llameante que vimos anoche...

—¡Es un mal asesino! —Qualt mordió la fruta—. Y por eso debes hacer lo que te digo. Si seguimos, amigo, como empezamos esta mañana...

En ese momento hubo un zumbido detrás de la casa.

Qualt se levantó de un salto.

—Rápido, como te dije...

Echó a correr entre los trastos desparramados por el patio hacia la esquina de la casa, allí giró pasando por encima de piedras húmedas y de tres pilas de viejos cacharros, algunos rotos, otros amontonados entre malvarrosas.

El sendero que llevaba a la casucha del basurero era estrecho, y no se podía caminar por él sin rozar las ramas bajas. Mucho tiempo atrás, Qualt había atado una cuerda entre esas ramas para que, si alguien las tocaba, sonara un cencerro que había sujetado a un poste cerca de la puerta.

—Hola, Qualt —dijo una voz conocida. La vieja Rara venía abriéndose paso por el extremo del sendero—. Pensaba si estarías en casa...

Qualt se adelantó.

—¡Ay, muchacho, qué día fatal! —Sí, era Hara con el pelo blanco como la espuma de las cataratas de la cantera, con el vestido de los colores de las hojas y de la tierra y de las pieles—. ¡Uf! —La cara se le arrugó aún más mientras se acercaba descalza a la casa—. ¿Cómo puedes soportar el hedor?

—¿Por qué vienes aquí, Hara? ¿Por qué vienes aquí después de lo que ocurrió anoche en el pueblo? La tejedora hizo un movimiento de cabeza.

—Voy a una reunión de consejo. Sabes que Ienbar, como tantos otros, fue asesinado... lo quemaron en su choza junto al prado funerario.

—Entonces ¿también falta Ienbar? ¿Dónde os vais a reunir, Hara? ¿No será en el edificio del consejo? La vieja dijo que no con la cabeza.

—No, muchacho... Ahora están allí los myetranos. Pero no es una reunión que puedas escuchar a escondidas. No esta vez. —Alargó la mano y, juguetonamente, empujó la cabeza de Qualt con los nudillos—. Bueno, quizá cuando hayas perdido un poco más de insensatez juvenil y se te haya instalado un poco más de sabiduría entre las orejas... pero no, nadie tiene necesidad de saber dónde nos reunimos ahora. Los myetranos están todavía por todo el pueblo. Y no quieren que nos reunamos. Después de lo que pasó anoche...

—Sí —dijo Qualt—. Entiendo...

Hara fue hacia la esquina de la casa. Qualt corrió tras ella, que iba esquivando los cacharros y las malvas.

—Pero te puedo asegurar, muchacho, que no será una reunión fácil. Hay setecientos cuarenta personas aquí en Çiron, incluidos los viejos y los bebés. En cambio los myetranos... bueno, ¡parece que hay miles! Y tenemos que encontrar la manera de...

—Hara —dijo Qualt—. Hara, ¡no son miles! Hara se detuvo y lo miró.

Qualt hizo una bola con la cáscara de la papaya y la arrojó a los matorrales.

—No hay miles. ¡No hay cientos! Hay ciento ochenta y siete. Quizá me equivoque por cinco o seis. ¡Pero no más!

Hara frunció el entrecejo.

—¿Y cómo lo sabes, dedos sucios?

—¡Porque los conté!

—¿Cuándo los contaste?

—Esta mañana. Levantan campamento al amanecer y... los conté. Ciento ochenta y siete. Poco más de la mitad están en el pueblo. Poco menos de la mitad están en su campamento. Hay un grupo de cinco al que todos los demás obedecen. Se quedan en tres tiendas mayores que las demás, en la parte trasera del campamento: el de barba, a caballo, que mató al padre de Rimgia, es uno de ellos. Entre el resto hay diez que llevan ropa negra, con capas y capuchas negras, que van a caballo y dicen a sus hombres, los que sólo tienen espadas y láminas metálicas sobre el cuerpo adónde ir y qué hacer. Sólo los de negro y los cinco jefes tienen los fusiles de energía... las cosas con las que mataron a Kern y a Tenun y a tantos otros. Los llaman fusiles de energía: alguien les oyó decir la palabra y me lo dijo. Y no tienen más de veinte fusiles de energía, de los que una docena están inactivos todo el tiempo. Ésa es otra cosa a la que se ven obligados: después de disparar veinte o treinta veces tienen que dejarlos descansar un rato para que recuperen el poder de fuego. Les oí hacer bromas cuando reunieron a unos cuarenta y tres de los nuestros, todos heridos pero que todavía podían caminar, y los metieron como si fueran ganado en un corral de alambre donde quedaron encerrados...

—¿Cuarenta y tres de los nuestros encerrados? —exclamó Hara—. ¡Ay, gracias a

la generosa tierra! Porque en el pueblo empezaron a contar los cuerpos de los muertos... y parecía que faltaban más de treinta. ¿Sabes quiénes son los que están encerrados, Qualt? ¿Sabes quiénes son los prisioneros? Si nos lo dices, podrás aliviar a mucha gente angustiada...

—Te puedo decir eso y más todavía... aunque tendré que averiguarlo más tarde. Pero hay diez de negro que, con los cinco jefes, tienen los fusiles de energía.

Hara había echado a andar otra vez.

—¡Pero díselo al consejo! Hay cinco que mandan. Y sólo ciento ochenta y siete en total... con un margen de error de cuatro o cinco...

—¡Claro que se lo diré, muchacho! Claro que sí... Hara siguió andando hacia el camino de la cantera, rumbo a donde había decidido reunirse el consejo.

Qualt se quedó en el patio respirando agitadamente, como si el hecho de transmitir la información hubiera sido un repentino y doloroso esfuerzo.

Era, sin duda, una persona muy diferente de Rahm.

Por encima del dejado de Qualt asomó una cara afilada con orejas ahuecadas. Un instante más tarde se oyó un aleteo...

Qualt se volvió mientras el Alado saltaba al aire... como si el aire fuera agua y el Alado se metiera en ella como podría hacer Qualt desde la orilla de la cantera, y mirara como podría hacer un pez desde el fondo del lago.

El alado voló sobre el patio... lleno de cosas que, de vez en cuando, el curioso Qualt había rescatado entre los objetos irreparables que iba a tirar en el barranco, una especie de jardín de esculturas creado con muebles, herramientas de granja y cosas aún más irreconocibles, piezas colocadas en extrañas posiciones, de vez en cuando con una cuerda entre dos, de la que colgaban cacharros o enseres domésticos.

El Alado se posó en la esquina del carro de la basura de Qualt y cerró las alas. Abrió una para mantener el equilibrio mientras se pasaba el borde de la otra por la boca, quitándose las pequeñas semillas que se le habían pegado al vello de la cara.

—¡Eh, terrenal! Le has contado a una mayor todo aquello de lo que nos enteramos allá arriba, tal como deseabas. ¿Ahora crees que me dejarás llevarte a Hi-Vator? Allí sería divertido... y no tendrías que esconderte como dices que debo hacer yo aquí... Aunque allí quizá tenga que ocultarme de algunos, porque no falta, incluso en mi familia, quien me guarde poca simpatía. —El Alado soltó una risa estridente, desplegando del todo las alas en las que, a la luz del sol, Qualt vio unas cicatrices que hablaban de violencia y de aventura—. A veces pienso que no puedo, o que no debo volver a Hi-Vator. Bueno, no hay muchos allá arriba que escuchen esperando mi regreso. Otras veces pienso que quizá tendría que ir a visitarlos llevando un terrenal a la espalda para sorprenderlos, como si fuera un Sirviente o un noble que, pudiera hacer y deshacer leyes a voluntad. Pero si pudiera hacer y deshacer esas leyes, no sería el forajido que soy. Pero te aseguro que soy sólo un poco forajido. Amigo, no me tengas miedo. Nunca violo las leyes *importantes*. Lo que ocurre es que a veces me olvido y hago lo que quiero, y después descubro que no es eso lo que otros quieren

que haga. Entonces tengo que volar...

—Sí —dijo Qualt distraídamente—. Esa ley de la que hablaste más temprano. ¿Qué es esa «ley» que has violado, como dices...?

Pero el Alado se limitó a reír.

—¡Yo la conozco, terrenal! Quizá podamos rodar juntos por la tierra como hicimos anoche... ¿Verdad que fue divertido? ¿O te gustaría probarlo en el aire? Ése también fue un buen juego, ¿verdad? ¡Aunque haya sucedido por el accidente de aquel terrible sonido, que me impidió saber dónde estaba cuando fui volando a chocar contigo! Vosotros, los terrenales, lo hacéis en la tierra. Nosotros, los Alados, lo hacemos en el...

Pero Qualt se volvió de repente, saltó al banco del carro de basura y se quedó allí de pie mientras las ruedas crujían debajo de los dos.

—No, mi amigo... habrá otro momento para Hi-Vator. —Qualt se adelantó hasta ponerse detrás de las enormes velas de la criatura, como un objeto que recupera la sombra que había perdido momentáneamente por un misterio que no tiene nombre—. ¡Sí, como anoche, volemos un poco más sobre Çiron!

Durante sus tres horas finales en Hi-Vator, Rahm había decidido que los Alados eran un pueblo muy, *muy* diferente del suyo, pero que eran precisamente esas diferencias las que *hacían* de ellos un pueblo. Sin embargo, tras cada pensamiento o descubrimiento acerca de ellos, llegaba un momento en el que Rahm, durante segundos o durante minutos, se quedaba inmóvil como los acantilados que se erguían por encima de él, la mente caída kilómetros más abajo, girando entre recuerdos de la noche azotada de luz y de sangre, tratando de mantener coherente la idea de un pueblo propio. Cuando se quedaba así tanto tiempo, algunos de los Alados miraban o escuchaban en silencio. Otros, más educados, sólo escuchaban y fingían no mirarlo en absoluto... aunque cada vez eran más los que, fuera del alcance de la vista y del oído, intercambiaban maullidos acerca de la situación.

Entre las cosas más extrañas que le habían ocurrido esa tarde estaba una conversación con una vieja Alada que Vortcir quería presentarle desde hacía más de una hora. El vello de la Alada era más gris que castaño. Tenía los ojos cerrados por las arrugas.

Rahm y la vieja criatura se sentaron juntos sobre una red de cuerdas que colgaba encima de la catarata, y la Alada le explicó a Rahm que una de las ideas más importantes como eje de la vida de todos los Alados era algo llamado dios, una cosa aparentemente muy difícil de entender puesto que era al mismo tiempo el amor universal que une a todas las cosas vivas y al mismo tiempo una fuerza que castigaba a todos los malhechores aunque los perdonaba: también era un árbol que crecía en la cima desnuda de la montaña más alta del mundo, un árbol más viejo que el mundo, un árbol cuyas raíces no necesitaban tierra ni agua, pues esas raíces habían segregado todo el mundo que había debajo, incluyendo la montaña sobre la que se asentaba. Las

hojas del árbol eran de oro, y de hierro. Sus frutos concedían la invisibilidad, la inmortalidad y la paz perfecta. Para complicar aún más las cosas, durante un corto tiempo —veintinueve años para ser exactos, explicó la vieja Alada— dios no había sido árbol sino una tranquila, buena y sencilla mujer con un ala deforme y que por lo tanto no podía volar y cojeaba por las piedras de las montañas como un terrenal. Varios Alados aviesos se le acercaban y trataban de engañarla o de robarla o — algunas veces— incluso de matarla, pero ella tenía un poder que los avergonzaba, llamado «santidad», con lo cual se arrepentían y —a menudo— se volvían personas sumamente buenas, también santas, para el resto de su vida, durante la cual no hacían otra cosa que ayudar a los demás Alados.

—Hay otros pueblos —le contó la vieja Alada a Rahm mientras se estiraba sobre las nudosas cuerdas— que representan a dios como un cuervo plateado, mientras que otro dios es un joven al que cuelgan de un árbol para matarlo... —Con lo que sólo logró confundir más a Rahm.

Pero la vieja Alada tenía algo por lo que reconfortaba escucharla. Había algo en su actitud que recordaba... ¿a Ienbar? Las historias del dios que no volaba eran dulces y buenas y arrancaron de la mente de Rahm las imágenes catastróficas que vagaban por debajo de la superficie de la memoria.

Rahm bajó de la red de cuerdas, tratando de entender por qué se sentía mejor, pero no convencido de que esa idea/árbol/tullida fuese algo más que una historia demasiado imposible para ser creíble, de manera que aunque tuviese alguna relación con el mundo que lo rodeaba en ese momento, no podía creer que tuviese mucho que ver con el mundo que había dejado allá abajo.

El sol de la tarde había bajado lo suficiente como para dorar el borde occidental de cada peñasco y cada roca. Junto al fuego, los Alados ponían a punto tres cabras monteses sobre asadores de madera. Al pasar a otro saliente, Rahm vio a algunos otros machacando frutos secos sobre una roca grande con piedras pequeñas que sostenían con los dedos prensiles. Otros más, en el saliente que había por encima, habían recogido grandes pilas de fruta —amarilla, púrpura y naranja—, y unos minutos más tarde, cuando se le acercó la tía de Vortcir y dijo: «¡Esta noche va a haber fiesta!», Rahm no se sorprendió nada.

—¿En honor al regreso sano y salvo del Sirviente? —preguntó Rahm.

—¡En honor al terrenal que lo salvó! —declaró ella, con voz chillona y entrecortada. Después, con las alas abiertas, se volvió para saltar por el borde de la roca, a los pies de Rahm, y bajar descolgándose por una cuerda.

Unos Alados llevaban un caballete cubierto de fruta y frutos secos.

—Sírvete —le pidió Vortcir—. Algunos hemos volado leguas y leguas para transportar todo esto al nido.

Trajeron una cadena para Vortcir, quien insistió en que trajeran otra para Rahm. La propia tía de Vortcir la agarró con las puntas de las alas y la colocó alrededor del cuello de Rahm con refrescantes y ventosos movimientos. Varios Alados arrancaban

música de una serie de gongs, mientras los jóvenes aleteaban y trepaban a las rocas, arrojándose cáscaras de color escarlata, guinda y verde hoja a un brazo velludo, a una pierna que se movía para esquivarlas, desde donde la cáscara, ya sin fuerza, caía a la piedra, y el que la había arrojado maullaba y el que había recibido el golpe chillaba. En las cuevas que marcaban la ladera del acantilado retumbaban los parloteos y las risas. En las parrillas de cuatro metros de largo, las reses daban vuelta en los asadores encima de las llamas, y la grasa corría y goteaba por el fondo de cada animal.

—¡Acompáñame, Rahm! —Vortcir lo llevó hasta un borde de piedra—. Tú tienes que hacer el primer corte.

Con la punta del ala, Vortcir levantó el enorme cuchillo, tan largo como un muslo. Rahm agarró aquel mango tallado para una presión muy diferente de la suya. Plantó un pie en la piedra. Soplando espirales de chispas con las alas, los que se encargaban del fuego sacaron el primer asador. Rahm levantó la hoja...

Sus ojos percibieron la luz roja que subía por el metal afilado... y, como había hecho tantas veces ese día, Rahm se detuvo. Se le hinchó el pecho; contuvo el aliento.

Algunos de los Alados se callaron.

Una de las alas de Vortcir se abrió para rozar la espalda de Rahm, para desparramarle el sudor que, por momentos, había aparecido en los hombros, en la frente y en el pecho de Rahm.

—Amigo Rahm, esa hoja es para cortar la carne que todos comeremos. ¡Úsala!

Rahm bajó con fuerza el cuchillo. La piel tostada se abrió. Los jugos corrieron y burbujearon sobre el metal. Y Rahm esbozó una sonrisa. Los demás parloteaban y reían y maullaban. Algunos hasta fueron a felicitarlo por la destreza con que había hecho el corte:

—Pero es que tienes tantos dedos pequeños... Atada a una horqueta de madera había una bolsa de cuero de la que goteaba vino sobre un recipiente de piedra del que en un momento u otro todo el mundo iba a beber. Tres veces se encontró Rahm en el borde, al lado de una hembra de vello color granito oscuro, sonrisa rápida y agudeza para decir las cosas de la manera más simpática.

—Te oí hablar —dijo ella cuando el vino empezó a ayudar a Rahm y se encontraron de nuevo lejos de la comida— de dios con esa vieja tonta y ciega —aunque dijo la palabra «tonta» con tanto afecto que Rahm se preguntó si significaría para ella lo mismo que significaba para él—. ¿Sabes cuál es aquí el verdadero centro de nuestra vida? No es dios.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Rahm.

Detrás de ella, aquellas alas... entraron y salieron del color añil, entraron y salieron de la luz de la lumbre.

—Es, el dinero.

—¿El dinero? —preguntó Rahm—. El dinero... ¿qué es el dinero?

Daba la sensación de que era más complicado que dios. El dinero, explicó ella, era también, fundamentalmente, una idea, relacionada con el valor, representado en

ese caso por las cáscaras duras de ciertos frutos secos, tratadas con ciertas tinturas y con ciertos símbolos tallados. Uno daba algunas de esas cáscaras por todo lo que recibía, o —Rahm no estaba seguro— recibía algunas por todo lo que daba; «todo» incluía comida, sexo, entretenimiento, trabajo, alojamiento y que el Sirviente y la Reina hicieran para uno ciertos rituales.

—Me gustaría ver —dijo Rahm con educado interés— algo de ese dinero.

Ella se echó a reír con un cacareo tan agudo como el de la bestia de la cueva.

—Pero ése es el problema. ¡Ya nadie lo tiene! Rahm estaba totalmente confundido.

—Renunciamos a él —explicó ella— hace años. Cuando era niña, cuando tenía ocho o nueve años. Tuvimos una reunión de todo el nido, y la Vieja Reina decidió que lo mejor era prescindir de él. Así que volvimos al trueque. Pero nadie lo ha olvidado, y no me importa lo que diga la Vieja. Personalmente, creo que sería mejor tenerlo de nuevo, ¿verdad?

Horas más tarde, alrededor de Rahm, los Alados seguían divirtiéndose. De vez en cuando Rahm veía cómo cinco, seis, siete o más se elevaban desde los picos de las rocas y se alejaban hacia el azul, formando al principio una sola aleteante masa que se encogía en la distancia y finalmente se fragmentaba en voladores individuales. Allí, entre ellos, estaba la joven que acababa de hablar con él sobre el dinero: ¿cómo hacía para reconocer su silueta? (¿Había participado en el juego prohibido de la tarde? De eso no podía estar seguro.) Pero la reconocía: sin duda era ella, entre los demás, alejándose allá arriba.

Con aquellos misteriosos y místicos conceptos —el dinero y dios—, aquel pueblo empezaba a parecerle extraño de nuevo. Rahm levantó la mano para tocarse la cadena que llevaba en el cuello, que lo convertía, al menos de manera honoraria, en una especie de personaje entre esas criaturas incomprensibles. ¿Qué diría a un Alado, pensó, que quisiera saber cuáles eran las ideas centrales de su propio nido terrestre?

Detrás de él, Vortcir susurró con voz intensa:

—¡Amigo Rahm, vuela conmigo!

Rahm se volvió y, con una avidez que lo sorprendió, rodeó con los brazos aquel potente cuello mientras Vortcir se inclinaba para que él pudiera subir.

—¡Trata de que no choquemos contra las rocas! La cabeza de Vortcir ¿estaría tan llena de vino como la suya...?

La sensación, a la que casi se había acostumbrado ya, era que el Alado que lo transportaba aspiraba con fuerza hasta que los pies se le despegaban del suelo, y seguía aspirando del mismo modo mientras el aire los llevaba más y más y más arriba.

—¡Qué buena noche para volar! —le gritó Vortcir. Debajo de ellos parpadeaban los fuegos. Sobre las llamas volaba una hilera de Alados. Una tras otra, las alas enrojecían, se oscurecían. Liberado de todo aquello y mirándolo por encima del hombro del Sirviente, Rahm sintió que todo el nido y todos los seres voladores que

había conocido allí, niños, adultos y viejos, estaban maravillosa e intrincadamente organizados, que eran un pueblo tan refinado y rico y lógico como el mejor.

—Te gusta la vida que llevamos, ¿verdad? —preguntó aquella voz añeja.

Rahm dijo que sí con la cabeza, rozando la oreja ahuecada del Sirviente, que se estremeció.

—Son buenos hombres y mujeres —dijo Rahm. Se alejaron de la cara del acantilado y de la catarata y de los árboles que brotaban de la roca, ahora oscuros allá abajo—. Todos han sido muy bondadosos conmigo.

—Y eres feliz —dijo Vortcir—. Lo oigo.

—El vino te ha embotado el oído —dijo Rahm.

—Por un momento... por unos momentos... Vortcir sacudió la cabeza en una especie de escalofrío, aunque sus alas seguían llevándolos con firmeza a través de la noche —fuiste feliz. ¿Te quedarás con nosotros, Rahm?— El único sonido que se oía era el del aire, que zumbaba con fuerza en los oídos de Rahm... aunque sin duda zumbaría con mucha más fuerza en los oídos de Vortcir. —He oído tu respuesta.

Al lado de ellos subió la montaña.

Rahm habló más consigo mismo que con Vortcir, porque ya sabía que no era necesario:

—Quiero irme a casa...

—Te he oído —repitió Vortcir.

Descendieron a través de la noche.

—¿Dónde estamos?

Rahm movió los pies por un suelo donde había pequeñas piedras, hojas y ramas. Ni la luna ni las estrellas herían la oscuridad.

—En el borde del prado donde enterráis a vuestros muertos. —Un movimiento de largas alas, no para volar sino para envolverlo, agitándose sobre su cuerpo y alrededor de su cuerpo con afecto pero también con angustia—. No tropieces... —La voz sonó áspera y cercana, mientras las alas se abrían— en los cadáveres.

—¿Hay muchos por aquí?

—Han traído muchos. Nadie los ha enterrado todavía. Amigo Rahm...

—¿Sí, Vortcir?

—Ahora debo volver con mi propia gente. Pero siempre te escucharé. —Aquella risa aguda y entrecortada—. Es lo que decimos cuando tenemos un amigo.

Rahm volvió a rodear con los brazos los hombros de Vortcir, para sentir contra su cuerpo la criatura que, en la oscuridad, sólo era músculos velludos, una voz aguda, rodillas contra las suyas, aliento caliente en la cara y un olor más animal que humano. Rahm dio un paso atrás.

—¡Y yo observaré y... te escucharé! ¿Vortcir...? Le respondió el viento. Una nube de polvo le golpeó las mejillas y le entró en un ojo, obligándolo a dar media vuelta mientras se frotaba con el nudillo del dedo índice, de manera que el aleteo

quedó a sus espaldas. De pronto estuvo arriba, un trueno apagado. En algún sitio, mientras el sonido se alejaba, se levantó una brisa que lo fue tapando con su propio trueno de hierbas y hojas. (Traía un olor desagradable, como de verdura podrida y de agua estancada; pero Rahm trató de no ponerle nombre, incluso de no prestarle atención.) Cuando se apagó ya no había más sonidos.

Debajo de los pies de Rahm, la hierba fue sustituida por el polvo de un sendero. Caminaba. Una luz de lumbre parpadeó detrás de una ventana. Al llegar a una choza se detuvo a mirar por una grieta entre dos troncos; una grieta por la que había mirado muchas, muchas noches de invierno, hacía años, cuando vivía allí alguien muy distinto.

Había una mujer sentada a la mesa, con la cabeza baja y los hombros levantados. Durante los últimos seis años habían vivido allí dos hermanas ya adultas. Rahm se apartó bruscamente cuando se dio cuenta de lo que podía significar que sólo estuviera allí una de ellas esa noche.

Dio media vuelta y echó a andar con rapidez por el camino y se escabulló en la oscuridad entre dos casas. Por un momento se preguntó si estaría perdido, pero al ver la luz que dejaba escapar un postigo mal cerrado en otra choza, supo dónde estaba.

Se acercó al rayo de luz y miró por la abertura. En una mesa mucho más desvencijada que la de la última choza, una lámpara de barro ardía con una llama más naranja que amarilla. Sentado en un banco, de espaldas a la pared y mirando hacia adelante, había un hombre cuyo nombre desconocía.

Pero conocía aquellas espaldas, y el pelo corto y puntiagudo: y la cara. El hombre, que no le llevaba a Rahm ni siquiera media docena de años, trabajaba con uno de los grupos de la cantera, a veces con Abrid y... Kern.

Qué extraño, pensó Rahm, que haya personas en mi pueblo que no conozco... aunque toda mi vida las he estado viendo de vez en cuando. Tal vez conozca los nombres de la mayoría de los trabajadores del campo, y los nombres de la mayoría de sus parientes. Pero ¿acaso conoceré a media docena de los que trabajan en las canteras...?

La sorpresa, por supuesto, era que el hombre viviera *allí*. Pero eso, siguió pensando Rahm, es lo que hace que este pueblo sea mío. Todavía hay en él cosas muy simples que me falta aprender, como el nombre o el sitio donde vive uno de los trabajadores de la piedra...

Entonces interrumpió el pensamiento: ¿Será ciego...? Los ojos del hombre estaban abiertos. Miraba por la ventana. A sólo centímetros de la luz, Rahm no podía creer que el otro no lo viera. Pero la expresión del hombre era de total vacuidad, como la de alguien que ha dormido con los ojos abiertos. En la oscuridad, concentrándose para leer aquel vacío, Rahm estaba igualmente inmóvil, igualmente vacío...

El hombre empezó a avanzar hacia adelante. Rahm dio un paso atrás... pero algo lo retuvo. El hombre se había levantado e iba hacia la ventana. Miró a Rahm y soltó

un gruñido, como solían hacer los hombres de la cantera.

—Te doy las gracias —dijo toscamente, con voz suave, aunque Rahm no sabía por qué, y sonrió—. Pero conviene que te vayas. Pronto llegará la patrulla.

El hombre cerró del todo la ventana.

Rahm se quedó en la oscuridad, desconcertado por el encuentro. ¿Qué, se sorprendió pensando, habría visto anoche, antes de aquel aterrador gemido, si hubiera mirado por esa misma ventana? ¿A otros dos trabajadores de la cantera compartiendo la choza con aquel hombre? ¿Quizá a una mujer, o a dos?

¿Algunos niños? ¿Qué ausencias en la casa explicarían aquella vacuidad... o aquella sonrisa?

Tras el regreso de sus andanzas el día anterior, Rahm había sentido la necesidad de pensar en todo lo que sabía acerca del pueblo. Tras el regreso de esta noche, después de la violencia de la noche anterior y de las maravillas del día, sentía la necesidad de pensar en lo que *no* sabía acerca del pueblo.

Rahm atravesó el sendero oscuro. Al acercarse al espacio comunal, caminó por delante de chozas más apretadas.

La casita de la vieja Hará la Tejedora nunca había tenido postigo... al menos en la ventana trasera. Pero ahora tenía algo colgado delante... aunque en una esquina quedaba una pequeña abertura por la que salía un poco de luz. Dentro, oyó a la vieja hablando... consigo misma, comprendió Rahm mientras apoyaba las yemas de los dedos en el antepecho de la ventana y miraba por la abertura entre el borde de la ventana y la tela.

—¡No se la llevarán! ¡Claro que no! Lo dije en el consejo y lo vuelvo a decir ahora: ¡No se la llevarán! Veía a Hará moviéndose delante del fuego con aquellos hombros afilados. Puso en el suelo una brazada de ropa y, con un cuchillo de cocina, empezó a cortar una prenda tras otra a media que las iba levantando.

—¡No será para ellos, claro que no!

Con movimientos muy fuertes, arrojaba puñados de trapos a las llamas.

Rahm retrocedió aunque aquello no producía ninguna llamarada.

Se apartó de la combada pared de la choza para seguir caminando y entonces, por la esquina, asomaron...

... ¡luces, caballos, patas!

—¡Eh, çironiano! ¿Qué haces fuera?

Rahm dio media vuelta rápido, protegiéndose los ojos de la luz.

—Conoces la ordenanza, çironiano. ¡Desde que oscurece no se puede abrir puertas ni ventanas! ¡Ningún hombre, mujer o niño puede andar por la calle! ¡Quedas arrestado! Acompáñanos.

—¿A vosotros...? —empezó a decir Rahm, bizqueando entre los dedos con los que se había tapado la cara.

—Todo aquel que la patrulla sorprenda después de la puesta del sol queda arrestado, çironiano. No empeores tu situación.

Sobre sus hombros cayó una cuerda que rápidamente se le ajustó contra el cuerpo. Otro soldado bajó del caballo para agarrarle las manos a Rahm y ponérselas detrás de la espalda.

—Lo llevaremos con nosotros hasta terminar la ronda por el espacio comunal, antes de entregarlo a la célula de vigilancia.

Otra cuerda le rodeó las muñecas.

Al arrancar al caballo que iba delante, arrastró a Rahm, que trastabilló y estuvo a punto de caer. Pero mantuvo el equilibrio. Se sentía como entumecido. (El otro soldado myetrano había vuelto a montar el caballo. Ahora los caballos golpeaban la calle con los cascos a ambos lados.) Pero dentro del entumecimiento había algo más: era una sensación que a Rahm le costaba describir. Era como si la cosa que la noche anterior le había crecido dentro hasta llenarlo, hasta casi convertirse en él mismo, se hubiera ahora, ante el primer tirón del caballo, desprendido de él. Era como si su carne se hubiera abierto y la cosa que lo llenaba se hubiera quedado allí quieta, inmóvil en la calle, de manera que lo que arrastraban no era más que una cáscara, una cosa flácida que se derrumbaba en la oscuridad castigada por las luces.

Pero la cosa que había quedado atrás no estaba inmóvil.

Los seguía. Avanzaba a un ritmo constante, con facilidad, mientras Rahm iba tropezando. Avanzaba con paso firme, observaba sin inmutarse. (Por momentos Rahm estaba convencido de que si miraba hacia atrás, la vería siguiéndolos, frunciendo el ceño en la oscuridad.) Los observaba, imparcial, a veces como algo que daba vueltas alrededor de ellos, a veces como algo que los acompañaba. Esa imparcialidad, esa impavidez, esa frialdad era más inquietante que la indiferencia de los soldados delante y al lado de él, llevándolo por las calles alrededor del espacio comunal, puesto que sus tropezones —la mayoría— eran, después de todo, fingidos. Al arrancar las muñecas de las manos del soldado, el nudo aún no había quedado apretado del todo: habría sido muy fácil torcer los dedos y, aunque la cuerda lo lastimase, soltar una mano. La cuerda que le rodeaba los brazos y el pecho se aflojaría, estaba seguro, con un solo y fuerte movimiento de hombros. Esos myetranos, pensó, estaban acostumbrados a tratar con hombres y mujeres aterrorizados.

Pero, comprendió Rahm, mientras tropezaba y pestañeaba ante el paso de aquellas luces, tratando de parecer aterrorizado y dócil, la cosa que los acompañaba —la cosa que era realmente él— *no* estaba asustada. (¿Acaso, pensó Rahm, la visión de una mujer o de un hombre asustado les parecía algo bello? Pero ni siquiera lo miraban. ¿Estarían escuchando, como los Alados? Creía que no.) No era nada aterrador.

Desde la esquina de la choza de Hara, Naä vio cómo los soldados se llevaban a Rahm. Lo había visto en la primera casa, lo había seguido a la segunda —donde lo había reconocido a la luz del postigo abierto antes de que se cerrara (hasta ese momento lo había dado por muerto en la masacre de la primera noche)— y había ido tras él, en silencio, a la tercera. Lo había seguido por la noche ventosa, cada vez más excitada, anticipando lo que él le diría, la sorpresa de verla, el placer de saber que estaba viva y libre, cuando finalmente se le adelantaría con una palabra...

En realidad había estado a punto de hablar... cuando apareció la patrulla y, en un momento por el que ahora se maldecía, se había escabullido fuera de la luz para quedarse lo más inmóvil y rígida posible, con un puño apretado contra el vientre, la espalda contra la áspera corteza de la pared de la choza.

La captura se había producido delante de sus narices, dejándola con la rabia, la frustración y la indignación que se puede sentir si le arrancan a una de los brazos al niño o al amante. Miró cómo se iban con Rahm y a trompicones, titubeando y corriendo, a una distancia segura, los siguió.

Desde que había salido de Calvicon por primera vez, Naä había hecho prácticamente todo lo que quería, con las limitaciones que la necesidad imponía a un cantante ambulante. Era una mujer de sentimientos fuertes y conducta tranquila. La noche anterior había observado lo que sucedía en el pueblo çironiano, pero desde el fondo de los callejones, agachándose detrás de cercas, mirando por una grieta en la puerta de un granero mientras los soldados y los vecinos golpeaban en las tablas encima de ella hasta que entró por allí una mano ensangrentada, moviéndose en la oscuridad, golpeándola en la cabeza y en los hombros mientras se arrodillaba en el espacio de un metro que había debajo, tratando de no hacer ningún ruido mientras los demás soltaban alaridos allá arriba.

Antes del amanecer, Naä había salido en silencio de aquel lugar, tropezando con los cadáveres, y —como Rahm— había empezado a marcharse del pueblo.

Pero no había llegado tan lejos.

Caminó una hora en la oscuridad, hasta que la promesa color salmón del amanecer cercó la noche. Se detuvo en un bosque de arces, miró hacia abajo, entre las raíces oscuras que se retorcían a sus pies, puso las manos sobre los lados de la cabeza y, después de aspirar hondo, se quedó quieta con los ojos un rato abiertos, un rato cerrados. De vez en cuando soltaba un jadeo audible.

Sacudió la cabeza.

Después, despacio, bajó las manos hasta apoyarlas finalmente contra los muslos.

Un minuto más tarde susurró:

—¡No...!

Después se volvió y, a paso ligero, empezó a desandar el camino. En el linde del prado funerario se agachó detrás de unos arbustos mientras los carros seguían llegando uno tras otro, hasta bien entrada la mañana, para descargar los cadáveres.

Arrullada por los crujidos de los carros y los golpes sordos de los cuerpos, se durmió... y horas más tarde se despertó al sol ardiente, con un olor nauseabundo en la nariz y un mal gusto en la boca. Miró con cuidado por entre la maleza y vio que no se había hecho nada para tapar los cuerpos que había sobre la hierba.

Habían dejado un carro cerca. Pero no había nadie a la vista.

Sin dejar la protección de los árboles, caminó alrededor de las ruinas carbonizadas de la choza de Ienbar. Esperó otro momento. Después se quitó el arpa de la espalda, la puso sobre las rodillas, apartó un tronco quemado a medias y cavó un agujero para el instrumento. Lo envolvió con un pedazo de tela carbonizada por un lado. Sobre la abertura puso una piedra grande. Después esparció por encima tierra y cenizas. Quince minutos más tarde, mientras deshacía con los pies las pisadas y las marcas de las rodillas y volvía a la hierba, tuvo la certeza de que nadie sabría que su arpa estaba allí sepultada. Al pasar por delante de los cimientos quemados, se detuvo para mirar hacia atrás y se quitó el carbón de las rodillas y las manos, pasándose de vez en cuando la mano por la cara manchada. Dentro, en un tronco que por el lado quemado se había vuelto gris y negro, con la hoja descolorida cerca del mango de hueso marcado por el fuego pero con la punta afilada y la hoja brillante, estaba uno de los cuchillos de cocina de Ienbar. Naä entró, lo agarró, lo miró por los dos lados y después se lo metió debajo de la faja de la cintura.

Pronto buscó el campamento myetrano.

Oculto entre la maleza y los árboles bajos en una pequeña cuesta, Naä miró un rato. Pensó mucho. Cuando por fin decidió qué podía hacer, dio media vuelta...

Y contuvo el aliento.

Llevando una mano a la garganta, lo soltó de nuevo; después, mientras se recuperaba, tocó el árbol que tenía al lado.

—Qualt... no me di cuenta de que estabas... Cuando Qualt bajó de la rama donde se había sentado, ella volvió a contener el aliento, porque el muchacho hacía mucho ruido con las hojas que había alrededor.

—Naä —dijo Qualt, aunque era evidente que la había estado mirando durante varios minutos—, ¿qué haces aquí?

—Supongo que lo mismo que tú. Mira —y se volvió hacia el campamento que había más abajo—. Esos carros abiertos... ¿puedes creerlo? Trajeron el agua en ellos desde la cantera. Alguien va a tomar un cucharón de agua cada cinco o diez minutos. Sería fácil meterse detrás y... ¿Qué podrías poner en ellos, Qualt, para contaminar el agua y enfermar al que la beba...? Y...

El joven se recostó sobre una cadera, sonriendo.

—¿Sí?

—Allí está la parte trasera de su recinto, donde ponen los caballos. Queda muy cerca del bosque. Si pudiera conseguir un poco de yesca y prender fuego a algunos hierbajos, los echaría dentro y... conozco a los caballos, Qualt. No les gusta el fuego. Y si se desbocaran, esas rejas no aguantarían ni cinco minutos... Habría que pensar algo para los prisioneros. Creo que los tienen en ese corral. Pero no creo que pueda llegar hasta allí inadvertida. Hace unos veinte minutos hubo toda esa actividad...

El joven basurero asintió. Desde atrás, la luz moteada le volvía una oreja de un rojo luminoso: Qualt se había atado el largo cabello.

—Llevaron a muchos de regreso al pueblo, para ponerlos en el edificio del consejo.

—¿En el edificio del consejo? —preguntó Naä—. Tuve la impresión de que se llevaban a todos los que tenían entre quince y cincuenta años para ponerlos en el sótano de ese edificio tan resistente. Afuera, al sol ardiente, sólo dejan a los viejos y a los niños pequeños.

—¿Los viste? —dijo Naä—. Estuve allí hace veinte minutos y no... ¿Pero tú los viste... viste cómo sacaban de aquí a los prisioneros y los llevaban al edificio del consejo...?

Qualt frunció los labios un momento, parpadeando.

—Ven —dijo después—. ¿Sabes dónde está mi choza, junto al vertedero?

—Nunca estuve allí. Pero Rimgia una vez me señaló el camino.

Qualt resopló, sonriendo.

—Mira... la nariz te dirá dónde está cuando andes cerca —dijo, y Naä comprendió que era una broma—. Sigue. Nos encontraremos allí.

Qualt dio media vuelta, agarró una rama del árbol al que había estado subido y empezó a trepar.

—¿No vienes conmigo, Qualt? —preguntó Naä sorprendida.

—Sigue caminando. —Qualt miró por encima del hombro—. Vete hasta mi choza. Te encontraré allí. —Saltó hasta la rama siguiente. Un momento más tarde sus gigantescos pies se afirmaron entre las hojas—. Sigue. No te preocupes. ¡Estaré allí!

No era hora de hacer preguntas. Y además ya no lo veía, aunque se esforzaba buscando allí arriba. Sin embargo, todavía se oían las hojas y las ramas rechinando unas contra otras. Naä echó a andar de nuevo entre los árboles.

No tenía la impresión de haber tardado mucho tiempo. Cuando llegó a la esquina de la casa, ni siquiera media hora más tarde, se sorprendió tanto de verlo allí en el patio, entre aquella extraña colección de trastos, como cuando lo había encontrado en el bosque.

—Mira —dijo Qualt, sin explicar cómo había viajado de un sitio al otro en tanto menos tiempo que ella—. Esto es para el agua de los soldados.

Levantó la vieja cesta que tenía sobre el musgo, junto al pie. Tanto en el borde como en el asa, la cesta había perdido parte del mimbre.

—¿Qué es...?

Entonces Naä arrugó la cara. Dentro del mal olor general de la proximidad del vertedero, aquel hedor se imponía con impresionante putrefacción. La cesta estaba forrada de hojas. Entre ellas anidaba algo oloroso y negro... no, de un verde húmedo tan oscuro que bien podía ser negro.

—¿De dónde demonios sacaste *eso*?

Qualt señaló con la cabeza hacia un lado.

—Allá en la barranca. Sé de muchas cosas que hay allá abajo. Si por casualidad tocas esto con las manos, tendrás que lavártelas bien con jabón y sal antes de llevarlas a la cara o la boca; si no, terminarás con las tripas tan deshechas como las de los myetranos cuando beban esta cosa. —Qualt le entregó la hedionda cesta—. Debajo de las hojas hay hierro y pedernal para hacer fuego. La pelusa de la espadaña que se puede conseguir de este lado del lago de la cantera te dará mucho humo, si humo es lo que buscas.

Detrás de Qualt había una cesta mucho más grande, llena hasta el borde de mazorcas, algunas batatas a medió comer y una cabeza de pollo.

—Y cualquiera de las cosas secas que hay en la ladera de la colina junto a las piedras grandes, cerca de su campamento, arderá muy bien.

—De acuerdo —dijo Naä—. Esto servirá, supongo... Al menos, eso espero.

No se dijeron «gracias». Pero se sonrieron mutuamente. Después, con la cesta pequeña a la altura de la cadera, Naä avanzó por el bosque, otra vez rumbo al campamento myetrano.

Estaba asombrada de la facilidad con que iban cumpliendo el plan. Metida detrás de un carro, levantaba una cucharada de basura por encima del borde y ¡plaf!, después se metía detrás del siguiente y ¡plaf!, de nuevo. Y detrás de otro. Protegida otra vez por los árboles, acurrucada en la sombra, probó con el pedernal y el hierro en el fardo de maleza seca que había recogido, repitiéndose:

—Lo que importa es la idea y no la acción... y tener los materiales para que la acción sea posible.

En el recinto de los caballos fue metiendo cinco fardos grandes de cosas secas por la valla trasera. En el otro extremo, con las lanzas cruzadas, dos guardias miraban resueltamente en dirección contraria.

Naä estaba de nuevo en el bosque, empezando a llevar otro fardo cuando apareció un oficial montado para devolver un caballo al recinto, así que esperó. Minutos más tarde, de rodillas, detrás del último fardo, golpeó una y otra vez el hierro contra la piedra hasta que de repente prendió fuego en el trapo aceitado. Un instante después hubo un golpe de calor, un chisporroteo, una llamarada naranja... y echó a correr de nuevo hacia el bosque. Se volvió una sola vez en el instante en que dos caballos se acercaban al trote para examinar el fuego, y de pronto se encabritaban, relinchaban y se alejaban al galope... ¡y los guardias de las lanzas aún no habían mirado!

Naä corrió más rápido subiendo por la cuesta de la colina. Sólo veinte pasos más tarde, cuando los caballos empezaron a relinchar detrás de ella, oyó gritar al primer

hombre.

Un minuto después estaba arrodillada de nuevo, riendo a carcajadas.

Y volvió a reír una hora después, cuando andaba entre las casas cerca del espacio comunal y el regordete Jallet, el hijo bizco de Mantice, se detuvo a contarle lo que les había pasado a los soldados al volver del campamento bajo los árboles detrás del edificio del consejo.

—Cuando esos hombres malos pasaron por debajo del grupo de árboles de ramas tan gruesas que producen una sensación de noche al mediodía, un viejo repollo golpeó a uno en el hombro. Entonces, desde las hojas altas, empezaron a acribillarlos con huevos y excrementos de cabra y cabezas de gallina y otras cosas desagradables. Era obra de alguien que podía apuntar porque uno recibió un proyectil en la visera y otro con casco recibió un corte en la cara con un trozo de cacharro.

Sin poder contener la risa, Naä logró decir:

—Pero tiene que haber sido... —Entonces se contuvo—. ¡Tiene que haber sido una fantástica lluvia de basura y de porquerías!

—No era Qualt —dijo Jallet.

Naä se sorprendió de que los pensamientos del niño hubiesen apuntado, como los suyos, hacia el vertedero. Pero ¿qué otra cosa podría haber pensado una persona del pueblo?

—No era nadie. —Explicó Jallet—, porque los myetranos se enojaron de verdad y empezaron a trepar a los árboles y a mirar, y no había nadie en ellos. Nadie había trepado allí. Y nadie, fuera de los myetranos, bajó de allí.

—Entiendo —dijo Naä—. Así que fue eso... lo que sucedió.

Jallet asintió con aquella mirada inquietante que, a causa de la bizquera, nunca se sabía adónde apuntaba. Pero mientras se reía, Naä pensaba.

Más tarde, mientras andaba por el espacio comunal, vio a cuatro çironianos atados ante un grupo de vecinos perplejos. Cuando se detuvo a mirar, el aburrido oficial de capucha negra y capa inmóvil anunció que su delito era «haber hecho daño a Myetra». Y ese delito se castigaba con diez azotes por persona. Con las manos sujetas delante y la ropa arrancada de la espalda, la mujer y los dos hombres iban arrastrando los pies, parpadeando, con cara de susto. ¿Estarían allí atados, se preguntó de pronto, por lo que ella había hecho? ¿O por lo que había hecho Qualt? Era el primer momento de circunspección que tenía desde que había iniciado aquellas vertiginosas travesuras. Cuando cayó el primer latigazo, la pequeña Kenisa, que estaba a su lado y miraba muy seria, levantó la mano en silencio para apretar la de Naä; Naä se estremeció un instante, y Kenisa la miró. Pero Naä ya había usado el jabón y la sal y ya se había lavado las manos como correspondía en la casa de Hara.

Varias veces, en voz muy alta, leyeron en todos los rincones del espacio comunal la ordenanza del toque de queda vespertino.

Y finalmente, en plena oscuridad, Naä siguió escabulléndose entre las casas y por los senderos que había detrás, mirando qué otras cosas podía hacer para causar

molestias a los soldados, cuando vio a Rahm.

Durante los primeros minutos detrás de los caballos, Rahm había ido tropezando al final de la cuerda. Después se limitó a caminar con la cabeza baja y medio torcido. Finalmente no hacía más que seguirlos, el joven musculoso que Naä conocía como ayudante y amigo de Ienbar: casi como si, poco a poco, hubiera ido abandonando una mímica de debilidad representada para sus captores que ellos ni siquiera se habían molestado en notar. Es asombroso, pensó Naä, acercándose todo lo posible, no lo han mirado ni una sola vez.

Podría correr hacia él, sacar el cuchillo, cortar la cuerda y en cuestión de segundos los dos quedarían libres en la oscuridad. Agarró el cuchillo que llevaba en el cinturón y finalmente lo sacó. Pero cada vez que apretaba el mango y se imaginaba corriendo hacia Rahm, sentía una brillante red de terror, una red arrojada entre ella y las figuras que se movían por las calles oscuras.

Si lo sorprendiera y él tropezara de verdad y gritara...

Con que sólo uno de ellos decidiera por casualidad mirar hacia atrás...

Si él —o ella— hicieran algún ruido por accidente... Se daba cuenta de que esa valentía del cuerpo a la vista de otros cuerpos era un acto muy diferente del que había logrado realizar anteriormente, con un campamento medio dormido bajo el sol más ardiente del día.

Pero durante ese pequeño lapso ninguno de los soldados lo había mirado, tan convencidos estaban de su superioridad. Naä seguía pensando en eso cuando los soldados, con Rahm atado detrás, regresaron al borde del espacio comunal y enfilaron hacia el edificio del consejo: Qualt tenía razón: el edificio más resistente del pueblo era usado ahora como prisión myetrana. Naä apretó el paso y entonces se detuvo como si la pared de piedra estuviera a sólo centímetros de distancia y no en diagonal del otro lado de la plaza. Se metió en la entrada de la primera, casa que encontró para mirar cómo los soldados y su amigo subían por los escalones de piedra y entraban por la puerta de madera. Dentro parpadeaba la luz de las antorchas. Soltó un juramento, y otro. No había manera de trasponer aquellas sólidas piedras. Retrocedió entre las casas y echó a correr por una calle lateral.

Media hora más tarde, Naä estaba de nuevo entre los árboles oscuros, ante el campamento myetrano, aunque fuera de algún fuego para cocinar por allí, o una línea de luz bajo el borde de una tienda a la derecha, era prácticamente invisible. Avanzó entre la maleza y una pared trasera de lona que, hinchada por el viento nocturno, hizo un chasquido y luego se desinfló. Al acercarse, oyó una voz dentro:

—¡Teniente Kire, esto se va a acabar! Ordené qué se los ejecutara. Tú los hiciste azotar.

Una voz más suave, con una aspereza casi amenazadora:

—Nactor, mi príncipe...

—¡No quiero explicaciones! A ti, Kire, se te ha dado una gran oportunidad, una

oportunidad que tienen pocos: dirigir una brigada de Myetra. ¿Es así como usas los privilegios de un oficial? ¿Es así como quieres que se conozca a Myetra? Si no fueras tan buen soldado, ahora las cosas te irían mal... muy mal. Sólo tu destreza con las armas te salva de mi ira. —Hubo una pausa—. Es peligroso contrariarme, Kire. ¿Acaso no lo sabes?

—Mi príncipe, la verdad es que pensé...

—¿Qué *pensaste*, Kire? A estas alturas me gustaría saber si de veras pensabas. Personalmente, creí que habías perdido el juicio. El fuego que se inició en el corral de los caballos ¿creíste que era un accidente? Cuando la mayoría de los soldados de tres secciones volvieron con disentería a la misma hora ¿creíste que era una casualidad?

—Mi príncipe... —En la garganta del hombre la respiración se había vuelto ronca, incómoda—. Todo lo que sabemos es que no lo hicieron los vecinos que hice azotar. Lo que pensé, mi príncipe, era que deberíamos... aprender algo de ellos... Quién es el responsable del fuego, del agua.

—Podríamos apresar a cualquiera de ellos en la calle y sacarle esa información a golpes.

—Ya has probado eso, mi príncipe. —Kire aspiró y soltó el aire ruidosamente, con frustración—. Señor, son un pueblo pacífico. Ni siquiera tienen una palabra para nombrar las armas. La táctica que usan aquí es inadecuada; más que inadecuada, nos hace perder tiempo y energías.

—¿Así que son pacíficos? Si no tienen palabras para nombrarlas, significa que serán mucho más hábiles para desarrollar armas que ni a ti ni a mí se nos ocurriría considerarlas como tales. Ya ha habido intentos de sabotaje...

—Pero déjame al menos probar un método que me parece el adecuado para la situación. Deja que elija a alguien, que me gane su confianza y que después lo envíe de nuevo a su pueblo, para que podamos aprender cosas de ellos y al mismo tiempo dirigirlos. Déjame elegir a un hombre que...

—Elige a una mujer. —La voz de Nactor era dura, chillona—. Mejor a una muchacha. No me interesa la confianza, Kire. Me interesan el terror, el miedo y la dominación. Y tienes que aterrorizarla, Kire: tiene que saber que si te contraría en lo más mínimo la... ¡la matarás! —Cerca de la mejilla de Naä, la lona chasqueó una vez más. Ella se echó bruscamente hacia atrás, aunque no tanto por la sorpresa como por la indiferente crueldad. Pero enseguida acercó de nuevo la cara—. ¡Pacíficos! Si parecen pacíficos es porque no les hemos dado la oportunidad de ser otra cosa. ¿Pacíficos? ¡Ja! Consigue a esa mujer. Sí... tres cosas tienes que hacer con ella: acostarte, pegarle y hacerle saber que su vida depende nada más que de tu capricho, que cuelga de un pelo... un pelo que se puede romper en cualquier momento que tú decidas. Así que... bueno, úsala como quieras. —Durante la pausa Naä trató de imaginarse las expresiones del príncipe y de Kire—. Tú entiendes, Kire: esto es una orden. Sométela, viólala. Después úsala como quieras para el tipo de espionaje que quieras. Y cuando nos vayamos de aquí la matarás, como hace cualquier soldado con

una puta enemiga. Me has desobedecido una vez, Kire. Si lo haces de nuevo...

Naä oyó los ruidos de botas sobre esteras y tierra apisonada. La lona rozó la lona.

—Vete al pueblo, Uk —dijo Kire a un guardia—. Llévate caballos y a dos hombres... requisa una luz portátil de Suministros Energéticos. Y tráete a alguna mujer de Çiron...

El príncipe se echó a reír.

—Vete al pueblo y búscate a una muchacha joven y bonita. Creo que tendría que ser divertido para ti... Yo vuelvo a mi tienda.

—Obedece a tu príncipe —dijo Kire dirigiéndose al corpulento soldado.

Naä se dio cuenta de que apretaba el borde de la lona con el puño. ¡Estúpida!, pensó, y la soltó, esperando que no la hubiesen visto desde adentro. Se metió de nuevo en la oscuridad.

El guardia iba hacia Suministros.

Naä retrocedió media docena de pasos, dio media vuelta y echó a correr hacia los árboles de la hondonada que en otoño se convertía en un arroyo pero que ahora no era más que una franja pantanosa de hojas en el fondo de la noche.

Aquel día no había sido muy placentero para Uk. Por la mañana había sacado la cabeza del calor del saco de dormir y había visto la niebla entre los abedules. En cuclillas, a su lado, el soldado alto encargado de la limpieza que lo había sacudido por el hombro, dijo:

—Tu amigo está allí en el carro... —Uk estaba tan confundido que por un momento creyó que el soldado le decía que Mrowky había regresado—. No sé si quieres verlo antes de que lo enterremos.

Al entender lo que le decían, Uk, salió del saco y se levantó en aquel atardecer invertido que era el amanecer. Con su ropa interior marrón de militar, rascándose de vez en cuando el estómago, caminó el medio kilómetro que había hasta el carro de las víctimas.

Los hombres ya habían terminado de cavar la fosa. Los hombres del carro sólo habían encontrado tres myetranos muertos en el pueblo... la medida perfecta para una operación de ese tipo.

—¿Quieres su armadura? —preguntó uno.

Uk echó una mirada por encima del borde del carro donde —con los otros dos cadáveres— estaba despatarrado Mrowky, el pelo pegado a la cabeza con barro, barro seco en un lado de la cara, el cuello hinchado, morado y negro, asomando por el borde de la placa del pecho. Uk empezó a decir que se quedaría con la armadura, hasta que se dio cuenta de que tendría que sacársela él mismo al cadáver—. No. No, enterradlo con ella. Era un buen soldado. Era un buen...

Uk se apartó bruscamente del carro y echó a andar, pensando: Mrowky era una alimaña libidinosa y estúpida que hablaba demasiado y con voz demasiado fuerte.

¿Mrowky había sido un mal hombre?, se permitió pensar. Entonces, a treinta

metros del carro, en voz alta, Uk dijo:

—¡Mrowky era el mejor...! —Porque el concepto de la amistad parecía algo raro y valioso e importante en aquel brumoso amanecer junto a los árboles, a poca distancia de aquel sucio pueblo en los confines del mundo.

Pensó (y mientras pensaba supo que era verdad): Mrowky habría sido capaz de matar por mí. Yo habría matado por él... Allí en el camino mojado los hechos lo obligaron a detenerse y le llenaron los ojos de lágrimas; un rato después se los secaron. Aspiró ruidosamente y regresó entre los fuegos de los cocineros.

Horas más tarde, en el pueblo, cuando la docena de hombres de su patrulla estaban a pocos metros del lugar de la feria, frente al pozo, Uk miró a un lado y vio a la pelirroja llevada de la mano por el hermano igualmente pelirrojo, subiendo unos escalones y entrando en una casucha. Y ésa es la mujer por la que murió Mrowky, pensó Uk. No, no era justo.

¿Y aquel campesino loco que había matado a Mrowky? ¿Seré capaz de reconocerlo?, se preguntó Uk mientras su cara volvía a la normalidad después del ataque de frenesí criminal.

Más tarde, mientras cenaba cruzado de piernas en el suelo, Uk recibió la orden de ir a montar guardia a la tienda del teniente Kire. Y el propio teniente, al salir se detuvo envuelto en aquella capa recta que parecía una lengua oscura. A la luz oblicua del atardecer, preguntó:

—¿Cómo te va, Uk?

Sin duda, el teniente había oído hablar a los demás de la pérdida del corpulento soldado.

—Estoy bien, señor —respondió Uk, y se preguntó por qué aquella preocupación tan absurdamente mínima le mejoraba el ánimo. Quizá, reflexionó mientras el añil oscurecía por el este los techos del pueblo, se deba a que cualquier preocupación en este paisaje— sea de quién sea y por quién sea —es muy rara.

Sólo un rayo de luz alumbraba las nubes del oeste cuando el príncipe Nactor marchó hasta la tienda de Kire; cuando, desde afuera, Uk oyó el altercado allí dentro, no se puso exactamente a escuchar la conversación. (Eso era lo que habría hecho Mrowky: después, al volver, se pasaría toda la noche cuchicheando sobre —el asunto...) Sin embargo, no era fácil dejar de oír. Pero mientras hablaban, subiendo y bajando el tono, trató de llevar la mente a años y kilómetros de distancia, para centrarse en un arroyo de su propio pueblo, con la orilla oscura y barrosa llena de ranas y libélulas...

Entonces le dio una luz en los ojos.

—Vete al pueblo, Uk —estaba diciendo Kire—. Llévate caballos y a dos hombres... requisa una luz portátil de Suministros Energéticos. Y tráete a alguna mujer de Çiron...

Detrás de Kire, el príncipe se echó a reír.

—Vete al pueblo y búscate a una muchacha joven y bonita. Creo que tendría que

ser divertido para ti... Yo vuelvo a mi tienda.

—Obedece a tu príncipe —dijo Kire.

Sorprendido, el corpulento soldado saludó levantando el puño.

Minutos más tarde, con otros dos soldados, avanzando con cuidado en la oscuridad, Uk se alejó a caballo entre los últimos fuegos de la cocina, rojo y bamboleante contra un negro tan intenso que era azul. Uno de los jinetes, con la caja que contenía el filamento lumínico colgada del cuello, alargó la mano y la encendió. Un rayo blanco se abrió en abanico a la izquierda del caballo. (Entre los arbustos de la derecha, con los muslos y las muñecas pinchados por las ramas, Naä retrocedió sobre hojas ruidosas y contuvo el aliento.) Arreando al caballo, mientras algún animal se revolcaba entre los matorrales, a su derecha, Uk miró hacia el rayo.

—Apaga eso. No lo necesitamos.

La luz se apagó.

Lo que Uk había estado pensando era que la astilla de luna de la noche anterior debía de haber crecido un poco. Pero o el mundo había pasado de luna creciente a luna nueva o las nubes tapaban toda la luz. Quizá les habría convenido usar la luz, pensó Uk mientras los caballos se alejaban de los olores del fuego hacia las oscuras calles del pueblo. Pero eso no hizo más que convencerlo; por quién sabe qué obstinación, de no encenderla.

En realidad, pensó más tarde, aquello no obedecía a una decisión consciente. Mientras iba con los otros dos soldados por el pueblo nocturno, en cierto punto se dio cuenta de cuál era su misión, que ya había empezado a cumplir, y se empeñó en llevarla hasta el final. El teniente le había dicho que volviese con una mujer del pueblo. ¿Qué otra mujer podía ser? Sabía dónde vivía aquélla. Si empezaba a buscar en las casas al azar, podía tardar una eternidad. Entre las chozas oscuras del pueblo, dejó que el caballo lo llevase a la plaza de la feria.

—... ¡Sométela, viólala! —había ordenado el príncipe. Bueno, pensó, conduciendo el caballo hacia la izquierda, eso era lo que había empezado a sucederle a la muchacha.

A la luz de una ventana distinguió la fuente y se volvió hacia dónde tendría que estar la puerta de la casa... sí; allí estaban los escalones. Dio la orden de desmontar, bajó también, caminó hasta el porche y, con el puño, golpeó en la puerta.

Golpeó de nuevo.

Cuando golpeó por tercera vez, de adentro salió una voz, la del niño:

—¿Sí...? —preguntó—. ¿Quién...?

Al subir la luz por la rendija de la puerta, Uk pensó que la figura que estaba detrás podía ser ella.

Pero era el niño, de pelo cobrizo a la luz de la lumbre y con una trenza por delante y otra por detrás de los hombros pequeños y fuertes.

Uk empujó la puerta.

—¿Dónde está la muchacha, çironiano?

El niño dio un paso atrás.

—¿Señor...? —dijo.

—¿Dónde está la muchacha que vive aquí... tu hermana?

En un pueblo como aquel, tenía que ser su hermana.

—¿Qué quiere...?

Sorprendido de su propia impaciencia, Uk golpeó con el canto de la mano el hombro desnudo del niño.

—¡Lámala!

De algún sitio dentro de la choza salió una voz de mujer.

—¿Abrid...?

La cara aterrada del niño, mirando a Uk, parecía totalmente absurda. Detrás, uno de los soldados se acercó más.

—¿Rimgia...? —gritó el niño por encima del hombro.

En la parte de la habitación en sombras, fuera del alcance de la luz de la lumbre, se movió una colgadura. Salió la muchacha, vacilante. Lo primero que pensó Uk fue ¡qué ridículamente jóvenes son! Aquella tarde, cuando había alcanzado a verlos fugazmente en la calle, ¿no eran mayores que ahora?

El brillante pelo de la muchacha, sin trenzar, estaba alborotado; tenía ojos soñolientos... ¿hinchados de cansancio? ¿O era por alguna otra cosa? Se acercó con el rostro lleno de preguntas.

Uk dio un paso adelante, alargó la mano y apretó el brazo de Rimgia. Los ojos de la muchacha se despertaron inmediatamente cuando Uk dijo:

—¡Vamos! Te quieren en la tienda del teniente Kire.

—¡Tócala con suavidad o no la toques...! —dijo Abrid.

Mientras, la muchacha decía:

—Por favor, suéltame el...

Uk no sabía de dónde le salía la furia, pues no eran más que chicos. Pero soltó a la muchacha, giró y pegó al niño con el dorso de la mano en la mejilla y en el cuello. Abrid retrocedió tambaleándose y se sentó de manera violenta, golpeando la cabeza contra la pared. Se quedó allí quieto, pestañeando, aterrorizado.

—¡No tengo paciencia con los niños estúpidos que juegan a ser hombres! —gruñó Uk.

Rimgia, que había sacado un chal de un gancho en la pared y había empezado a ponérselo, se quedó helada.

—¡Sigue! —Ladró Uk—. ¡Cúbrete, sucia descarada! Si lo hubieras hecho anoche... —La mano que había golpeado al niño temblaba. ¡Lo que había empezado a decir era que el soldado pequeño podría haber estado vivo en ese momento! Pero aquello era una estupidez. Nunca habían conocido a su amigo... ni siquiera la muchacha—. ¡Vamos!

La tela pasó por encima de la cabeza de Rimgia y le envolvió los hombros. De pronto el pestañeo de los ojos quedó tapado por el estampado que le cubría la cabeza.

Uk la agarró por el brazo y tiró de ella hacia afuera, mientras ella trataba de mirar por encima del hombro al hermano que seguía sentado en el suelo.

—¿Rimgia...?

Era el niño.

—¡Abrid...! —gritó ella una vez.

Y entonces uno de los soldados la agarró y la empujó con más fuerza hacia la oscuridad:

—¡Vamos, ya...! —Que quizá, comprendió Uk un momento más tarde, era para impedir que él le pegase; pues, ante el grito, Uk había levantado de nuevo la mano temblorosa.

¿Por qué no podía controlar aquella ira absurda ante esos niños tontos y asustados?

Uno de los soldados le dio la cuerda que pedía. Él y el de la luz al hombro la ataron, con torpeza, en la oscuridad; después, el soldado que la había empujado, dijo:

—Pasa por detrás del caballo, y no nos hagas perder el tiempo. Si piensas escapar, olvídalo. Volveremos y mataremos a tu hermano... ¡antes de atraparte de nuevo!

Y un instante más tarde iban cabalgando por el pueblo, mientras Uk, de vez en cuando, oía —o sentía— que la muchacha que iba al final de la cuerda tropezaba o, una vez, gritaba.

Se había estremecido ante cada uno de los ladridos del corpulento Uk. Se había mordido los labios al ver que golpeaba a Abrid. Ahora, de puerta en puerta, Naä seguía a los tres soldados montados que llevaban a Rimgia atada de una cuerda. Y como antes, Naä volvió a pensar: De veras *no* miran hacia atrás.

Y después: ¿Qué *pasaría* si lo hago...?

Tonta, pensó. ¡Esto no es una balada ni una historia de valentía estúpida! Esto es mi *vida*... Pero, pensó, también es la vida *de ella*...

Después pensó: Esta vez lo voy a hacer.

Y mientras lo pensaba se dio cuenta de que lo que iba a hacer era otra cosa.

El tejido envolvía ahora del todo a Rimgia, y le brillaba contra la espalda, las nalgas, las pantorrillas, la frente, los muslos. (Que no me quite energías: ¡que me las dé...!)

Naä pensó: Si hago lo que sé que voy a hacer, me matarán. Si hago lo que sé que voy a hacer, me... me matarán... Repitió eso en la oscuridad hasta que dejó de tener significado para ella. Y corrió a la siguiente puerta. Pero tengo un cuchillo, y con él mataré a uno o a tres o a, quién sabe, quizá más. Quizá logre escapar. Y Rimgia quedará en libertad. Eso es lo importante. Eso...

Entonces, con un movimiento involuntario, echó a correr hacia Rimgia, alcanzó a la muchacha tambaleante, le rodeó con firmeza los hombros y con la otra mano le tapó la boca, sin dejar de mantener el paso.

—¡Soy Naä! —susurró casi sin usar el aliento, tocando con los labios la oreja de

Rimgia; aún así, estaba segura de que la muchacha no oía.

Con la mano libre, Naä tiró de la cuerda, subiéndola hasta los hombros de Rimgia. A la débil luz que salía de algún postigo, Naä vio que Rimgia la miraba (las caras estaban separadas sólo unos centímetros) con terror; pero sacudió la cabeza un instante, mostrando que algo de lo que pasaba entendía.

Cuando Naä le quitó del todo la cuerda, Rimgia miró hacia los caballos que iban delante, donde ninguno de los hombres miraba hacia atrás.

—*¡Voy a ocupar tu lugar...!* —susurró de pronto Naä, que sintió un movimiento convulsivo debajo del brazo, pero Rimgia no hizo ningún ruido: aquello podía ser una risa o un temblor de miedo.

—*¡Vete!* —dijo Naä—. *Busca a Abrid... y llévatelo fuera del pueblo, a las colinas, ¡los dos!*

Se había pasado la cuerda alrededor de los hombros cuando sintió del lado de Rimgia, que seguía apretada contra ella, aferrada a ella aunque ya no estaba atada, un movimiento brusco: por un instante se sintió confundida y asustada, con la certeza de que, en un momento todo acabaría. Pero Rimgia estaba poniendo su chal por encima de la cabeza de Naä, tirando hacia adelante, metiéndolo debajo de la cuerda, empujando por aquí y por allí mientras corría junto a ella en la oscuridad.

—*¡Muy bien!* —volvió a susurrar Naä con un susurro que era menos que un sonido.

De repente, Rimgia se separó, o Naä se separó de Rimgia. Naä tropezó en serio, pero no se cayó. Delante, el caballo al que estaba atada hizo el correspondiente ajuste en el paso. ¡Y una vez más, el soldado corpulento que lo montaba no miró hacia atrás! Debajo del chal de Rimgia, Naä sintió la hoja del cuchillo sujeta por el cinturón; parecía pequeña y estúpida, y la idea de matar con ella a alguien más estúpida todavía. Se le había secado la boca. El corazón le latía con tanta fuerza que le hacía tambalearse. Al menos los chicos podrían huir...

Me matarán, volvió a pensar Naä. Pero, felizmente, esas palabras seguían careciendo de significado. Atravesaron una zona que, por el olor y los rastrojos, era un campo quemado. A lo lejos ardían unos fuegos. Después hubo otros fuegos más cerca. El gris manchado de los abedules se perdía en la oscuridad. Delante de la tienda, los soldados detuvieron los caballos, desmontaron... y, créase o no, *¡seguían sin molestarse en mirar hacia atrás!*

El soldado corpulento, a cuyo caballo iba atada Naä, empujó la lona de la tienda y, metiendo la cabeza, dijo:

—Teniente, le he traído a la muchacha.

La voz que había oído más temprano, la del llamado Kire, dijo:

—Tráela y déjanos solos, Uk.

Naä apretó los dientes, agarró con fuerza el chal, tocando con la otra mano el mango del cuchillo debajo de la larga tela, debajo de la cuerda. Ataca, pensó. ¿A quién? ¿A cuál? ¿Al sanguinario soldado que había pegado a Abrid y atado a Rimgia?

¿O al teniente? ¿O tal vez al príncipe, si todavía estuviera allí...? Si las cosas habían salido bien hasta ese momento, quizá no era nada insensato esperar el éxito, después de todo. Pero no tenía que envalentonarse. Valentía, osadía, coraje, sí, pero no abandones el sentido común, aunque ¿acaso había en todo aquello algo de sentido común?, se preguntó. Recuerda, pensó, los hombres que hacen lo que hicieron estos hombres no son seres humanos, carecen de sentimientos, son perros, son gusanos y lombrices...

¿Quién será el primero?, pensó. ¿Será el teniente o sus corpulentos y borrachos guardias...?

El guardia más grande, Uk —¡vaya nombre!— volvió y la agarró del brazo. Mientras tiraba de ella hacia la cuña de luz de lámpara que era la abertura de la tienda, Naä empezó a mirar hacia otro lado para que él no la reconociera. Entonces algo le hizo mirarlo a la cara.

Aquella cara de rasgos tan marcados miraba directamente hacia adelante, ni a la derecha ni a la izquierda. Un soldado, comprendió Naä, que cumplía órdenes, nada más y nada menos. A pesar de toda la brutalidad ante Rimgia y Abrid, eso era todo lo que él era. Un cerdo, un perro, un gusano; sin voluntad, pensó Naä, y sin sensibilidad. En realidad no me ve. ¿Acaso alguno de ellos...?

—Gracias, Uk. Que los demás se retiren y tú vuelve a tu puesto.

Y el soldado corpulento, levantando un puño, retrocedió saliendo de la tienda.

El teniente estaba junto a la mesa apoyada en la pared rayada de la tienda. Había allí un olor que le hacía recordar tanto el olor del patio de Qualt como el olor más potente de la hedionda canasta que había llevado aquella tarde, pero que no era exactamente como ninguno de los dos. ¿Estaría allí la propia canasta enmohecida? No, era algo mucho más cercano a lo animal que a lo vegetal.

Como una estatua vestida de negro, el teniente se volvió a la luz de las lámparas, una de las cuales —un brasero chato montado en un trípode sobre una mesa baja junto al catre, en cuya manta oscura de lana habían tirado la piel de un puma a la que no habían quitado el cráneo (¿sería aquello lo que olía?, se preguntó)— tenía un tono amarillento: tanto la lámpara que colgaba del centro de la tienda sostenida por varias cadenas de bronce como la lámpara apoyada la esquina de la mesa ardían con un violento fuego blanco.

Fuera de la tienda, Uk se colocó a la izquierda de la entrada, aspiró hondo en la oscuridad, separó las piernas, puso las manos detrás, adoptando la posición de descanso de los guardias, y pensó: Por poco que haya sido, ya está. ¿Qué soy? Un hombre que cumple órdenes, nada más y nada menos. Soy un soldado. Olvida esa sensibilidad. No te sienta nada bien. Aunque la noche se había enfriado a su alrededor, esas conclusiones casi le daban calor, de manera que por primera vez en el día tenía la sensación de que podía aflojar la mente, dejar que los ojos se fijaran en un rayo de luz que salía de las tiendas y caía sobre una mata y una piedra chata, mientras

recordaba un arroyo que había en algún sitio con barro, libélulas, ranas...

Cuando el teniente miró a Naä, ella bajó la mirada para que el borde del chal de Rimgia le cayera lo más abajo posible delante de la cara, mientras pensaba: ¡Pero si ni siquiera *sabe* qué aspecto debo tener!

El teniente se le acercó y tiró de la cuerda. Estaba tan floja que las dos vueltas cayeron alrededor de los pies de la muchacha aunque no hizo más fuerza. (Cuando ataron a Rimgia había habido tres vueltas.) Naä apretó aún más el chal contra el cuello. Pero al teniente no pareció extrañarle. La sensación de que ninguno de ellos, absolutamente ninguno de ellos la veía fue por un momento una deslumbrante certeza. Podría ser cualquiera, y eso no cambiaría nada las cosas...

El teniente fue otra vez hacia la mesa y se volvió con unos pergaminos en las manos enguantadas de negro. La barba de un día le salpicaba la mejilla.

—Parece que has trabajado mucho —dijo Naä, bruscamente. La propia voz le sonó entrecortada y débil. Pero las palabras seguían saliendo—. Herir a la gente ¿te ha fatigado?

El teniente la miró con una sonrisa que sólo revelaba cansancio. A la luz del brasero, aquellos ojos tenían un tono grisáceo, como si los iris, alrededor de pupilas negras, fueran círculos recortados del lado inferior de hojas de roble.

—Últimamente no he dormido mucho dijo Kire, —ni muy bien.

La voz curiosamente ronca, y aquel olor a carroña, hacían pensar a Naä que había entrado en algún sitio más primitivo, primordial y anárquico que cualquiera de los lugares que recordaba de sus muchos viajes.

—¿Pesadillas?

La amargura le afiló la voz más de lo que era su intención.

Mientras atravesaba la alfombra, Kire levantó la mano para meter un pompón negro por una presilla negra. La capucha se deslizó dejando al descubierto el pelo castaño dorado. La capucha y la capa cayeron al suelo, donde formaron un inmóvil charco de noche, congelado en el momento de la caída. Al girar para sentarse en el borde del catre, tocó distraídamente el cráneo del león con dedos enguantados de negro. Los ojos verdes de Kire volvieron a mirar de nuevo los de Naä.

Ella apretó el chal contra el cuerpo, y sintió un cosquilleo de impaciencia: quería que él hiciese el primer movimiento, dijese una palabra, le diese una razón para saltarle al cuello con el cuchillo. Sí, claro que al cuello. ¿Podría deslizarse por la parte trasera de la tienda? Y la puñalada... ¿Podría darla con suficiente rapidez y destreza como para no producir ruido? ¿Debería esperar a que él se diese la vuelta? ¿O debería acercarse ya...?

—No eres una mujer muy alta —dijo Kire, mirándola—. ¿Ves aquello? —Señaló con la cabeza el lado posterior de la tienda—. Una de las cuerdas —y ella tuvo la extraña sensación de que él le había oído los pensamientos— de la pared trasera se ha desatado. Si quieres, puedes meterte con facilidad por debajo de la lona... Sí, puedes

irte. No tengo motivos para asustarte más de lo que ya te asustaron. —Hizo un ademán hacia la pared—. Vete.

—¿Quieres que me vaya...? —preguntó Naä, enarcando una ceja—. Supongamos que no quiero irme. Supongamos que quiero quedarme y descubrir qué clase de hombre eres.

—No eres çironiana —dijo el teniente después de un instante—. ¿Quién eres?

—A ti te llaman Kire —dijo ella—. Yo me llamo... Naä. Soy trotamundos, cantora; he terminado encariñándome con este lugar, en el que sembraste fuego, muerte y sufrimiento.

Lo que hizo el teniente a continuación sorprendió bastante a Naä. Levantó la piel del puma de la cama y se la echó sobre la espalda. Naä alcanzó a ver el lado inferior, donde había fibras y filamentos todavía no muy secos, pegados a la piel sin curar. Con el movimiento aumentó el olor: ¡aquello era la fuente de la pestilencia! Pasó una correa de cuero por una argolla torpemente cosida a la parte inferior de una garra y la ató a un gancho en el otro lado de la piel. Fijada así al cuerpo del myetrano, la cabeza del puma quedó mirando por encima del hombro del teniente, al lado de la suya.

—¿Por qué te pones eso? —preguntó Naä.

—¿Esto? —Kire hablaba como si el acto que quitarse la capa y ponerse la piel hubiera sido inconsciente y natural—. Fue un regalo. De un amigo. Me gusta. Las capas supuestamente se hinchan con el viento, pero las nuestras son demasiado pesadas. Te quitan la gloria militar. Esto, al menos, parece lo que es. —Con un guante negro acarició la cara que había al lado de la suya con los ojos cerrados y los dientes descubiertos—. Y te recuerda que yo, por agradable que parezca, tengo dientes. —Que el teniente pudiese considerar agradable esa piel extraña y maloliente casi arrancó un comentario a Naä. Pero se lo guardó—. Si te vas a quedar, siéntate aquí, en la silla —señaló la silla que había junto a su mesa—, así podremos conversar más cómodamente. ¿No quieres quitarte el chal?

Lo que hizo Naä fue apretárselo más. Pero le convenía estar cerca de él. Sí, acércate más. Naä se sentó en la silla con las rodillas a centímetros de las rodillas del teniente. Por el borde de cobre del pequeño brasero que Kire tenía junto al codo bailaban unos fuegos amarillos.

—Tú conoces bien a esa gente —dijo Kire—. Quiero que me digas si de veras es tan dulce como parece.

—Sí —dijo Naä, sin poder evitar el desafío en la voz—. Lo es.

Kire sonrió.

—¿Puedes contarme alguna mezquindad, alguna ruindad de la que hayas sido testigo? Alguna maldad, como por ejemplo burlarse de un niño tullido, reírse de él. Por ejemplo, robarle a una mujer la leche de la cabra para que pase hambre... Algo que me alivie un poco los sueños. Es evidente que las habituales pequeñeces, celos, iras y envidias que unen a todo pueblo pequeño, por debajo de los corteses saludos y comentarios que se hacen en la plaza de la feria sobre la lluvia de la semana anterior

y el buen tiempo de hoy, tienen que ser tan comunes aquí como en cualquier otro pueblo. Eres una mujer que ha viajado mucho. ¿Nunca viste aquí las asquerosidades que con tanta frecuencia llevan a la gente joven de estos lugares a detestar su casa y ansiar irse a cualquier lado donde haya sitio para respirar, conversación inteligente y buena música?

—Han disfrutado de la música que les traje —dijo Naä—. Y yo he disfrutado de su conversación. No he buscado nada más. ¿Y qué clase de idiota eres tú —lo miró con la misma severidad que ponía en las palabras—, que crees que las palabras pueden compensar la muerte, el sufrimiento, el daño que les causaste al llegar?

El teniente la miró directamente. El león que tenía al lado pareció por un instante que había cerrado los ojos para no oír. En la mandíbula sin afeitar de Kire tembló un músculo.

—Cantora, ¿sabes algo de Myetra? —dijo—. Si nos visitaras, tal vez te sorprenderías gratamente de cómo bailan nuestros campesinos y sus hijas una tarde de primavera al compás de los enormes tambores de tronco que fabrican las mujeres en las montañas; o de la colorida e ingeniosa representación de las criaturas marinas y las plantas marinas cultivadas en los azulejos que decoran las fachadas de los depósitos de los muelles. Es un sitio agradable, pero hay demasiada gente en él. Falta comida, y sobre todo falta tierra para nuestro pueblo. Lo que he decidido hacer, cantora, es muy sencillo. Es un plan tan limpio e imperativo como... como una gota de sangre que baja por una pared recién pintada. Ahora nos ves segando vidas, destrozando culturas y tradiciones aquí en Çiron, después en Hi-Vator, más tarde en Requir y a continuación en Del Gaizo y finalmente en Mallili... o incluso en Calvicon. Pero lo que pronto verás, en una franja de mar a mar, será el crecimiento de un pueblo rico, inteligente, maravillosamente hábil y trabajador, apropiándose de la tierra, produciendo alimentos, transmitiendo sus conocimientos y sus maravillas a toda esa miríada de pueblos atrasados que no tienen noción de su propia historia más allá de cinco o seis generaciones: el tiempo que dura un rollo funerario antes de pudrirse. Y eso inspira tanto a los oficiales que están por encima de mí como a los simples soldados que están por debajo de mí.

—¿Y ese plan acaso te da derecho a hacer cualquier cosa, a emplear cualquier nivel de crueldad y destrucción con todo el que se interponga en tu camino?

El teniente se quedó pensando.

—Algunos de nosotros creemos que sí.

Cada dos o tres frases, la aspereza de la voz de Kire le hacía pensar a Naä si no estaría borracho.

—¿Y tú? ¿Tú qué piensas?

—Hay algunos, tanto de mayor como de menor graduación que la mía, que tal vez digan que pienso demasiado.

Con la pestilencia de la piel sin curar, oyendo aquellos sonidos roncós que parecían más animales que humanos, Naä se preguntó cómo podía darse allí algo que

alguna persona pudiera llamar pensamiento.

Pero el teniente movió el antebrazo, con el guante negro en la mano, por el borde de la mesa junto a la lámpara de luz amarillenta.

—Dime, cantora: ¿qué harías si cada uno estuviera en el lugar del otro? ¿Qué harías si llevaras una capa rígida y negra y, a pesar del amor a tu patria, tuvieras una sensación de injusticia... de falta de justicia? Pues sí, ésta es la verdad: me preocupa la ausencia de justicia, y esa preocupación me acompaña tan de cerca como la cara de este león. ¿Tú tratarías de irte, de simular una enfermedad, de dejar tu puesto a otro? ¿O te quedarías a mitigar los crímenes que cometen los que te rodean... cambiando una sentencia de muerte por una condena a prisión, una ejecución por una flagelación, reduciendo una flagelación de veinte latigazos a diez? Contéstame, cantora.

Naä frunció el entrecejo, pensando: Quizá sea éste el momento de hacerlo. Pero de algún sitio llegaron las palabras:

—Dormía muy poco.

Y al oír esas palabras, Naä dijo:

—Si amas a tu patria, ¿no puedes amar la idea de patria que tienen otros pueblos? ¿Acaso no es eso el sentido de justicia? Y el plan del que hablas no es plan ni nada. He mirado a tus hombres a la cara. He oído hablar a tus superiores. Tus hombres han olvidado todos los planes y se limitan a seguir fielmente órdenes. Y todo lo que tus superiores buscan es el poder y el privilegio que el plan les ha cedido muy accidentalmente. Entonces, sin el respaldo de la justicia, y sin un verdadero compromiso para apoyarla, ¿cuál es tu plan? —Las palabras acudieron, pensó Naä, como las palabras de una nueva canción—. ¿Por qué no rebelarse abiertamente contra esa injusticia? ¿Por qué no combatirla y combatir a los que la perpetúan hasta que te arranquen la piel y los músculos, hasta que no se te mueva ningún músculo, hasta que no te quede sangre para moverlos...?

La acción ¿será tan fácil y tan rápida como estas palabras?, pensó mientras Kire empezaba a hablar:

—Ahora... Yo quizá te rompería la cara con el puño por atreverte siquiera a sugerir alguna forma de resistencia a Myetra. —Kire levantó la mano, y los dedos enguantados se cerraron despacio—. Y mediante la fuerza bruta te mostraría lo absurda que es esa idea. Pero no creo que lo haga... esta vez.

La miró muy serio.

Naä volvió a sentir aquel cosquilleo por todo el cuerpo.

—Tú mitigas —dijo—. Haces que veinte latigazos sean diez. Y cuando se te ordena que sometas y violes, conviertes la orden en una conversación...

El teniente enarcó una ceja de bronce.

—¿Quién te dijo eso?

—Tu guardia —se apresuró a responder Naä—, cuando me traía del pueblo. Ésas eran las... órdenes del príncipe Nactor, ¿verdad?

—¿Uk? —El teniente parecía sinceramente desconcertado. Entonces ladró una sílaba de risa—. Eres una mentirosa... ¡una idiota! Ese tipo de indiscreción no corresponde al estilo de Uk. Puedes estar segura de que conozco a mis hombres. Una vez tuvimos aquí a un guardia que podría haber dicho eso. Pero ahora... no está con nosotros. Y lo que le dije a Nactor quedó entre los dos. Ahora odio al príncipe Nactor tanto como él me odia a mí. No... Creo que te voy a llevar de vuelta al pueblo. Iremos juntos: de esa manera no tendrás problemas con guardias gritones o indiscretos.

Kire se levantó.

Y en medio del cosquilleo, Naä pensó: en el campo quemado, en un callejón del pueblo, sí, cuando estemos los dos solos, allí es donde lo haré. Eso, por supuesto, sería lo mejor...

El teniente le puso una mano en el hombro. ¿Qué pasará si me ata de nuevo?, pensó Naä mientras se levantaba sintiendo la presión de aquella mano. ¿No sería mejor hacerlo ya y terminar de una vez? (Los dedos enguantados de negro en el hombro eran fuertes.) ¿O lo de ella sería simplemente la dilación racionalizada de alguien claramente aterrado a la hora de matar?

—Creo —dijo con voz suave— que eres un hombre bueno y considerado.

¡Eres un cerdo malvado que se revuelca en una asquerosa pocilga!, pensaba.

Kire no agarró la cuerda. Con la mano en el hombro, la llevó por delante del brasero, la silla, la mesa, atravesando la estera hacia la entrada de la tienda.

Sin soltar a Naä, usó la otra mano para apartar la lona.

Delante de la entrada, el príncipe se pasó la mano enguantada por un lado de la barba y después por el otro.

—¡Kire —dijo—, eres un idiota! ¿Así que odias al príncipe Nactor? ¡Guardias... —Naä dio un paso atrás al notar que el teniente le soltaba el hombro. Una docena de imprecisos soldados esperaban en formación ordenada detrás del barbudo príncipe—, arrestad al teniente Kire... por incompetencia, insubordinación y traición! Y también a la mujer...

La duda que la había acosado un rato antes desapareció de inmediato. Naä se escabulló detrás del teniente, se lanzó hacia la mesa, metió la mano debajo del brasero y arrojó el fuego en una nube que la asombró: flotó un momento en el aire, parpadeando, lanzando zarcillos de humo, una cortina de refulgencia azul y amarilla, de llameante aceite que caía sobre la estera, saltando hacia la pared de enfrente. En ese momento Naä se tiró al suelo y rodó hasta la pared trasera de la tienda. Los guardias gritaron. ¿Habría alguno dando la vuelta alrededor de la tienda? Pero ella logró meterse por debajo de la lona y salir a la noche oscura y fría y echar a correr; por suerte, ningún árbol o barril de agua le cerraron el paso: el choque la habría dejado inconsciente.

Naä corrió y corrió.

Las ramas la raspaban, los arbustos la rozaban y la arañaban. El chal de Rimgia se

atascó en algo y se rasgó. Naä se detuvo un instante para tirar de él (ahogando el impulso de gritar); lo soltó y se lo llevó corriendo de nuevo entre el estruendo de la maleza y de las hojas, hasta que tropezó y cayó despatarrada. El objeto en el que había tropezado era grande y rodó un poco, ruidosamente.

En la oscuridad, las moscas zumban de manera horrible, y, del objeto con el que había tropezado salieron cientos. Sintió el hedor —como el de la piel del puma en la cesta y el del propio barranco, intensificado hasta el punto de la náusea y de las lágrimas— y se apartó.

(Siempre lo recordaría como el cadáver de algún vecino asesinado y dejado en aquel lugar. Pero en realidad era el cuerpo de un león de la pradera: la noche antes del ataque, Mrowky y Uk habían recibido la orden de dejarlo en el bosque, a trescientos pasos de distancia. Pero Mrowky no lo había soportado y había insistido en dejarlo allí, según él a suficiente distancia, donde nadie lo encontraría.)

Naä se volvió, jadeando, y vio llamas a sus espaldas; entre los ruidos del jadeo oyó unos gritos de soldados que salían del campamento.

Otro sonido: el chasquido del agua arrojada contra la lona (mientras volvían a su sitio las últimas moscas)... ¡Qué cerca estaba todavía! ¡Qué poco había avanzado! Y se veían soldados golpeando ruidosamente los arbustos detrás de la tienda en llamas. Naä se levantó como pudo y siguió corriendo. Durante un largo rato.

Qualt y su compañero habían seguido haciendo travesuras. En varios sitios del pueblo y del campamento había vuelto a llover basura desde los árboles: Lo que daba una especial satisfacción a Qualt era que, durante la distracción provocada por la última lluvia: de cabezas de pescado, huesos de melocotón y nidos de pájaro viejos, su amigo volador, sin ser visto, había podido arrojar dos odres de agua dentro del corral alambrado donde más de una docena de viejos y niños permanecían, perplejos, bajo el sol ardiente.

Pero ahora, con el Alado, en la oscuridad, Qualt estaba otra vez agachado entre los árboles junto al campamento myetrano, escuchando; mejor dicho, escuchaba el alado, que después le transmitía lo que había oído, pues estaban demasiado lejos de la tienda para que Qualt pudiera oír directamente. Con las cabezas inclinadas y juntas en la oscuridad, oreja contra oreja, el Alado relató:

—Pregunta si vosotros sois tan dulces como parecéis... Ella dice que sí... Ahora él quiere saber qué secretos, qué pequeñas mezquindades y ruindades le puede contar; ella... ella dice que os gusta su música, y que disfruta de vuestra conversación... y él le cuenta lo agradable que es Myetra, su país natal, y que después de aplastar a Çiron irán a destruir a Hi-Vator, Requior, Del Gaizo...

Para sorpresa de Qualt, fue tras esta mención de Hi-Vator cuando el Alado empezó de repente a temblar en la oscuridad. El viento producido por las alas revolvió las hojas alrededor. Y una membrana se puso a rozar la espalda de Qualt.

—Tenemos que ir a Hi-Vator... ya, tenemos que ir ¡ya! ¿No te parece, terrenal? Y

podrás esconderte allí como yo me escondí aquí... y quizá hasta podremos hacer, como aquí, algunas travesuras. ¡Pero tengo que advertirles del peligro! Aunque quizá lo mejor sea que, al llegar allí, yo me oculte y tú vayas a implorar a la Reina y a su Sirviente que se salven, pues pocos son los que me prestan atención en Hi-Vator, y la mayoría sólo lo hace para maldecirme. Desde luego, podríamos ir juntos... y nadie que supiera la verdadera importancia del mensaje que llevo podría volver a pensar mal de mí, ¿no crees?

—¿Crees tú —preguntó Qualt, con la mano en el hombro duro y velludo que tenía al lado, flexionándose en la oscuridad— que los Alados nos podrían ayudar?

—¿Ayudaros? —El aleteo se interrumpió durante un desconcertante segundo—. Me atrevería a decir que sí, si quisieran. Pero después de toda la ayuda que te he prestado hoy, llevándote de aquí para allí, sacándote de este y de aquel peligro, ¿no crees que es hora, dada la gravedad de la situación, de que pienses en ayudarme a *mi*?

—¡Entonces tenemos que ir a tu nido en Hi-Vator! Vamos, deja que te monte... —Y apoyándose en los hombros, Qualt subió a aquella espalda velluda, sobre la que apoyó el pecho.

—Agárrate con fuerza. —¡Nunca fuimos tan lejos! ¡Pero ya sabes cómo se vuela!

En la oscuridad, Qualt se aferró al cuello del Alado. Sintió que la vibración aumentaba en los dos lados. Las ramas y la tierra se alejaron allí debajo. Sus pantorrillas, en el aire, rozaron los duros talones del Alado.

—Pero ¿y la cantante? —Se acordó Qualt.

—Ah —y la cabeza giró allí delante—, ¡ya ha huido de ellos, y corre por el bosque! Mira... les arde la tienda. Y están muy desconcertados.

Se elevaron sobre los árboles. Qualt miró por encima del hombro velludo y vio cómo las llamas crecían subiendo por la pared rayada y después retrocedían golpeadas por el agua y volvían a subir. A su lado, las alas inmensas batían subiendo y bajando.

Cómo era posible, se preguntó Qualt, hacer semejante vuelo en la oscuridad... y entonces empezó a asomar la luna. Después se olvidó de esa tímida luz y se limitó a aferrarse, a veces con los ojos cerrados, a veces bizqueando ante la fuerza del viento. Subieron por delante de las montañas.

Y subieron.

Y subieron... hasta que, junto al torrente que saltaba sobre las rocas, Qualt se bajó finalmente del compañero volador con un cosquilleo en los brazos, curiosamente aturdido.

—¿Ves aquello... el fuego en aquel saliente? —preguntó el Alado mientras Qualt trataba de recuperar el aliento—. ¡Trepa hasta allí!

—¿Tregar...?

—Por aquella red. ¿Ves aquellas cuerdas que salen de debajo de las rocas?

Ahora no hablaban —cosa que alegraba a Qualt de seguir por separado ni de ocultarse.

Treparon por aquella red colgante.

Cuando Qualt pasó por un saliente, una Alada muy gorda caminó rápidamente hasta el borde y, mostrando unos dientes pequeños y apretando con fuerza los párpados pequeños, los siguió con la cara de abajo hacia arriba.

Subían por un acantilado de piedra. Qualt avanzaba con cuidado, retrasándose cada vez más con respecto a su compañero, que iba saltando con las alas abiertas hasta que tres chicos salieron medio corriendo, medio volando de la boca de la cueva que tenía al lado. Los chicos se quedaron paralizados, con las orejas levantadas y la boca abierta. Un repentino maullido dentro de la cueva los hizo retroceder. Pero ahora el compañero esperó a que Qualt lo alcanzase, mientras hacía un indignado comentario sobre los niños que Qualt no alcanzó a entender del todo.

Habían tallado escalones en la montaña, y tenían que subirlos. Algunos de los bordes eran de piedra. Algunos eran raíces con tierra apisonada detrás. Qualt pasaba las manos por las paredes de piedra y se preguntaba por qué su compañero, que ahora iba detrás, no volaba ese último tramo del ascenso... aunque parecía que después de todo no era el último tramo, porque tuvieron que trepar otros veinte metros de red, mientras por debajo, entre las piedras oscuras, rugía la invisible cascada.

Finalmente llegaron a un saliente donde esperaba una docena de Alados. Durante un rato Qualt estuvo muy desconcertado, pues parecía que nadie quería hablar con ellos.

El fuego ardía en varios recipientes de piedra. En las entradas de las cuevas resonaban aleteos que entraban y salían, mientras iban y venían los maullidos. Finalmente, Qualt oyó que alguien decía, con la voz aguda e infantil de todos los Alados:

—Pero si éste no es el terrenal que estuvo aquí antes... no es el que me salvó la vida. Lo llevé a casa. No ha vuelto. Se parecen, sí... pero no mucho. ¿No veis que éste es mucho más pequeño? Y tú... —Dirigiéndose al compañero de Qualt, que de pronto, al llegar al saliente, se había vuelto indiferente a todo y se había sentado en el borde rocoso, con los talones colgando en el espacio, con las alas cerradas alrededor del cuerpo y fingiendo gran interés en las brisas nocturnas y en las nubes nocturnas y en todo lo que no era la confusa conversación que había detrás—. Bueno —prosiguió el Alado que estaba de pie y que llevaba una especie de cadena chata alrededor del cuello (el único vestido o adorno que Qualt les había visto usar hasta ese momento) —, por cierto que no esperábamos verte a *ti* por aquí, nada menos que ahora...

—Por favor —dijo Qualt, adelantándose—, por favor... tienes que entender. ¡Es que *oímos* algo...! Tras esas palabras, su compañero, enderezando de pronto las caderas, se dejó caer del acantilado, arrojándose a las sombras como quien se sumerge de pie en tinta, y un momento más tarde salió de allí y voló pasando por encima de ellos a la luz del fuego, con un grito triunfal que Qualt *nunca* había oído.

Desde ese momento, Qualt y su compañero recibieron mucha atención.

Naä seguía corriendo mucho más allá del campamento... esperando todavía pasos a sus espaldas, sorprendida de estar viva para huir, para correr, para escapar de su propio y absurdo y peligroso plan. Aspiraba hondo con la boca abierta para hacer el menor ruido posible. Llevaba todavía el cuchillo de Ienbar en el cinturón. Todavía apretaba el chal de Rimgia contra el cuello, y sólo una hora más tarde, en los bosques del otro lado del pueblo, se dio cuenta de que también había dejado el pueblo atrás. Iba subiendo una cuesta: ese camino, comprendió, la llevaría hacia la cantera donde los trabajadores iban a sacar piedra de día.

Vete de este pueblo, pensó. ¡Soy una cantante! (En la oscuridad, apretó el mango del cuchillo hasta que le dolió la mano, hasta que se magulló la parte inferior de los nudillos, hasta que la sal le hizo escocer la palma de la mano.) No soy mujer para este tipo de cosas, sea lo que sea este tipo de cosas: matar a escondidas, hacer rescates estúpidamente heroicos. Un poco desafortunadamente, pensó: Podría hacer una balada con lo que ya he hecho este día y esta noche, ¡y tener la satisfacción de que nadie lo creerá jamás! Quizá perdiste a Rahm. Pero salvaste a Rimgia. Es razonable que no puedas hacer nada más. ¡Así que vete! ¡Vete...!

Fue entonces cuando metió el pie en la zanja, y ante el inesperado dolor se volvió y cayó. Quizá me torcí un tobillo, pensó. Sacó el pie de allí y se apoyó en él con cautela: no le dolía tanto. Pero en diez minutos, o cuando hiciese el primer movimiento inapropiado, empezaría a sentir los dolores punzantes que impiden caminar.

De algún sitio la luna (que Uk, más temprano, había querido que le alumbrase el camino hasta el pueblo) se elevó con su creciente de luz para iluminar el camino de Naä por los bosques. La maleza trataba de frenarla, pero ella seguía avanzando deprisa. Entonces, al llegar a lo alto de otra cuesta, la maleza fue sustituida por hierba y por árboles: una de las huertas de perales que había sobre el pueblo. Empezó a atravesarlo, maldiciendo todavía su imprudencia y temblando al pensar en la suerte loca que le había permitido llegar hasta ese punto.

Tembló de nuevo, aunque la noche era ahora más cálida, el tipo de noche que en otras circunstancias habría sido agradable.

Entre los árboles iluminados por la luna, en un pequeño espacio a pocos metros sobre la izquierda, Naä vio unas formas oscuras estiradas sobre la hierba. Más cadáveres, fue su primer pensamiento. ¿Hasta aquí...?

No ocurrió nada especial que le hiciera cambiar de idea, pero decidió acercarse. ¿Serían vecinos conocidos? Cuando estaba a un metro de distancia, se le ocurrió que podrían ser soldados dormidos que los myetranos habían emplazado... y entonces uno levantó un brazo.

—¿Quién eres...? —susurró con una voz que reconoció mientras sentía escalofríos en la espalda.

—¿Abrid...? —preguntó a la figura entre las sombras.

—¿Quién eres...? —repitió él.

Ella se lo dijo.

—¡Soy Naä!

La luna le había quitado todo el rojo de las trenzas, dejándolas casi del gris que tenían después del trabajo diario en la cantera, de manea que en aquella cara se veía la cara del padre...

—¡Rimgia! —Oyó que susurraba el muchacho, inclinándose hacia la otra figura dormida—. ¡Es Naä! Un instante más tarde, Naä estaba en cuclillas entre los dos jóvenes, preguntando:

—¿Qué *hacéis* aquí...?

—Tú dijiste que buscara a Abrid —susurró Rimgia medio dormida—. Lo hice. Vinimos aquí... a ocultarnos.

—¡Pero si te buscan te encontrarán!

Rimgia estaba ahora sentada con las piernas cruzadas, hamacándose un poco hacia adelante y hacia atrás, evidentemente exhausta.

—¿A qué viniste aquí?

—A traerte el chal —dijo Naä de manera cortante. Se quitó la tela estampada de los hombros. Se había roto varias veces. Naä tenía las piernas y los brazos arañados, y seguía esperando a que volviera el fantasma del dolor producto de la caída en la zanja, pero había pasado ya tanto tiempo que, si todavía no le dolía, después de todo quizá no se había torcido el tobillo. Rió al pensar en la suerte, que con la misma facilidad nos acompaña o se vuelve adversa (la fuga parecía más que suerte; era como haber nacido de nuevo), y arrojó el chal hacia la muchacha, que se limitó a mirar cómo caía en la hierba, formando una tienda al apoyarse en varios tallos duros.

—Me parece que me ensucié un poco —dijo Naä. Entonces se echó a reír—. ¡Me alegre tanto de verte, muchacha... me alegre tanto de veros a los dos!

Abrid estaba ahora en cuclillas.

—Naä, ¡nadie nos encontrará aquí! —dijo.

—Yo os encontré —dijo Naä—. ¡Y ni siquiera os estaba buscando! Tenéis que iros mucho más lejos. Y esconderos de verdad. Los dos, juntos.

Rimgia se llevó las dos manos al cuello y se lo frotó.

—Naä, ¿cómo te escapaste? ¿Qué ocurrió...? ¿Por qué viniste aquí? ¿Adónde vas...?

—¿Cómo me escapé? Pura suerte. ¿Qué ocurrió? Te lo contaré la próxima vez que nos veamos. ¿Adónde voy? Voy... —Y se calló, porque no tenía el coraje de decir: Estoy aterrorizada y huyo de aquí...

—¿Dónde está tu arpa?, —preguntó Abrid.

Naä miró el cuchillo que llevaba en la mano, con la hoja negra como agua. Por primera vez en muchos minutos relajó los dedos; al aflojarse sobre el mango, el dolor le recorrió el puño como un fuego.

—Mi... mi arpa está guardada por un tiempo. No es hora de cantar. Es necesario

que los dos sigáis caminando... que os alejéis varios kilómetros de la aldea. Como si fuerais dos trotamundos que andan juntos. Y es necesario que os ocultéis, pero no en ningún sitio conocido. Tiene que ser un sitio nuevo. —Poco a poco fue desapareciendo el entusiasmo—. Yo también...

—¿Irás con nosotros? —preguntó Rimgia, inclinándose hacia adelante, con ojos que por un momento brillaron a la luz de la luna.

—No sé si...

Pero entonces los ojos de Rimgia miraron en otra dirección, hacia el cielo. Abrid también estaba mirando.

Como una hoja enorme, de forma extraña, una figura atravesó la luna. Después otra. Y después otra... en dirección contraria. Un zarcillo de nube tocó la luna creciente. Por debajo pasó volando otra forma.

—Me asustan —dijo Abrid, sentándose de nuevo sobre las nalgas. Abrazó con fuerza las rodillas mientras miraba hacia arriba. Media docena de criaturas se movían en el cielo—. Todo el mundo les ha tenido siempre miedo —susurró.

—¿Crees que nos ven? —preguntó Rimgia—. Estamos rodeados por tantas cosas espantosas... He oído hablar de criaturas que pueden tejer una red alrededor de un hombre y asfixiarlo, y de leones que deambulan por las llanuras, y de Alados...

—Ojalá pudieras cantarnos ahora una canción —dijo Abrid.

—No tengo el arpa —dijo Naä—. Y sospecho que he perdido la voz por un tiempo.

Volvió a mirar el cuchillo. Volvió a mirar el cielo.

—Es necesario que por lo menos salgáis de este peral y os metáis en el bosque. ¡Y que os ocultéis! Yo tengo que irme...

—¿Adónde vas? —preguntó Rimgia, a ratos arrodillada, a ratos sentada sobre los pies. Finalmente se levantó.

—Creo —dijo Naä— que vuelvo al pueblo. Otra vez.

—¿Naä...?

Pero la cantante, bruscamente, había dado media vuelta.

De nuevo giró hacia ellos.

—¿Sí...?

Rimgia se inclinó para recoger el chal.

—¡Gracias!

—¿Porque vuelvo?

—¡Por haber ocupado mi lugar!

Naä se rió. Después echó a andar de nuevo entre los árboles. Si me robaron la voz, pensó mientras entraba en el bosque para bajar por la cuesta, debo a mi vez robarles algo. Pero ellos ¿qué podrán echar realmente de menos...?

Qualt estaba enamorado de Rimgia. Lo hemos escrito: era verdad.

Por lo tanto, sería estúpido pensar que durante todas sus aventuras no la tuvo

presente alguna vez. Pero también sería simplista pensar que ella era su centro de atención, que calculaba, ejecutaba y evaluaba sus actos con la imagen de ella delante, que hacía todo *para* ella. El tipo de catástrofe social que había sufrido Çiron se apodera de los yoes ya destrozados por las exigencias de la vida diaria y separa aún más los fragmentos, de manera que los yoes individuales del amor y de la valentía, del sufrimiento y de la desesperación se desarrollan al mismo ritmo, influyéndose mutuamente pero funcionando por separado.

Así como provocan a veces extraordinarios actos de desinterés o de valentía, esas catástrofes suelen también emplear extraordinarios esfuerzos en hacer que una parte de lo que con demasiada facilidad llamamos yo se enfrente con otra parte.

Era evidente que Naä había encontrado a Rimgia porque, en esa última carrera por los bosques, no la andaba buscando. Pero después de transmitir al Sirviente y —unos minutos más tarde— a la Reina de Hi-Vator la gravedad de lo que su compañero alado había oído, Qualt decidió con la misma fuerza de voluntad que lo había impulsado todo el día, incluso para llegar a esas alturas, que a partir de ese momento tenía que buscar a Rimgia y hablar con ella.

Quizá el fracaso de Qualt —en realidad su único fracaso en todo lo que se había propuesto desde la llegada de los myetrans— se debía a que estaba seguro de dónde encontrarla.

Aquellos ruidos en el tejado eran las pisadas de un Alado, o de tres, o quizá de más. En el suelo, junto a la choza, una veintena de alas batían yendo y viniendo, entrecruzándose, lamiendo la luna creciente.

Alguien, sin pensar, maulló.

Algún otro lo hizo callar.

Entonces Qualt se descolgó del borde del tejado, buscando la ventana con el pie, apoyando los dedos del pie derecho en las tablas del postigo, mientras el aire nocturno que unos minutos antes era un torrente a su alrededor se transformaba en apenas una brisa en la espalda. Con el otro pie movió el postigo hasta que cedió el pestillo. Se apoyó en el antepecho, aferró con la mano derecha el dintel superior y con la otra el borde de la ventana mientras metía la cabeza y las dos piernas en la choza a oscuras.

Recordando el movimiento con el que su compañero se había impulsado para arrojar a la noche desde la saliente superior, Qualt saltó hacia adelante y aterrizó en cuclillas, raspándose dolorosamente los nudillos de la mano derecha mientras agitaba la izquierda en el aire: el suelo estaba más cerca de lo que había calculado.

—¿Rimgia...? ¿Abrid...? —susurró después de recuperar el equilibrio. Se levantó—. Rimgia... ¡soy yo, Qualt!

Reconoció que la oscuridad de la izquierda era la chimenea, con las brasas apagadas. Allí cerca estaba lo que había sido una herramienta de Kern. Y lo que probablemente era la caña de pescar de Kern o de Rimgia.

—¿Ringia...?

Dio otro paso por la cocina, sintiendo de repente el vacío de la casa mientras los ruidos del tejado le hacían levantar la mirada pero no provocaban ruidos dentro.

¿Acaso Ringia no dormía en la parte trasera, allí...?

Apartó la colgadura y entró. La luna que se filtraba por la ventana con el postigo entreabierto alumbraba el camastro con un cubrecama arrugado, no muy diferente del que rara vez usaba para dormir esas noches de verano en su casita junto al vertedero.

—¿Ringia...? —Y el sitio donde dormía Abrid, detrás de la pared...—. ¿Abrid? —Repitió el nombre tres veces, en voz alta. Después, con más suavidad—: ¿Ringia?

Se quedó allí inmóvil, y mientras la colgadura se balanceaba allí detrás, se metió el labio inferior en la boca y lo apretó con los dientes delanteros... hasta que el repentino dolor lo obligó a soltarlo; entonces se pasó la lengua por el labio superior. Se frotó los dos antebrazos contra las costillas y tragó saliva; y tosió; y tragó más saliva. El aire de la noche, mientras flotaba, había sido refrescante; pero al recordarla sentía deseos de abrazarse para darse calor. Durante el vuelo había tenido una visión en la que entraba (por la ventana, más o menos como había sucedido) y apoyaba una rodilla en el suelo delante de la cama de Ringia y alargaba una mano para tocarle un hombro mientras ella estaba allí dormida; entonces, cuando ella se despertaba sobresaltada y levantaba la cabeza, arrastrando el pelo cobrizo por la almohada (se suponía que la luz de la luna era pura plata, no aquella gasa de sombras), le decía... Qualt tomó aliento, dio un paso y se puso en cuclillas. Alargó una mano y tocó la cama. Sólo apoyó los dedos abiertos en el cubrecama arrugado mientras trataba de asimilar el hecho de que ella *realmente* no estaba allí.

Pero aunque estuviera ausente, se trataba de la ausencia *de ella*. Y todo lo relacionado con ella parecía extraordinariamente importante en ese momento.

—Ringia —dijo—, me gustas, ¡me gustas mucho! ¿Yo te gusto? Quiero decir... ¿te gusto *de verdad*?

Entonces, debido a los ruidos en el tejado, Qualt se levantó, fue a la otra habitación (para huir de la casa vacía que había sido testigo de su acto más valiente ese día) y saltó al antepecho de la ventana, torció el cuerpo hasta que pudo aferrarse al dintel y un momento más tarde desaparecía allá arriba.

—¿Qué crees que le va a pasar? ¿Lo matarán?

—Lo ejecutarán al amanecer —dijo Uk—. Ésa es la orden del príncipe.

Hubo un gruñido en la oscuridad.

—Muy duro con el teniente.

—Lo más duro posible —dijo Uk, y se rió entre dientes. Era una risa seca, sombría, insensible, que había empezado a ensayar para parecer menos sensible de lo que era. Ahora se daba cuenta de que en realidad no sentía demasiado.

—Era un buen oficial el teniente Kire —dijo otra voz desde la oscuridad, al otro lado. Nadie más se rió—. Siempre era justo.

—Era el mejor —dijo otro.

—Era un oficial excelente —dijo Uk—. Qué pena... pero creo que lo entiendo. No me gusta. Pero lo entiendo.

—¿Sabotaje? ¿Incompetencia? ¿Traición? ¿Crees que los cargos son justos?

—No lo sé —dijo Uk—. No sé si algo en esta guerra es justo o injusto. Pero yo estaba allí, con el príncipe, mientras el teniente hablaba dentro de la tienda con la mujer... y el teniente le contaba cómo había estado desobedeciendo las órdenes, tratando de facilitar las cosas a la gente del pueblo, llevando un castigo de diez latigazos a un castigo de dos, cosas por el estilo. Ella, supuestamente, era prisionera, y él le dijo que podía irse si quería. Lo oí.

—También era bueno con nosotros... y trataba de ser bueno con ellos cuando eso no nos perjudicaba. No estoy de acuerdo con que se ejecute a un hombre porque es justo.

—No —dijo Uk—. Las cosas no son así.

—¡Cómo son, entonces! ¿Qué quieres decir con que las cosas no son así?

—Yo pensaba como tú cuando llegué aquí —dijo Uk—. Habíamos entrado en uno de esos lugares a destrozar a los habitantes y tenía la misma impresión: es como aplastar moscas con un matamoscas. Cada uno que recibe un golpe tuyo cae... ¡muerto! Eso no es justo. Así que una vez, en lugar de darles en el cuello o en el estómago, empecé a apuntarles a los brazos y a las piernas. Pero más tarde vi el resultado en los que no habían muerto inmediatamente. Y era horrible... el tiempo que tardaban en morir, y el dolor que sufrían. Yo caminaba alrededor mirando a aquella gente que no estaba muerta sino medio muerta. Estar medio muerto es mucho peor que estar muerto, si sabes que vas a morir dentro de otros tres o seis días pase lo que pase. No... si el teniente quería acabar con la guerra, lo mejor era entrar allí, luchar lo mejor posible, lo más fuerte posible y terminar lo antes posible. Así es como funciona. Alargar las cosas, retrasar las cosas, enlentecer las cosas no es bueno para nadie. No lo es para los vecinos... y con seguridad no lo es para ti ni para mí. Lo que

hacía era alargar y endurecer las cosas para nosotros... y cuanto más largo y duro sea todo, más probabilidades hay de que nos maten. No... me gustaba el teniente. Personalmente, nunca me hizo nada; lamento que se le hayan presentado así las cosas. Pero si yo lo entiendo, también él lo tiene que haber entendido. Es un oficial.

—Uk, eso sí que es sentido común —dijo un soldado en la oscuridad.

—A veces pienso que de todos los que llevamos uniforme, el único que tiene sentido común es Uk —dijo otro.

—Eso significa que estoy hablando demasiado —dijo Uk—. Ahora durmamos. Nos tenemos que levantar temprano.

—¿Quieres decir que es obligatorio que lo veamos, como la otra vez? Ay... ¡buenas noches!

—¿De veras van a ejecutar al teniente? —preguntó otra voz, más joven, preocupada.

—Ésa fue la orden, muchacho. —Mientras otro soldado se metía en el saco de dormir, hubo gruñidos y pedidos de silencio—. Ahora duérmete.

Rahm estaba sentado en un rincón, mirando a las figuras oscuras que lloraban, apiñadas en el suelo del sótano del consejo. A menos de cinco metros de distancia, Gargula respiraba ruidosa e irregularmente; había trabajado con Rahm poniendo los cimientos del edificio. El viejo Brumer apoyó los hombros en la pared, con la cabeza anidada en la barba espesa: había sido su capataz. Ahora, pensó Rahm, todos somos prisioneros aquí. En la pequeña ventana, justo por debajo del techo, el gris había arrinconado un poco el negro, lo suficiente para recortar los tallos que había fuera. La brisa agitaba las hojas.

Entonces crujió la puerta.

Alguien alzó la mirada. Dos se dieron la vuelta sin mirar. Entre dos oficiales de capa negra seguidos por un soldado entró un hombre barbudo. Uno de los oficiales llevaba una caja de luz que encendió. El potente filamento brilló con luz blanca, proyectando sombras negras en la pared que estaba del otro lado de la docena de durmientes desparramados en el suelo.

—Bueno, aquí tenemos algunos hombres —dijo el myetrano barbudo. Llevaba un guantelete marrón de cuero. La otra mano estaba descubierta. De un tiempo que parecía a la vez increíblemente inmediato y lejano, Rahm reconoció al hombre que había entrado a caballo en el espacio comunal, que había hablado a la vara plateada... que había quemado a Kern—. Por un momento pensé que ésta era la celda de mujeres. ¡Por Dios, cómo apesta esto! —En el otro extremo había una depresión llena de orina y de heces; pero hacía tiempo que se había desbordado y mojaba casi todo el suelo. El hombre dio unos pasos... sobre algunas figuras dormidas—. Tengo un trabajo para uno de vosotros. Para un buen perro, para un perro brioso. Un perro fuerte... tú, tal vez. O tú... Sois una jauría de perros, ¿verdad? —El hombre se pasó una mano por la barba—. Los perros son fieros... se combaten unos a otros, se

muerden disputándose las sobras. Lo que veo aquí es un montón de monos sonrientes, gusanos que se arrastran sin fuerza suficiente para salir de donde están. ¿Hay alguien aquí que pueda hacer un trabajo de hombre? —Alargó la mano para agarrar la caja de luz que colgaba del cuello del oficial de capa negra y dirigir el rayo hacia el suelo—. ¿Habéis matado alguna vez?

Los ojos bizquearon; una mano se levantó para tapar el resplandor.

—¡Por qué habré desperdiciado la pregunta en un niño! —El rayo siguió avanzando—. Viejo, ¿sacaste alguna vez la vida a alguien?

El viejo tosió dos veces. Parecía desconcertado.

—Y tú... Pareces robusto. ¿Mataste alguna vez?

Ante el rayo, Rahm no bajó la mirada.

—Vamos... di «sí» o «no».

Rahm soltó el aliento, bajó la cabeza y la levantó.

—A ver... ¡contesta! Por tu mirada diría que no. O quizá... ¡Levántate! Acompáñame.

A Rahm le dolían las caderas, las rodillas; tenía la espalda tiesa —se obligó a levantarse apoyando la palma de una mano en la piedra áspera que tenía detrás— de estar sentado toda la noche, casi sin moverse.

—Vamos, por aquí. Hacia la puerta.

Rahm se acercó despacio, moviéndose pesadamente, buscando con los pies pequeños espacios vacíos entre los cuerpos. Una vez pisó la mano de alguien que se despertó, gruñó y se apartó. Rahm movió la boca formando unas sílabas mudas. Si desde el suelo lo hubieran oído, sabrían que era una disculpa.

—Está bien, çironiano. Por aquí.

Ya afuera, en el pasillo del sótano, mientras se cerraba la puerta a sus espaldas, Rahm tuvo conciencia de la intensidad del hedor que había dentro. Sintió un golpe de aire fresco que, por un momento, le hizo tambalearse.

—Soy el príncipe Nactor. No quiero saber tu nombre; al menos hasta que hayas hecho lo que necesito que hagas. Entonces, cuando llegue el momento de recompensarte por haber hecho bien el trabajo, pues *confío* en que lo harás bien, te lo preguntaré. Y podremos celebrarlo. —El príncipe se metió la barba debajo del mentón y se volvió hacia los escalones. Mientras subía miró por encima del hombro—. Ya sabes: si *no* lo haces bien, te mataremos. Y nadie necesitará ya saber tu nombre. Dime, çironiano, ¿sabes usar un hacha?

Rodeado de soldados, Rahm lo siguió.

—Sé manejar el pico que usan en la cantera.

El príncipe se volvió de nuevo para mirar.

—Quizá sirva.

En el vestíbulo de la planta baja del edificio, acariciándose de nuevo la barba, el príncipe se detuvo y se inclinó hacia Rahm.

—¿No tienes curiosidad por saber en qué consistirá tu trabajo?

—Tú me lo dirás en el momento oportuno.

Nactor ahogó una risita.

—El momento ha llegado. —A la izquierda de la repisa de la ventana había un débil color naranja—. Necesito un verdugo. Quiero demostrar a un hombre traicionero, y será la última demostración que le haré, lo dulces y pacíficos que sois los çironianos.

Contra la pared de enfrente había dos mujeres sentadas, una de las cuales, descubrió Rahm con un ligero sobresalto, había compartido con él las primeras y más decididas exploraciones sexuales; la otra era una mujer que, durante aquel mismo verano, lo había odiado rotunda, ruidosa y categóricamente, pues poseía junto a la casa un grupo de árboles frutales maravillosamente cuidados que él se había puesto a saquear más por el placer de la tartajeante indignación de la mujer que por la fruta. (Que se había limitado a repartir entre los amigos.) Sólo las amenazas de Ienbar le habían hecho dedicar el tiempo a alguna otra travesura. Durante un tiempo se preguntó por qué la relación con esas dos mujeres ahora una dormía; la otra miraba con ojos inexpresivos y no parecía verlo —no le había dado resultados más tangibles, en un caso el comienzo de una familia y en el otro la reputación de alborotador que, de haber crecido lo suficiente y acumulado suficientes quejas ante el consejo de los ancianos, tras un proceso hasta lo podría haber echado del pueblo: al menos ése era el rumor. Desde que tenía memoria, no recordaba que hubiera existido ningún caso...

De los dos soldados que estaban de pie cerca de las mujeres —aparentemente custodiándolas—, uno sacudía la cabeza y sonreía en respuesta a algo que decía el otro.

Por el otro lado de la sala, con una capa negra de pliegues que llegaban hasta las piedras del suelo, un oficial atravesó rápidamente hacia la puerta y salió, dejando atrás la pesada queja de la madera.

—También quiero demostrarte algo a ti —decía el príncipe—. Quiero que veas, y que después lo difundas, lo estrictos que somos con los nuestros. Después quizá tengas una idea más realista de lo poco que podéis esperar de nosotros en cuanto a clemencia. Acompáñame.

Un soldado alargó la mano para abrirles la puerta, que crujió como Rahm la había oído crujir ciento cincuenta, quinientas cincuenta veces hacía tres años, cuando entraba o salía de trabajar allí. Ahora ese sonido era extraño. Rahm salió y miró hacia arriba las pocas ramas que, al final del verano, mostraban algunas hojas marrones entre el verde más oscuro.

Aquí y allá, dispuestas irregularmente hacia las esquinas del espacio comunal, había cinco de aquellas estructuras desgarradas que eran las torres luminosas móviles de los myetranos: en una, al mirar Rahm, la enorme lámpara encendida se apagó como en el resto.

Arriba, en el cielo gris lavanda, se movió algo. Rahm frunció el ceño.

Cuatro, seis, diez Alados pasaron por encima en una formación que se disolvió y

volvió a recomponerse más adelante; y se disolvió de nuevo: una formación que no era formación.

—¡Traed el tajo y el hacha! —gritó el príncipe. Después su voz recuperó el nivel normal—. Vas a cortar la cabeza de un hombre. No tiene que resultarte difícil, y como es uno de nosotros, quién sabe: a lo mejor hasta te gusta.

Entornando los párpados después de observar el cielo, Rahm miró al príncipe barbudo. El movimiento de cabeza de Rahm no implicaba asentimiento, sino la confirmación de que había oído. Pero a juzgar por la rápida reacción del hombre — señalando a alguien sentado sobre la hierba—, Rahm comprendió que el príncipe lo había tomado como una aceptación.

Por todo el espacio comunal los soldados estaban en posición de firmes, en tres filas.

—Podéis sacar al prisionero —dijo el príncipe a uno de los soldados que los acompañaban; el soldado dio media vuelta y echó a correr por el espacio comunal. La hierba, con aquellos pocos árboles, le pareció a Rahm tan curiosamente desconocida como la chirriante puerta del edificio del consejo.

Bajaron los diez escalones y atravesaron la grava hacia donde empezaba a nacer la hierba. El espacio comunal por la noche era un sitio conocido. Pero al amanecer... ¿cuándo había estado allí por última vez a esa hora? Seguramente habían pasado más de tres años. Quizá cuatro o cinco. Aunque sólo fuese porque las sombras apuntaban en una dirección que no era la acostumbrada, aquélla podía ser una plaza pública de un pueblo totalmente extraño.

En la fila trasera, dos o tres soldados miraron al cielo y después volvieron a mirar hacia la hierba. Más de una docena de Alados giraban y giraban, infinitamente altos, infinitamente pequeños, infinitamente distantes.

Cuatro soldados llevaron un enorme tajo hasta la hierba. Parecía negro y viejo, al menos hasta cerca de la base; allí era un poco más claro. Otro hombre iba hacia Rahm y el príncipe, llevando un hacha por el mango —la hoja doble le colgaba delante de las rodillas—, mostrando con los pasos pequeños, la barbilla alzada y los labios apretados el considerable peso de la herramienta.

Rahm la agarró con una mano.

El soldado que la había traído no aspiró hondo; pero cuando Nactor le dijo que podía retirarse, levantó un puño, dio media vuelta y caminó pesadamente a través del campo.

El hacha *era* pesada. Rahm la bajó despacio, llevó la hoja hasta el suelo y puso la segunda mano en el mango.

Los cuatro soldados habían dejado el tajo en el suelo.

—Traed al prisionero —dijo Nactor.

Al lado de ellos, uno de los soldados gritó hacia el espacio comunal:

—¡Traed al prisionero!

Un instante más tarde, algunos de los Alados bajaron en picado una y otra vez, sin

estar, como grupo, más cerca del suelo. Después volvieron a aquel vuelo perezoso.

—No tendrás problemas con esta hacha, çironiano. Ya lo veo. Cuando dé la orden, cortarás la cabeza al prisionero. Hazlo con limpieza, de un solo corte. No queremos suciedad ni crueldad ni dolor innecesarios. Tengo mucho cariño a este hombre. Pero como tiene que morir, quiero que muera rápidamente. ¿Me entiendes...?

Rahm asintió. No veía de qué casa del espacio comunal requisada por los myetranos traían al prisionero, pues en ese momento, ante una señal del príncipe, se le acercó otro soldado. El mundo desapareció con un parpadeo y volvió a aparecer por unas hendiduras que tenía para los ojos en la capucha de tela negra que llevaba sobre la cabeza.

Rahm miró alrededor.

La tela le hacía cosquillas en la clavícula.

El príncipe tocó el hombro de Rahm, señalando con la cabeza.

Seis soldados acompañaban ahora al hombre alto hacia el tajo. Rahm parpadeó al darse cuenta de que el hombre —que iba vestido de negro— no estaba atado. Sólo tenía una tela negra sobre los ojos, aunque sin hendiduras.

Rahm se inclinó hacia el príncipe y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué no está atado?

—Cuando ejecutamos a simples soldados, los atamos —dijo Nactor, en el mismo tono de voz—. Es costumbre myetrana dejar que nuestros oficiales mueran como hombres. Acompáñame.

Sobre el pecho del prisionero había dos garras de puma sujetas una encima de la otra y que salían de la piel que llevaba sobre la espalda.

Dentro de la capucha, Rahm frunció el ceño. Con el príncipe y algunos otros, echó a andar por la hierba hacia el tajo. Aunque no llevaba la capucha de oficial, Rahm lo reconoció. Ante ese reconocimiento, Rahm sintió que el estómago se le enfriaba y sede volvía pesado, como si hubiera comido hasta hincharse.

Cuando el prisionero levantó la mano para acomodarse la venda de los ojos o para rascarse el mentón o para lo que fuera, un guardia le bajó la mano de un golpe brutal, y otros tres guardias le inmovilizaron los dos brazos pero sin dejar de marcar el paso.

La mano de Rahm apretó con fuerza el mango del hacha. Dentro de la tela, su aliento susurró.

Cuando llegaron al tajo, un soldado que estaba cerca de Kire lo golpeó detrás de las rodillas para que se agachase. De inmediato, otros dos lo agarraron y apoyaron una rodilla en el suelo para sujetarlo. Dos más le inmovilizaron las piernas. Otros dos le aferraron los hombros. La cabeza, la boca y el mentón de Kire, separados del pelo color bronce por la venda negra, quedaron apoyados sobre la mejilla izquierda en el tajo cubierto de cicatrices.

Al lado de Rahm, el príncipe soltó un suspiro.

Rahm miró la piel de puma sobre la espalda de Kire. El cráneo del animal había

sido empujado hacia un lado, como si hubiera habido una pelea, y colgaba torcido.

Dentro de la capucha, sin sonido, sólo moviendo los labios, rozando con ellos la tela, Rahm dijo:

—... amigo Kire...

—Teniente —dijo el príncipe, junto a Rahm—, ahora verás qué dulces y pacíficos son tus çironianos. —Se inclinó, alargó la mano, metió un dedo debajo de la venda y tiró... sin nada de suavidad. Con el tirón, la cabeza de Kire se deslizó unos centímetros sobre la madera manchada. Al salirse la venda, el teniente soltó un gruñido—. Mira, un agradable y dulce çironiano te va a cortar la cabeza.

El príncipe se levantó.

Desde el tajo, el teniente alzó la mirada; los ojos verdes casi se habían vuelto grises con el amanecer y con el miedo...

No había en ellos muestras de reconocimiento. Pero ¿por qué tendría que haberlas?, pensó Rahm dentro de la capucha.

El príncipe se volvió hacia Rahm.

—Ahora mávalo, çironiano.

Rahm dio un paso al costado, separó las piernas, adelantó una mano sobre el mango y levantó la hoja por encima de la cabeza. Una brisa le aplastó la tela contra la cara, de manera que cualquiera de los guardias, si levantaran la mirada, podrían ver la forma de sus labios, que separaba con esfuerzo.

En el tajo, Kire metió los hombros. Los labios se le separaron mientras cerraba con fuerza los ojos, como si el hecho de no ver pudiera retrasar el golpe. Su pelo castaño dorado estaba greñado y grasiento.

La brisa lo movía.

Entonces Kire parpadeó rápidamente tres o cuatro veces, como si ansiara ver la mañana, la hierba, los hombres que lo rodeaban, incluso la madera manchada que le oscurecía la visión del ojo más bajo.

La brisa corría por la piel de puma, separando los pelos y mostrando las raíces más claras.

Y Rahm descargó el hacha... no hacia abajo sino en una diagonal que se volvió aún más aguda con una torsión del cuerpo.

El príncipe Nactor no gritó sino que miró hacia abajo y se tambaleó, con la hoja del hacha hundida varios centímetros en el pecho. Rahm tiró del mango en una y otra dirección mientras el chorro le mojaba las manos, los hombros y la tela que tenía sobre la cara. Al caer el príncipe, Rahm arrancó el hacha y la hizo girar alrededor, golpeando con la hoja a dos de los guardias que sostenían a Kire. El hacha no se detuvo y golpeó a otro hombre que quedó tendido en el suelo. Después, hacia arriba y hacia abajo, el metal afilado cortó y amputó el brazo del oficial que tenían al lado, que entre todos era el único que había tenido la presencia de ánimo necesaria para alargar la mano y abrir el portafusil... ¡el primer hombre que gritó!

Rahm dio otra vuelta con el hacha. Uno de los soldados retrocedía de rodillas con

el cuerpo cubierto de sangre que no era suya. El siguiente golpe de Rahm sacó la mayor parte de una mano —que no era de Kire— apoyada en el borde del tajo. Ahora *había* gritos. Rahm bajó una mano lo suficiente como para arrancar la capucha y arrojarla a la hierba.

—Eh, amigo Kire, ¿ahora me conoces? ¿Les mostramos...?

De nuevo, con las dos manos, Rahm arrancó la hoja del hacha del tajo, dejando una marca en la madera ensangrentada.

La parálisis de Kire terminó al sonar la voz del çironiano. Todos los soldados lo habían soltado. Uno corría, mirando por encima del hombro, sacando la espada; después dio media vuelta y empezó a amagar con el arma.

Y Kire se arrastró, se levantó junto al tajo, bajo los movimientos del hacha. Un instante más tarde apareció primero con el fusil de energía de Nactor y después, en la otra mano, con el del otro oficial.

Hubo todavía una desesperada sucesión de segundos durante los cuales el teniente pareció dudar si disparar a sus propios hombres —que habían estado a punto de matarlo— o borrar a aquel loco çironiano que sembraba el caos y la muerte entre los hombres que, hasta un día antes, habían sido sus propios guardias. Finalmente, cuando otro soldado empezó a avanzar hacia ellos empuñando la espada, Kire, todavía en el suelo, se volvió y disparó, destrozando en un remolino de humo negro y llamas rojas todo el cuerpo del hombre menos una pierna. Pero sólo entonces, al levantar la mirada, entendió Kire quién era aquel loco maravilloso.

Después, la decisión de Kire habría parecido obvia. Pero a algunos de los soldados que observaban, sobre todo desde la segunda y la tercera fila, aquello era tan ilógico como todo lo que había sucedido en no más de doce segundos.

Esa falta de lógica los tenía petrificados: Uk era uno de ellos.

Alguien con capa de oficial había empezado a correr... no hacia el tumulto que rodeaba el tajo sino hacia los soldados, cuyas filas, ante los golpes y estocadas que veían, se iban rompiendo, mientras algunos (alrededor de Uk) se adelantaban y otros (delante de él, chocando contra él) retrocedían.

Gateando de rodillas al final de una franja de hierba ensangrentada, doblado en una especie de nudo móvil, el oficial del brazo cortado seguía gritando. Al moverse se le balanceaba el portafusil vacío. El grito pareció por fin poner en marcha —aunque muy despacio— a la gente que estaba en el borde del espacio comunal.

Mientras Kire con el fusil de energía de la mano derecha despachaba a otro myetrano, y con el de la mano izquierda disparaba al azar, Rahm se detuvo un momento con el hacha, aspiró hondo, miró hacia el cielo y gritó:

—¡Vortcir...!

No gritó pidiendo ayuda. El joven çironiano sólo quería decir: aquí estoy. ¡Mírame... antes de que muera! (Porque acciones como ésa, y la de Naä, no se

pueden emprender si no se tiene la certeza de la muerte.) Así, el grito fue más desesperado que un pedido de ayuda. De todos los que rodeaban el espacio comunal, quizá nadie entendiese su significado: pero contenía una escalofriante combinación de triunfo y desesperación.

Con el propio fusil de energía en la mano, el oficial que había corrido a reunirse con los soldados que observaban, gritó:

—¡Ahí! ¡Acabad con ellos! ¡Atacad! ¡En marcha! ¡Ya!

Quizá un tercio de los soldados empezaron a correr hacia adelante, algunos desenfundando las espadas mientras saltaban sobre la hierba. Buscando entre ellos un sitio por donde disparar, el oficial, sacudiendo la cabeza, corrió detrás.

En el centro de la lucha, que ahora había llevado a Kire y a Rahm hacia el edificio del consejo, el hacha de Rahm se hundió en otro hombro; y mientras él arrancaba la hoja, jadeó:

—¿Ves, amigo Kire? ¿Ves lo pacífico que soy...? Y descargó otro golpe con el hacha.

¡Rahm! ¡Kire... daos la vuelta!

La voz atronadora chocó contra el aire mismo. El sonido los envolvió. Todos los hombres que había alrededor se detuvieron un instante... menos Kire y Rahm.

Al volverse, Rahm vio la torre de luz junto al edificio del consejo. Subida a medias a aquella estructura, agachada en un ángulo metálico con una pequeña vara metálica en la mano, había una mujer: Naä.

¡A la izquierda, Rahm!, ¡agáchate!

Rahm se lanzó al suelo, hacia la izquierda, mientras el humo y las llamas abrasaban el aire por encima de su cabeza. Alguien que no se había agachado gritó... muy poco tiempo.

¡Detrás de ti, Kire!

Desde el suelo, mientras tiraba del hacha, Rahm vio que Kire giraba y disparaba, borrando a dos soldados y dispersando a otra media docena.

Como estaba en el suelo, Rahm miró hacia arriba y vio, de repente, las grandes formas que bajaban del cielo. Cerca del borde del espacio comunal, comprendió, media docena de Alados luchaba con media docena de myetranos.

Rahm se levantó como pudo y blandió el hacha con una sola mano, para que la hoja subiese sobre su cabeza y brillase con colores rojo y plata.

Para Uk, toda aquella... ejecución, rebelión, la voz de la torre... había funcionado

como un sueño cansado. En el momento en el que el oficial dio la orden de atacar él estaba dando vueltas a ese pensamiento: Por la mañana tengo que levantarme, marchar hasta el espacio comunal y, con los demás, observar la ejecución del teniente. Así que ésta es sin duda una desafortunada visión nocturna que acabará en un momento, al entrar una bocanada de aire frío por la abertura de mi saco de dormir y al sentir el olor de la papilla del desayuno.

Pero en el mundo real esos pensamientos no duran. Y cuando al oír la orden de ataque otros soldados echaron a andar hacia la refriega, Uk desenfundó la espada y se puso también en movimiento. Había dado dos docenas de pasos, reduciendo la distancia que lo separaba: de aquellas combatientes figuras en un tercio, en dos tercios, cuando vio que el verdugo loco levantaba alta el hacha: Uk ni siquiera había visto el momento en que se sacaba la capucha. Pero lo que tenía alrededor de la cabeza no era tela negra. Era pelo, suelto. Y la cara descubierta...

Entre ellos, Uk vio a Nactor tendido de lado, una mano sobre la cabeza, la venda todavía enredada en tres dedos, un ojo abierto, otro cerrado y babeando sangre. Uk miró de nuevo, y de repente lo reconoció. Se le heló el cuerpo, transformando toda posibilidad de sueño en la pesadilla cuyo horror específico era que tenía lugar en la propia cama de uno, en la propia habitación, en la propia casa, en un mundo que era supuestamente nada menos que el suyo. Si, de hecho, hubiera soñado que alguna bestia se había metido con él en el saco de dormir y al despertar la encontraba arañándole y mordiéndole la barriga no blindada y la cara sin casco para salir, habría sido tan espantoso como la comprensión de que aquella encarnación de mal que de manera feroz y demente había asesinado a Mrowky, estaba ahora sembrando muerte y aniquilación (un arco de sangre siguió la hoja del hacha del çironiano a través del aire) entre la docena de hombres que lo rodeaban.

Uk estaba aterrado; pero también era un soldado valiente; además, era inteligente, lo que significaba que ya había tenido varias ocasiones para aprender que la mejor manera de enfrentar el terror en la batalla —cosa diferente del miedo racional— era ir a su encuentro, para salir por el otro lado lo antes posible. En eso, por cierto, consistía el valor, militar o no militar. Uk aspiró una gran bocanada de aire húmedo: si alguien hubiera podido oírlo entre los gritos y los chillidos pensaría en un ruidoso sollozo. (El maldito teniente traidor estaba con una rodilla en el suelo, disparando hacia la derecha. ¿Sería el rayo de Kire lo que segó a Uk? No importaba. ¡Había que detenerlo! ¡Había que detenerlo!) Uk se agachó, con la espada preparada para clavarla, y echó a correr, martillando la tierra con las botas, respirando entrecortadamente, balanceando un puño al lado del cuerpo y sosteniendo la espada con el otro, en torpe disposición, apuntando con el cuerpo entero hacia el espacio que había entre las espaldas de dos soldados que ya estaban haciendo fintas con sus armas al portador del hacha.

¡Rahm!, ¡el que viene por la derecha...!

Rahm hizo oscilar el hacha y uno de los soldados se tiró hacia un lado y se apartó rodando. Los demás dieron un salto atrás. Y por un instante Rahm vio al soldado corpulento que iba hacia él con la cabeza gacha.

Fue un instante muy largo.

Debajo del borde del casco, los ojos del soldado, grises como la piedra, parecían a punto de alcanzar el color rojo magma. Rahm vio en el esfuerzo que torcía aquella cara (el soldado mostraba los dientes) una imagen del mal más escalofriante y absoluto.

Al reconocerlo, Rahm sintió que le patinaba el pie derecho en el césped y en la tierra, ahora tan negros y resbaladizos. La parte suya que sabía cómo calcular los propios golpes vio, tan claramente como si estuviera escrito en uno de los pergaminos de Ienbar, que la única respuesta que podía dar no le afectaría ninguna parte vital: con suerte, apenas podría torcer la dirección del brazo extendido del hombre. Aquella criatura demente —que ahora había empezado a chillar—, chocaría con él y sin duda lo cortaría y lo acuchillaría una y otra y otra vez...

Entonces algo cayó entre ellos... ¿Sogas? Pero Rahm vio que se movían hacia atrás, alejándose de él. Rahm miró a derecha e izquierda. Las sogas —atadas en una especie de red— habían atrapado también a algunos otros soldados.

Si un hombre grande choca de frente contra una red de cuerdas, la red puede ceder cincuenta o setenta centímetros, quizá hasta el doble. El soldado enloquecido no estaba a más de dos metros de Rahm cuando la red lo atrapó y empezó a arrastrarlo hacia atrás.

El soldado corpulento chocó contra aquellas cuerdas como si fueran algo sólido. Su mano libre agarró una soga cerca de la cabeza. El brazo de la espada pasó directamente entre las gruesas cuerdas. Si fueras una pared y alguien chocara contra ti, sería la única otra manera de ver aquella expresión en la cara de un hombre: la violenta sacudida —al golpear con el pecho— hizo temblar todo el cuerpo de Uk. La espada le saltó de la mano, y Rahm hizo una mueca, resbalando más.

Pero el filo de la espada no encontró la cadera derecha de Rahm por un palmo antes de resbalar, girando, de la hierba a la grava. Rahm se tambaleó de nuevo, pero no perdió el equilibrio.

Los Alados —quince, veinte o más— arrastraron a pie la red por el espacio comunal. Dentro iban tropezando los soldados. Otros Alados volaban por encima. Algunas cuerdas de la red eran de color más claro que el resto; y por la manera en que, algunos soldados atrapados se esforzaban por apartarlas de la cara o de los brazos o de las piernas, Rahm comprendió, con un conocimiento extrañamente atenuado, que eran filamentos de las criaturas de las cuevas. Los Alados que iban por encima de la red bajaron y la transformaron en una jaula. Dentro había por lo menos veinticinco soldados myetranos. Y los Alados llevaban sus propias espadas, aferradas de extraña manera...

—¡... Amigo Rahm!

No era la voz de Kire, sino un maullido familiar. Ahogando un grito, Rahm se volvió y vio a su lado una sombra enorme y movediza que batía unas largas alas a la luz del amanecer.

—¿... Vortcir?

—¡Salta aquí, amigo Rahm!

Mientras las alas subían y bajaban, Rahm dejó caer el hacha y avanzó tambaleándose. Se tiró sobre los hombros velludos y se aferró. Mientras se elevaban, gritó, resbalando, conteniendo la respiración y después soltándola:

—¡... Vortcir! ¡No puedo sostenerme...!

—¡Claro que puedes! —declaró el Sirviente, que se ladeó para subir de manera más suave.

Rahm, echándose hacia adelante sobre la espalda de su amigo, respirando espasmódicamente, miró por encima del hombro de Vortcir. Volaron hacia la izquierda, giraron, volaron hacia la derecha y otra vez hacia la izquierda, elevándose sólo unos metros cada vez. Las alas trabajaban a ambos lados de Rahm mientras Vortcir daba vueltas y vueltas sobre el espacio comunal.

En el suelo, con las largas y afiladas armas, los Alados no estaban tratando con amabilidad a los soldados atrapados en la red. Pero los ojos de Rahm se fijaron en el teniente.

Kire tenía la cabeza ladeada y apuntaba directamente hacia el aire con el fusil de energía. Parecía tan agotado como se sentía Rahm. Despacio, el brazo de Kire fue bajando hasta apuntar a los Alados que luchaban alrededor de los myetranos enjaulados. ¡Había allí muchos más Alados que myetranos...!

¡Kire, no...!

(Las orejas traslúcidas de Vortcir se movieron bruscamente. Debajo de Rahm, el sobresalto recorrió todo el cuerpo de Vortcir, como si fuera un momento de dolor.) El brazo de Kire bajó contra el cuerpo. Entonces la mano enguantada, con el arma, empezó a subir de nuevo.

¡Kire!

Las orejas de Vortcir se sacudieron. El arma volvió a bajar.

Y por encima del hombro de Vortcir, Rahm vio que Naä bajaba de la torre de luz y corría hacia Kire y lo agarraba del brazo. Vio cómo Kire trataba de desasirse y cómo ella le aferraba el hombro...

Vortcir subió más y, después de los árboles y de los tejados de las chozas, Rahm vio las tiendas de los myetranos. ¡Moviéndose entre ellas, y a veces levantando vuelo entre ellas, no había myetranos sino Alados! ¡No veinte o treinta sino centenares!

—¡Mira allí cerca! —gritó Vortcir en medio del viento.

Rahm miró hacia la izquierda. Mediante algún tipo de soga, dos Alados llevaban

una cosa por el aire, una especie de planeador. Era una versión más grande de los muñecos de madera y cuero que Rahm había visto flotar entre los voladores sobre las montañas. Mucho más grande, incluso más grande que uno de los Alados. Apilados encima (y había más, muchos más en el aire), iban fardos de redes. En otro había un atado de hojas filosas de mango largo. En otros se veían racimos de pelotas de las que brotaban unas púas: Rahm ni siquiera podía imaginar qué uso tendrían.

—Hueles a sangre —comento Vortcir—. Pero eso es mejor que lo de tu amigo flaco, que apesta a basura. Y... —Como allí sobre la espalda de Vortcir Rahm había empezado a temblar y sólo veía nubes y luz reluciente y cambiante— estás llorando.

Aunque, como cualquiera podía oír, eran sonrientes sollozos de alivio.

—¿Qué nos va a pasar? Eh, Uk ¿qué va a pasar? ¡Estoy sangrando mucho! Estoy sangrando mucho... ¡Qué va a pasar!

—¡Cállate, muchacho!

—¡Cierra el pico y no hagas ruido!

—¿Qué nos va a pasar? ¿Qué va a pasar...?

Hubo un gruñido en la oscuridad.

—¿Quieres saber lo que va a pasar? Esta noche volarás de fiebre. Y en tres días ese tajo que tienes en la pierna estará lleno de pequeños gusanos blancos. Y tendrás moscas por todo el cuerpo. Y se te secará la boca y pedirás agua a gritos, y no sé si alguien te la dará, aunque no podrás beberla; y si alguien te la echa en la boca no notarás la diferencia, y estarás así siete, ocho, nueve días, mientras la lengua se te agrieta y te sangra y se te pone negra; entonces te morirás. Eso es lo que va a pasar. Y espero estar ya muerto cuando eso suceda. Porque lo que tengo yo es mucho peor que lo tuyo.

—No le digas eso, Uk. No tienes que decírselo...

—Eh, Uk. No es eso lo que va a pasar, ¿verdad, Uk? No es eso lo que va a pasar... ¡Ay, no, no me digas eso!

—El muchacho no necesita saber esas cosas...

—Entonces, si no quiere saber, ¿para qué pregunta? Sacaron esas malditas hojas cuando nos tenían dentro de la red y nos cortaron a todos. ¡No cortaron para matarnos...! ¡Así no se puede librar una guerra! ¡Así no se puede hacer! ¡No es ésa la manera de actuar!

—No van a permitir que nos suceda eso, ¿verdad? No crees que vayan a hacer eso. Oh, no me digas que...

—Cuando estás luchando así no puedes dar marcha atrás. Si tuviera mi espada, muchacho, te mataría ahora mismo. Acabaría con tu sufrimiento... y si no te callas quizá intente hacerlo igual con las manos. Sólo que estoy demasiado débil... para tu desgracia. ¡Pero te pido que te calles!

En el suelo del sótano del edificio del consejo, primero haciendo figuras como plumas rojas, la sangre brotó y se mezcló con la orina que aún quedaba allí de los

prisioneros del pueblo.

—Oh, no digas eso... estoy sangrando, Uk. Estoy sangrando tanto...

—¿Quieres callarte, muchacho? ¿Eres un hombre o un perro aullador? Aquí hay hombres moribundos. Y habrá más todavía. Así que ¿puedes mostrar un poco de respeto y callarte...?

Pero después de unos minutos las manchas rojas que se extendían por el suelo mojado ya no tenían ninguna forma.

De lo alto de las montañas un arroyo caía en cataratas como plumas y burbujeaba a través de la cantera al Çiron siguiendo el pliegue herboso.

Cuando Rahm tiró un último puñado de arena para hacer marcas en el agua y, con los codos en alto vadeó la corriente hasta la orilla, su pelo era una hoja negra brillante sobre la espalda y su piel goteante estaba desnuda, pero ambos se habían liberado de la sangre.

Vortcir estaba posado en un tronco que asomaba entre las piedras, batiendo las alas como una enorme polilla.

Con una pierna todavía metida en la espumosa corriente, Rahm miró hacia abajo para levantar con el dedo la cadena que tenía alrededor del cuello.

—Planeaban venir por las montañas... a Hi-Vator. Hi-Vator estaba en su camino. —Vortcir ladeó la cabeza, sobre su propia cadena de Sirviente—. Oímos lo que os habían hecho a vosotros y a vuestro pueblo. Por cierto, no podríamos permitir que eso nos pasara a nosotros. Sin el concepto de las armas, de dios o del dinero... no estáis suficientemente encaminados hacia la civilización como para que alguien os tome en serio. Pero no me gustaron estos myetranos, y mi tía me dijo que atacara. Entonces, mi amigo, oí tu nombre a través de esos malditos altavoces, y después tu propia llamada. Bueno, todas esas cosas te sacan de quicio. Eres libre. Tu pueblo es libre. Un tercio de los soldados myetranos andan todavía corriendo, huyendo por los bosques. Mis exploradores dicen que la mayoría de ellos va hacia el sudeste, en dirección a la propia Myetra. Más de un tercio están muertos, y algunos capturados y encerrados en el sótano de vuestro edificio del consejo. Las cosas podrían haber salido mucho peor.

Por el sendero que llevaba a la orilla, la luz moteada le derramaba pedazos de cobre aun más brillante en las trenzas. Abrid corrió media docena de pasos, se detuvo; con cobre que se derramaba aún más rápidamente en las suyas, Rimgia se le adelantó.

Detrás, con alas que batían moteadas de su propio color rosa, la Alada que una vez había hablado a Rahm del dinero apareció detrás.

—¿Son éstos los que querías, los dos de pelo rojo? ¿Es así, Sirviente Rahm? Son éstos, ¿verdad? ¡Tienen que serlo!

La voz de la Alada estaba entre un trino y un quejido.

—¡Rahm! —declaró Rimgia, con Abrid detrás—. ¡Los Alados... expulsaron a los soldados...! —Y, con excitación, empezó a contarle muchas cosas que ya sabía; mientras Abrid miraba excitado y guardaba silencio, echaron a andar hacia el pueblo.

El camino atravesaba un campo quemado. A medio camino, Rahm se detuvo.

—Rimgia, te veré dentro de un rato en el pueblo, en el espacio comunal —y volvió por el campo hacia los restos de la choza.

Al llegar a un sitio donde todavía quedaba en pie media pared, se detuvo.

De rodillas, Naä levantó la mirada de donde había estado sacando tierra: debajo de un leño carbonizado.

—¿Rahm...? —Sonrió brevemente y después excavó un poco más.

Tres puñados dobles de tierra negra, llena de carbonilla, y se inclinó para meter el brazo debajo. Se echó hacia atrás, levantó el arpa y le sacó la tela carbonizada. Había dos hojas muertas atrapadas entre las cuerdas. Las sacó con los dedos y puso la base en el regazo, llevó la mano contra las cuerdas pero no las punteó.

Alargó la mano hasta la cadera y sacó el cuchillo de la faja.

—Esto es... esto era de Ienbar. —Evidentemente sin saber qué hacer con él, se lo ofreció—. ¿Rahm...?

Él no lo agarró; así que ella lo puso sobre el leño.

—Los chicos... —Rahm señaló con la cabeza hacia el campo—. Rimgia y Abrid. Están bien. Una Alada los encontró...

—¡Oh! —Naä se levantó de repente—. Los encontraron... —Sonriente, miró a Rahm, después miró hacia el campo y sonrió de nuevo—: ¡Rimgia, Abrid...! —gritó.

Metiendo el brazo por debajo de la correa, encogiendo los hombros para ponerse encima el instrumento, con Rahm detrás, Naä echó a correr por el césped carbonizado.

Con los codos apoyados en las rodillas y mirando el vacío, el teniente Kire estaba sentado en el tajo ennegrecido, donde llevaba ya veinte minutos en silencio. Los vecinos que andaban alrededor a veces le echaban una ojeada, y algunos, unos cuantos, daban vueltas por allí sin mirarlo en absoluto.

Para los Alados que pasaban por el lugar, a pie o por el aire, era como si no existiera.

Mantice parloteaba con Rahm mientras atravesaban el césped:

—A cuatro los vendamos y los enviamos hacia el sur, y aunque, ¡uf!, sólo habían estado allí seis horas, aquello ya era una mezcla de cloaca y de carnicería. Uno de ellos, un chico joven, tenía un corte feo en la pierna y ya le había empezado la fiebre. Pero Hará lo llevó a su choza y dice que lo puede cuidar hasta hacerlo caminar de nuevo... aunque reconozco que va a cojear el resto de su vida. Pero esa mujer es tan buena con las hierbas medicinales como con el tejido. Si alguien puede salvarlo, es ella. Tres, siento decirlo, estaban demasiado heridos. Dos ya habían muerto cuando entramos. Y uno murió cuando lo estábamos sacando por los escalones hacia el aire limpio. Podrías haber pensado que los que estaban vivos y fueron puestos en libertad mostrarían algo de gratitud, o al menos una sonrisa por el favor. Pero todos eran hoscos. Bien, supongo que también lo habían pasado muy mal. Hice que colocaran los muertos en mi carro del agua...

En ese momento el teniente echó una mirada alrededor, se levantó pesadamente y

dio media vuelta.

—Rahm, dice que hay más muertos alrededor. Muertos myetranos. En su carro. ¿Puedo verlos? Yo... —La voz áspera de Kire tropezó en sí misma—. He estado tratando de calcular cuántos perdimos... de los hombres que conozco, quiero decir.

—Por supuesto —dijo Rahm; aunque, por lo que le habían dicho, el teniente no había hecho mucho en la última hora—. Mantice, ¿puedes llevarnos a mí y a mi amigo Kire a ver?

—Pero ven sólo tú —dijo el fornido conductor—. Tengo el carro por aquí.

Cinco minutos más tarde, en una calle lateral, con una mano en el borde del carro, el teniente miró dentro con atención. Si no fuera porque tenía los ojos cerrados, la cabeza del puma, al lado de la suya, también podría haber estado mirando. Junto al hombro de Kire, Rahm también se fijó. La respiración del teniente se volvió un poco más ruidosa. Pero pronto recuperó la normalidad.

En el otro extremo del carro, junto a otros tres cuerpos, el soldado corpulento tenía un tajo enorme en el costado por el que, bajo un caparazón de moscas, se veía carne y hueso. Rahm lo reconoció sobre todo por la estatura. En la muerte, aquellos rasgos sin afeitar conservaban una leve mueca.

—Amigo Kire...

—¿Sí?

El teniente se volvió para mirar por encima del hocico del león.

—Aquél —dijo Rahm—. ¿Lo conocías? ¿Era un hombre malo...? —Aunque, mientras hacía la pregunta, encontró bastante absurda la idea de que aquel soldado muerto con expresión de enfado fuese la figura diabólica que recordaba.

—¿Un hombre malo? —El teniente soltó una especie de resoplido—. ¿Uk? Uk era el mejor... un hombre muy bueno. Por lo menos era un buen soldado.

—Ah —dijo Rahm—. Entiendo.

El teniente volvió a respirar más ruidosamente, dejó caer la mano y se apartó del carro.

—Rahm, quiero agradecerte que... que me hayas salvado la vida. Aunque supongo que no hay manera apropiada de agradecer estas cosas...

Rahm sonrió.

—Amigo Kire... —Fue todo lo que dijo.

Así que, finalmente, Kire volvió a hablar:

—Tengo que ir a mirar a los demás hombres, a ver a quién reconozco...

—Por supuesto.

Cuando los dos hombres echaron a andar de nuevo hacia el espacio comunal, un joven con el pelo atado atrás corrió hacia ellos.

—¿Tú eres el que llaman teniente Kire...? —Era un joven flaco de orejas grandes y manos grandes. Rahm sonrió a Qualt—. Estaba en lo de Hara y Jallet me dijo que... tu príncipe quiere verte. Entonces Hara me preguntó si yo podía...

Mientras Kire aparentaba cierta incomodidad, Qualt miró a Rahm.

—Sí, claro...

—Tú conoces la casa: es en la que te encerraron antes...

—Sí, claro —repitió el teniente con aquella voz anormalmente áspera, y echó a andar por la calle.

Cuando se hubo ido el teniente, Qualt recuperó aquella tranquila sonrisa.

—Eh, Rahm, ¡oí hablar de lo que él y tú hicisteis juntos en el espacio comunal esta mañana!

—¿Y qué hicimos que no hubiera hecho cualquiera para salvarse y salvar a un amigo?

—¡Ah, oí tantas cosas! —dijo Qualt con un movimiento de cabeza—. Fue una batalla espantosa... Eso dicen todos los que la vieron, y muchos de los que sólo oyeron hablar de ella. Veo que ofreciste a los myetranos un espectáculo y una buena pelea, ¿verdad?

Y Rahm, que no sabía nada de lo que había hecho Qualt (porque ni siquiera los Alados con los que había hablado mencionaban a Qualt por el nombre), rodeó con un grueso brazo los hombros delgados de Qualt.

—Bueno —dijo, inclinándose hacia el basurero—, si vas a hablar de esto a los viejos y viejas chismosos desde la parte trasera del carro cuando hagas el próximo reparto matutino, permíteme contarte un poco cómo fue *de verdad*. Las cosas fueron así, por si no lo sabes. ¡He estado en Hi-Vator...! —Y los dos jóvenes, mientras Rahm inclinaba la cabeza hacia Qualt y Qualt escuchaba y Rahm explicaba y gesticulaba, echaron a andar hacia el espacio comunal.

Minutos más tarde, en la misma calle lateral, Rimgia y Naä pasaron por delante del carro de Mantice. Rimgia se puso de puntillas, miró dentro y apartó la cara con gesto amargo.

—Creo que ya sé quién es aquél...

Pero hubo una sonrisa rápida que el gesto amargo no pudo impedir. Después de todo, no era otro habitante del pueblo.

—¿Quién...? —preguntó Naä. Ella también miró—. Oh... ¡es él! Bueno, ¿qué puedo decir? Adiós y hasta nunca.

—¿Naä? —Rimgia echó a andar de nuevo acompañada por Naä—. ¿No te parece raro? Ayer, la idea de lo que pasa cuando nos morimos parecía la cosa más fascinante en el mundo. Y ahora, con tantos muertos alrededor, nuestros y de ellos, parece una tontería. Tú. ¿qué piensas hoy?

Naä se encogió de hombros.

—Bueno, siempre me pareció que pensar sobre la vida era más importante que pensar sobre lo que pasa después de morirnos. Nos gusta suponer que la muerte se ocupará de sí misma. Es un poco desconcertante ver a tantas otras personas empleando tantas energías en ocuparse de ella en nuestro nombre. La vida ha sido siempre una sorpresa muy grande, y espero que la muerte sea también una sorpresa.

Eso a Ringia le pareció muy sabio. Las dos mujeres siguieron caminando en el atardecer, mirando una y otra vez hacia arriba.

La choza era oscura y caliente. A un lado de la habitación, pestañeando hoscamente, había un soldado joven con una pierna envuelta en una gruesa venda ensangrentada. Junto al fuego, la vieja tejedora levantó la mirada y después siguió revolviendo la olla encima de las crepitantes llamas. Con el vapor que salía por el borde escapaba un olor a gualteria y a algo avinagrado.

¿Algún remedio rural que, aunque amargo en la lengua e hinchador en la barriga, devolvería la vida al moribundo?

¿O quizá una poción rural que, con suerte, no hacía nada, y en el peor de los casos aceleraba el fin?

El camastro, más cerca, estaba mucho más ensangrentado; y cuando el príncipe allí tendido empezó a hablar, el joven soldado apartó la cara en una muestra de desinterés o de agotamiento.

—Ah, has venido... Eres tú, ¿verdad? No veo bien. Qué extraño... Discúlpame esta terrible falta de aliento, este jadeo... No puedo hacer más. Qué extraño es que hayamos estado tan cerca de cambiar los papeles, tú y yo. Qué poco tiempo pasó desde que, en esta misma choza, donde te teníamos encerrado, supiste que morirías en unas horas... y después en minutos... Más tarde, cuando te llevaban por el césped, sabías que ocurriría en unos momentos... y yo miraba todo con desdén. Ahora soy yo el que sabe que le quedan sólo horas... quizá ni siquiera eso. Y ahí estás tú, mirando, sin mucho que decir. Ven aquí... Acércate. Tú y yo compartimos una misión. Ay, cuando la hoja de ese muchacho entró en mi pecho, realmente sentí, más allá del dolor, mientras caía casi inconsciente, que tenía el metal dentro, contra el corazón, que tenía los latidos del corazón contra la hoja, empujando contra el filo que me tocaba y me cortaba de verdad... ¡Si sólo pudiera respirar de manera normal! ¡Ese jadeo, como el de una mujer en trabajo de parto, para acelerar mi muerte! Pero me pregunto si alguna vez sabrás lo malditamente molesto que es sentir la parte interior del cuerpo. Es lo más extraño que existe. Ese pobre çironiano loco, con el hacha... me gustó, ¿sabes? ¿Suena tan extraño decirlo? Me recordó bastante a mí mismo... a mí mismo hace mucho, mucho tiempo. ¡No me sorprendería si dentro de unos años la gente empieza a encontrarle algún parecido conmigo! Dame tu mano... No, toma la mía. Tómala... ¿La tomaste? ¡Por Kirke, ni siquiera la siento! Quizá no debería hablar contigo sino con él. Aunque lo más probable es que pueda hacer la transición... *Confío* en que pueda hacer la transición, sin mi ayuda. ¡No lo veo quedarse aquí en este pueblo mucho tiempo más... como no te veo a ti! Claro que estarán encantados de tenerlo aquí un día, una semana, un mes incluso. Pero él no podrá quedarse aquí mucho tiempo. Pronto tendrá que irse... voluntariamente, si el pueblo tiene suerte. De lo contrario, tendrán que echarlo... o matarlo: un bandido en este pueblo de mala muerte donde no se puede hablar de leyes. Porque pronto

comprenderán que albergan a la criatura más peligrosa, un joven que ha desafiado la ley más elevada, más rigurosa y más rígida; que la desafió con mutilaciones y destrucción y los asesinatos más gratuitos: he oído que diez, once, doce; trece, cuando yo muera, ¡y no le pasó nada! No, tiene que irse, aunque le lleve un mes, un año, cinco años en ponerse en marcha. La verdad es que me gustaría estar por aquí para ver lo que pasa... Acércate, acércate más. Tenemos que acercarnos más. Ni siquiera te veo el color de los ojos. Por favor, tienes que acercarte... Disculpa que te hable así, con un susurro. Pero tengo que conservar las fuerzas... aunque no sé para qué. Pero todavía... todavía siento que algo nos separa, algo como... ¿como qué? Como una gota de sangre que baja por una pared recién pintada... ¡Oh, no puedo decirte cuánto me aburre la idea de la eternidad... para no mencionar todas las estúpidas historias que siempre estamos inventando para hacerla más pasable! Un universo donde uno tiene que morir es tan poco interesante... ya sabes cómo coqueteamos con la idea de dejar entrar un poco y después un poco más de mal, para animar un poco las cosas. No, acércate. Acércate... No... este sitio, con su fétida particularidad, no tiene mucho de eterno. Quizá estemos en una de esas pequeñas culturas ignorantes donde cada tres, cinco o siete años la gente del pueblo hace un viaje a los bosques con la esperanza de volverse un poco menos pueblerina. Bueno, creo que eso es lo que tú probablemente necesites ahora. No fuiste un buen oficial. Pero quizá llegues a ser todavía un buen hombre. Pienso que te gustaría ser cierto tipo de hombre... incluso, sí, me atrevo a decirlo, un hombre bueno. Pero, no, ahora no lo eres. Al menos no lo eres todavía. Pregúntale a aquel muchacho que está al otro lado de la habitación. O a cualquiera de los del sótano del edificio del consejo. ¡Pero para ser el hombre que quieres ser, tienes que luchar con pasión, con brutalidad, a ciegas, y no esperar ningún agradecimiento! Significa, sí, que haces lo que te parece justo... Yo siempre he intentado hacer lo que era justo. Pero aprendí hace tiempo que el justo ocupa una posición brutal, cruel e ingrata. ¡Ah... ojalá pudiera verte con más claridad! Si luchas de esa manera, tus amigos te criticarán, te llamarán idiota como te he llamado yo. Pero fuera de unos pocos y desgraciados momentos, siempre me he considerado tu amigo. Las cosas que te llevaron a odiarme las hice sólo para asustarte, para despertarte, para hacer que fueras tú mismo... y ahora te ríes con amargura, diciendo: *¡Sí, por eso me condenó a muerte!* Bueno, espero que cultives aquello que te criticamos. Ése eres tú. Y prométeme... prométeme que lucharás para ser la persona que estás tan cerca de ser pero de la que al mismo tiempo estás tan lejos. No es una gran promesa; pero quiero que esa promesa caiga como una afilada espada entre tú y tu futura certeza de que finalmente lo has conseguido. Porque entonces, mi amigo, estarás en mi posición... te lo prometo. Así que tú y yo tenemos promesas que intercambiar. Ah, me encantaría poder prometerte algo más... algo más que lo simplemente inevitable. Acércate más, por favor... apriétame la mano con más fuerza. No dejes que nada nos separe... no en este momento. Permíteme hacer esto. Permíteme... No te siento nada. ¡Más fuerte! ¿Un poco más fuerte? ¡Oh...! —El

príncipe hizo un súbito esfuerzo por llenarse de aire las arruinadas costillas, que no respondieron. Y otro. Entonces susurró—: ¡Va a *suced*er! Va a...

Durante unos momentos de ahogo, detrás de la barba, aquella cara adquirió una expresión de apenada sorpresa que, poco a poco, se fue calmando hasta que la cabeza cayó hacia un lado. Las burbujas de espuma roja en la comisura de los labios estallaron contra el pelo de la barba. No había más respiración junto al fuego, la tejedora golpeó con la cuchara de mango largo el borde del caldero y levantó la mirada. Una espalda desnuda, con las pequeñas y afiladas vértebras encorvadas hacia la habitación: el joven soldado suspiró, pero ni siquiera echó una mirada alrededor.

Por el espacio comunal andaba un perro haciendo cabriolas, ladrando, y cuando pasó a su lado Rahm se volvió y, jocosamente, le gritó:

—¡Vamos... basta ya, Ratón!

Una niña que estaba cerca se volvió y declaró:

—¡No se llama Ratón, y tú lo sabes, Rahm!

Los dos se echaron a reír: la risa de la niña fue un sonido breve y agudo, como una sola nota de los ladridos del perro, y Rahm soltó una carcajada estentórea, sacudiendo la cabeza, agitando los brazos, batiendo palmas, desternillándose primero con una risa fuerte, después aguda, después grave, que lo hizo trastabillar tres, cuatro, cinco pasos hasta que, por un incómodo instante, pareció un hombre con una criatura aferrada a los hombros de la que trataba de desprenderse.

Sentado de nuevo en el borde de la madera oscurecida, Kire miró a su histérico salvador como si el propio Kire estuviera a centenares de metros por encima y Rahm, el perro y la niña estuvieran en el suelo. Su milagroso rescate al amanecer había catapultado a Kire a alguna altitud desde la que, como un hombre asustado de las alturas, no podía apreciar el paisaje a causa del vértigo. Kire estaba *todavía* intentando recordar los nombres de los muertos de su unidad... tristemente consciente de que ahora, de verdad, sólo podía recordar a uno:

Nactor, allá en la choza. También estaba, por supuesto, su corpulento guardia en el carro. Y ¿cómo se llamaba aquel amigo pequeño del guardia, el de los hombros pecosos, un soldado que —Kire lo sabía— había muerto al comienzo de la operación, pero a quien en ese momento no podía adjudicar ni una cara ni un nombre? De algún modo, lo que le había pasado lo había metido tanto en la vida que se le pegaba poca muerte, ante la que él se sentía torpe, incómodo e inepto.

Con el voluminoso cuerpo todavía perdido en la risa, Rahm volvió a mirar al myetrano sentado. Kire parecía ausente, con ojos verdes, distantes. De algún modo, la ropa oscura, con la piel del puma encima, se le había desacomodado. Lo llamo «amigo», pensó Rahm. Los dos nos hemos ayudado; pero no lo conozco en absoluto. Y Rahm se alegró de que los restos de la risa le alejasen de la cara los pensamientos incómodos.

El día de la llegada de los Alados y la derrota de los myetranos fue un día de asombro, asombro que se extendió desde el vertedero del pueblo, adonde Qualt llevó finalmente su propio carro con cestas de cortezas amarillas y plumas de gallina y cáscaras de huevo y atravesó la grava y descargó todo en el precipicio del barranco, en aquel abismo húmedo y humeante; asombro que se extendió por el espacio comunal en el centro del pueblo, donde los puestos del mercado gastaron el césped frente al edificio del consejo, adonde la mayoría de las mujeres y muchos de los hombres mencionados en estos capítulos fueron a caminar, a observar y a comerciar; asombro que se extendió a los campos de caña y de cereales y de coles de la periferia, en uno de los cuales estaba Gargula, hundido hasta las rodillas entre las plantas, al lado del arado, frotándose la nariz y no muy preparado para trabajar, porque ese día había sacado la mula de Tenuk del cobertizo de techo de paja, le había dado comida y agua y la había llevado al campo sin preguntar a nadie... porque no había nadie a quien preguntar; y toda esa silenciosa operación lo había dejado con una lengua demasiado pesada para hablar.

El asombro y el misterio, como lo recordarían los niños del pueblo, era que por todas partes, en la tierra y cada vez con más frecuencia en el aire, se movían las grandes formas, como sombras fugaces, torpes en la tierra y llenas de gracia en el cielo, con las orejas traslúcidas ladeadas a la izquierda o a la derecha para oír aparentemente todo, con los ojos fijos (parecía) durante mucho tiempo. Así, como habían hecho Naä y Rimgia, todos caminaban por las calles —o por el espacio comunal o por el vertedero o por los campos— levantando todo el tiempo la mirada.

Allí en el barranco, Qualt golpeó el fondo de la última cesta, la dio vuelta para mirar por dentro aquellas tablillas apestosas y después la arrastró a su espalda, raspando las piedras, hacia la otra docena de personas, y levantó la mirada en el momento en que Rimgia entraba en el claro que rodeaba tanto su choza como su patio lleno de cosas raras, torpes y rotas.

La muchacha caminaba pensativa, y miró hacia arriba con tranquilidad: una docena de Alados volaba en círculos sobre el barranco.

¿Hemos dicho que Qualt, antes de la llegada de los myetranos, había sido durante algún tiempo el joven más respetado del pueblo? En un pueblo como aquél, el basurero sabe más lo que se cuece que cualquier otra persona. Como basurero, se esperaba que Qualt no sólo supiera todo eso sino que lo estudiara y registrara cualquier cosa de interés relacionada con la profesión, cosa que hacía con gran diligencia dos o tres noches a la semana, usando pergaminos. Era Qualt, y no Rahm, quien de niño había importunado al viejo Ienbar para que le enseñara su sistema de escritura. Mientras lo aprendía, hacía años, Qualt había copiado, varias veces, casi todos los rollos funerarios guardados en la choza de Ienbar (todavía tenía esos ejercicios tempranos en baúles amontonados debajo de las mantas de casamiento de su abuela, en la habitación de depósito trasera), y en él recaería pronto la tarea de

reconstruirlos. Los chistes de Hara con Rahm acerca de un posible lugar entre los ancianos del consejo era un gesto pensado para que el joven se sintiera bien. Los chistes de Hara sobre Qualt, aunque seguían la misma forma, eran señales de una conclusión precedente del consejo general de Çiron: que el delgado joven ocuparía el primer asiento que quedase vacante, y que sería el «anciano» más joven.

Durante las semanas siguientes, a medida que iban tomando conciencia de sus diversos logros durante el sitio de los myetranos (desde la recolección de información y la ayuda a Naä hasta lo del agua de, los prisioneros, los múltiples lanzamientos de basura y, finalmente, el propio viaje nocturno a Hi-Vator), los vecinos convertirían a ese joven modesto en un verdadero héroe del pueblo, y la gran estima que ya le tenían lo elevaría a la categoría de estrella. Lo que Rahm y Naä habían hecho serviría para nutrir canciones. Pero lo que Qualt había hecho serviría finalmente para nutrir un mito.

Pero en ese momento ni Qualt ni Rimgia sabían nada de la reputación heroica que se iban forjando. En ese momento, Qualt estaba malhumorado por que una hora antes había tenido que llevar el carro de la basura, junto con otros diez carros (acompañado por Mantice y Brumer y algunos más), cargados de una pila tan alta de cadáveres que de vez en cuando se caían uno o dos —tanto de soldados como de lugareños—, y arrojar el contenido en una parte del barranco que, años atrás, le había enseñado su predecesor en el vertedero: el sitio más seguro para poner cadáveres cuando, a causa de una catástrofe natural o provocada por el hombre, el número de muertos excediese lo que razonablemente podía admitir el prado funerario.

Siempre tenía presentes el hecho y el sitio, pero ésa era la primera vez que tenía que usarlo. Rimgia fue caminando hacia donde estaba Qualt. Tres días antes había querido hacer que sus preguntas fueran interesantes para Naä; pero en realidad su deseo era llevar las respuestas más interesantes a Qualt. Sin embargo, como ya le había explicado a Naä hacía sólo un rato, ahora, tras la violencia, esas respuestas parecían de algún modo intrascendentes, así que había ido sintiéndose extrañamente vacía... pero había ido igual.

Entre los dedos hacía girar el tallo de una flor de pétalos amarillos que había pensado mostrarle; pero entonces, como eso le pareció muy infantil, la tiró en el camino. Y Qualt, que había visto cómo quemaban a su padre en el espacio comunal dos noches antes y pensaba en su dolor, la miró con seriedad y dijo:

—¿Quieres entrar? Estoy calentando un poco de caldo... Le he echado el tuétano de media docena de huesos de cerdo.

Rimgia se metió en la curva del brazo delgado que él le ofrecía, y caminaron entre la extraña basura que poblaba el patio. Los Alados que volaban allá arriba proyectaban unas sombras que se acercaban y se alejaban de ellos; al llegar a la colgadura de la puerta, ella se volvió y levantó la mirada, moviendo los hombros debajo de la presión de aquella mano, que él aflojó sin apartarla.

—Qualt, ¿no te parece raro? —dijo ella—. Los alados nos salvaron; salvaron

nuestro pueblo. Resultaron ser valientes y maravillosos y generosos. Sin embargo, siempre se nos enseñó a temerlos; y ahora parece no había ninguna razón para esa actitud. Quizá durante todo este tiempo podríamos haber sido amigos de ellos, y haber aprendido de ellos y haber disfrutando de sus costumbres y de sus maravillas mientras ellos se beneficiaban de las nuestras. Eso ¿no nos hace parecer un pueblo pequeño, de mentalidad *muy* estrecha?

—Quizá —dijo Qualt, pensativo, apretando el hombro de Rimgia con aquella mano dura y grande, enfundada en el guante de mugre casi permanente.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó ella, mirando hacia arriba, a él y a los tres (después tres más) Alados que atravesaban el espacio luminoso entre el pelo rizado y largo de Qualt y el borde del tejado.

—Quizá —dijo él—. Pero podría haber todavía razones para temerlos.

—¿Para temerlos? ¿A los Alados... que nos salvaron? Pero ¿por qué?

Qualt aspiró hondo, apretó de nuevo el hombro de Rimgia y miró despacio las figuras voladoras que los rodeaban.

—Quizá sea algo insignificante, pero cuando ocurrió me asusté. Había un Alado que estaba conmigo y a quien yo consideraba un amigo. Y cuando los alados bajaron respondiendo a nuestro pedido y vencieron, y todos los soldados se hubieron rendido, él estaba con nosotros mientras encerrábamos a los myetranos en el corral de alambre trenzado donde habían estado encarcelados antes algunos de los nuestros. Yo había metido allí soldados y oficiales. Y entonces mi amigo alado llamó a través de los alambres a uno de los oficiales que había allí dentro, todo de negro, con la capucha todavía puesta, con aquella capa que bajaba recta hasta lamer la tierra... En realidad, lo único que permitía saber su condición de prisionero era que su portafusil estaba vacío; yo le había sacado el arma y se la había roto. Bueno, el Alado preguntó: *¿Te gusta ser prisionero? ¿No te convendría estar libre? ¿Y no te gustaría volar, salir de esta jaula, liberarte de las cadenas de la propia tierra?* Siguió provocándolo con aquella vocecita. Entonces, de tres aletazos, se elevó y bajó dentro de la jaula. Al oficial: *¿No le gustaría subir a mi espalda, rodearme el cuello con un brazo y aferrarse a mi hombro?* Yo estaba fuera, sonriendo como un niño, mirando y deseando ser yo el invitado a hacer ese viaje, dispuesto a ocupar su lugar. Creo que al principio el oficial tuvo miedo; y los otros soldados que había dentro del corral bajaron la mirada. Pero finalmente, quizá porque también temía no hacerlo, el funcionario se adelantó y rodeó con los brazos el cuello del Alado; y con unos golpes de aquellas grandes alas, haciendo girar en el aire tanto las hojas que estaban por dentro como las que estaban por fuera de la cerca, se elevaron en medio del remolino, y después quedaron por encima, y después por encima del propio corral, subiendo en el cielo, más y más altos, hacia el sol. En menos de un minuto eran tan pequeños como un pájaro, y volaban hacia aquí y hacia allá, contra la ardiente blancura del cielo. Debido a la escala, resultaba difícil saber qué estaba pasando; pero recuerdo que al mirarlos, las vueltas para atrás y para adelante de aquel Alado eran sumamente

rápidas, impresionantemente rápidas, más rápidas de lo que jamás había visto hacer a un Alado: una polilla delante de un fuego, una flecha que iba y venía por delante del sol. Entonces comprendí que la velocidad no era lo que parecía, sino que... pues la capa del oficial se abría y se hinchaba y aleteaba y ondeaba, como si fuera una tercera ala. El oficial ¿habría intentado estrangular al Alado en pleno vuelo? ¡Pues el Alado, comprendí, intentaba desprenderse del hombre y soltarlo! ¡Volaba de lado, se zambullía de cabeza y después giraba y se elevaba y volaba boca arriba! ¡Parecía que la capa del oficial se había vuelto loca! ¡En no más de treinta segundos vi que el hombre se soltaba... y caía!

»Durante los primeros momentos de esa caída, pensé si mi amigo descendería por debajo de él para agarrarlo. Pero se alejó volando. Entonces me pregunté si el hombre podría abrir aquella capa y usarla, de algún modo, para volar... pero no. Se cerró en el aire, sobre él, por encima de la cabeza. Bajó como una flecha y aterrizó entre los árboles, a unos cien metros.

»Cuando volvió mi compañero, yo todavía estaba seguro de que recibiría una explicación... que había ocurrido algo durante el vuelo; pero no: ya en el suelo, aquel tipo corpulento se rió y se ufanó y se jactó ante nosotros y todos sus compañeros de la excelente broma que acababa de hacer; a algunos les pareció una broma, y a algunos no.

»Pero ¿por qué...?, le pregunté finalmente. ¿Por qué lo hiciste?

»Ladeó la cabeza y dijo: *¡Llevaba una capa, como el que me quemó el ala con el maldito fusil de energía!*

»Pero quizá no había sido él, le dije. *Todos los funcionarios llevan capa. No se puede reemplazar a una persona así, porque sí...*

»Pero él encogió aquellos inmensos hombros. *Bueno, no estaba dispuesto a ser una hembra condenada a andar por el suelo, cojeando con una sola ala y contando sólo con la ayuda de la santidad. ¿Por qué no reemplazar a uno por el otro? ¿Acaso no azotaron al azar a cuatro personas por la travesura que tú y yo hicimos? Ah, entiendo, prosiguió, lo oigo en tu voz. Como todos los demás... en mi pueblo: Tú ya no eres mi amigo... Ya no me quieres. Desapruebas lo que hago. Tienes miedo. Bueno, no había motivos para pensar otra cosa. Ya encontraré a alguna otra persona con quien jugar.* Después abrió las grandes alas, con todas aquellas cicatrices, y las agitó bajo el sol; y las batió y se alejó volando.

»Pero fue entonces cuando tuve miedo.

Rimgia se estremeció.

—¡Eso es terrible! —Y después de estremecerse le miró la cara y pensó qué sensible e inteligente era, con aquellas manos y aquellos pies maravillosos—. ¡Si querías hacer algo así, lo mejor sería usar una de sus armas terribles y sencillamente dispararles a través de la valla!

—Mmmm —dijo Qualt. Pero no quedó claro si quería decir que estaba de acuerdo con ella o que simplemente la había oído—. Después... —Las sombras alrededor de

ellos se volvieron más pequeñas y más oscuras, más grandes y más pálidas— yo y algunos de los otros fuimos a mirar al myetrano que había caído entre los árboles. Había arrastrado consigo muchas ramas... y pusimos el cuerpo en un carro. —Las sombras se movían sin parar—. Al volver ordené que abriesen el corral; y dije a los soldados que había dentro que se fueran... después de todo era el corral que estaba a mi cargo; decidí eso porque ¿qué íbamos a hacer con ellos? Y hoscamente, se fueron.

—*Mmmm* —dijo ahora Rimgia, aunque era tan difícil saber lo que quería decir como cuando Qualt había dicho lo mismo. Y entonces, porque para eso precisamente había ido a buscarlo allí al patio, añadió—: Qualt, me gustas... me gustas mucho. ¿Yo te gusto?

—Sí, bueno... Sí... ¡Sí! —barbotó Qualt, apartándose de ella para mirarla sorprendido y acercándose para abrazarla con fuerza.

Rimgia miró las criaturas voladoras que iban y venían, subían y bajaban.

—Quizá no son como nosotros —dijo—. Quizá son diferentes.

—Son valientes y maravillosos y generosos —dijo Qualt, con prudencia—. Salvaron nuestro pueblo... Él hizo tantas cosas por mí. Era mi amigo... *todavía* es mi amigo. Pero hacen cosas que me asustan mucho por su diferencia, y quizá por eso les tenemos todavía un poco de miedo. Pero entra, Rimgia... —Dio media vuelta con ella y empujó la colgadura de la puerta—. Tengo que decirte algo, preguntarte algo...

—¿Qué es? —Y Rimgia entró con él.

Gargula seguía en el campo. Varias veces, dándose cuenta de la hora, la mula de Tenuk había dado media vuelta para regresar; pero Gargula la contuvo, a veces con un tirón, quedándose hasta más tarde sobre todo por la razón de que había empezado tarde.

La primera noche en el espacio comunal donde Rimgia había perdido al padre, Gargula había visto cómo quemaban a una hermana mayor que detestaba, hasta que, gritando, había caído muerta entre muchos otros que también gritaban... y miró cómo sus propios amigos pisoteaban a una tía a quien había querido mucho más que a su madre. Como Rahm, Gargula había pasado la noche en el fétido y contaminado sótano de la casa del consejo que, de muchacho, había ayudado a construir. Al quedar en libertad había llevado la mula del muerto Tenuk al campo —él era el único hombre que había salido ese día a los campos—, buscando algo. Pero como los monótonos surcos no se lo daban, podría haber seguido arando en la oscuridad hasta el amanecer.

Sin embargo, lo que lo detuvo fue... bueno, fue la música. Pero también era un trueno. Un martillo del tamaño de una casa golpeando entre montañas de metal podría haber producido esas notas. Entonces se les unió una voz, pero una voz como si el propio cielo se abriera y empezara a cantar... ¿o *cantaba* de veras?

La mula se detuvo, y después Gargula.

Antes de que acabara, incomprensible dentro de su propio rugido, la frase se

derrumbó transformándose en una carcajada... pero una carcajada como si la tierra entera se hubiera vuelto mujer y estuviera riéndose. Finalmente apareció una voz, con palabras reconocibles:

¡Oh, querido...! ¡No, mi voz suena *horrible*, Rahm!
¡Creo que después de todo no fue una buena idea!
espera un minuto, por favor.
déjame desconectar esta cosa...

El campo zumbaba alrededor de Gargula.

Entonces, por algún motivo (no como un hombre que había recibido lo que necesitaba, sino como alguien a quien cierto hecho sorprendente había informado que donde buscaba no encontraría lo que andaba buscando), desenganchó el arado y, mientras la mula movía una oreja color pizarra, echó a andar con el animal hacia el pueblo.

Hacia el oeste el cielo era una pared añil, detrás de montañas cuyas crestas eran láminas arrugadas de plata y cobre. Hacia el este, sobre la silueta lejana de los árboles, había capas de color morado y salmón, separadas por rayas del frío color de las llamas... ante las que ondulaban y ardían unas nubes doradas. Arriba, en la bóveda celeste, formando una niebla amarillenta, diminutos como insectos, los Alados giraban y, uno tras otro, volaban hacia las rocas.

Gargula llevó la mula de Tenuk hasta el camino. Mientras iba por debajo de las hojas de los robles oyó la voz de la cantante, armonizando con las notas del arpa. Se había reunido un grupo junto al pozo: varios jóvenes del pueblo que eran amigos. Allí estaban Rimgia y Abrid y Qualt. Aunque no podía verla, Naä estaba con seguridad sentada en el centro, en la pared del pozo, cantando, tocando.

Cuando miró a los oyentes, Gargula vio que Rahm tenía ahora el pelo trenzado sobre la espalda, de la manera que supuestamente lo debía tener después de un vagabundeo. Las cosas, pensó Gargula, estaban finalmente volviendo a la normalidad.

Y a pesar del peso que sentía en la parte trasera de la lengua, que durante todo el día la había vuelto demasiado pesada para hablar, final y sorprendentemente tragó saliva. (Por el espacio comunal, con las túnicas tejidas, avanzaba una hilera de ancianos rumbo a la puerta de madera del edificio del consejo para la reunión especial de esa tarde.) Gargula iba pestañeando por el camino mientras sorteaba las ramas que colgaban de los árboles, de manera que sólo vio al funcionario myetrano cuando estaba a tres pasos, con el portafusil abrochado sobre la empuñadura del arma y con la piel del puma atada alrededor de los hombros negros.

Sin un solo movimiento de cabeza, el teniente se cruzó con el hombre y la mula, rumbo al sureste, con el fuego del sol en los párpados y los dientes descubiertos del puma, en el pelo de bronce y en la mejilla morena, un fuego que lo hizo parpadear...

de modo que Gargula, al volverse para mirar a Kire, ni siquiera le vio el color de los ojos.

*Nueva York/Amherst
Junio de 1962 - Junio de 1992*

RUINAS (1962)

El relámpago descargó un latigazo en la oscuridad, dejándole una cicatriz luminosa.

Clikit corrió hacia la abertura, se agachó, cayó y aterrizó sobre el polvo. Afuera, la lluvia empezaba a caer con gotas pesadas, rápidas y grandes. Sacudió la cabeza, se arrodilló y se apartó el pelo pálido de la frente. Tenso, preparado, trató de sentir olores y brisas como imaginaba que los sentiría un animal.

Había olor a tierra mojada.

El aire estaba caliente e inmóvil.

Parpadeando, se frotó las mejillas con manos ásperas, y las apartó cuando el dolor en el maxilar superior, encima de aquella muela trasera rota, le llegó a la cabeza. En los rincones asomó una luz débil. Clikit se masajeó un hombro harapiento. Entrevió una columna rota y un revoque destrozado.

A sus espaldas, rugía el torrente de verano.

Intentó quitarse el miedo, y echó a andar hacia adelante. Por encima del rugido llegaban unos chasquidos como de piedras que se rompían. Se puso en cuclillas, y sintió cómo se le tensaban los tendones de la pierna. Las piedras seguían desmoronándose. Debajo de la planta del pie notó arena y pequeños guijarros: hacía horas que había perdido una sandalia. Pisó de nuevo, y sintió que el suelo debajo del pie descalzo se convertía en losa. La tira de la otra sandalia casi se había gastado del todo. Sabía que no le duraría mucho tiempo... si no dejaba de forzar el cuero en el sitio más débil y la ataba de nuevo. Clikit llegó a la pared y miró alrededor con cautela, buscando la luz.

Arriba, por un marco roto, una ventana azul dejaba pasar un resplandor azul rojizo. Los cristales luminosos estaban sujetos con tiras de plomo que dibujaban un cuervo graznando.

Clikit se puso tenso. Pero por encima del miedo, sonrió. Así que se había refugiado en uno de los templos en ruinas de Kirke, dios oriental de Myetra. Bueno, al menos estaba viajando en la dirección correcta. Hacia Myetra había partido hacía innumerables días, si no semanas.

En un rincón había caído el techo. El agua cubría la pared con rayas de cal en el borde. Sobre la losa había un charco que crecía, avanzando hacia la luz azul. Al mirar allí abajo el reflejo del techo en ruinas, se preguntó dónde estaría el origen de la luz, pues aparte de los relámpagos, afuera estaba oscuro.

Fue hasta el final roto de la pared y miró detrás buscando la fuente de luz... y contuvo el aliento. Centrado sobre arena blanca, ardía un brasero de bronce con una llama que no titilaba. Amontonados alrededor de aquellos ornamentados pies, había rubíes, cadenas de oro, hojas repujadas con esmeraldas incrustadas, coronas de plata cuajadas de zafiros y amatistas. Cada músculo del cuerpo de Clikit empezó a temblar.

Cada átomo de su alma salvaje se estremeció chocando contra el vecino. Habría corrido y sacado puñados de gemas y huido hacia la noche húmeda y feroz si no fuera por la figura que vio en la puerta de enfrente.

Era una mujer.

A través de los velos blancos vio las puntas de rubí de aquellos pezones, y después el movimiento de aquellas caderas mientras ella se adelantaba hacia la arena, dejando unas magníficas huellas.

Tenía el pelo negro. Los ojos azules.

—¿Quién eres, extranjero?

Y la cara...

—Soy Klikit... ¡Un ladrón, señora! Sí, robo para vivir. ¡Lo admito! Pero no soy un ladrón muy bueno. Quiero decir que soy muy malo... —Algo en la expresión que abrazaba aquellos pómulos altos, que hacía equilibrio sobre aquella barbilla ligeramente hendida, lo alentaba a contarle todo sobre sí mismo—. Pero no es necesario que me tenga miedo, señora. ¡No, de verdad! ¿Quién es...?

—Soy una sacerdotisa de Kirke. ¿Qué buscas aquí, Klikit?

—Estaba... —Cubierto de polvo y harapiento, Klikit se irguió hasta alcanzar su metro cuarenta y siete—. Estaba admirando sus joyas.

La mujer se echó a reír. Y Klikit se maravilló de que una boca pudiera adoptar la forma necesaria para producir un sonido tan delicado. En su cara sin afeitar brotó una sonrisa, toda asombro y confusión e imitación inconsciente.

—Esas joyas no son nada comparadas con el verdadero tesoro de este templo —dijo la mujer, apuntando hacia ellas con una mano delgada, de uñas tan bien limadas y cuidadas que Klikit tuvo el impulso de esconder sus dedos anchos y cortos debajo de la mugrienta capa.

Los ojos de Klikit saltaban entre la fortuna apilada delante (¡y al lado!, ¡y detrás!), y la mujer que hablaba de todo aquello de manera tan despectiva. En el pelo de ébano, aunque la luz del brasero no parpadeaba, danzaban unos azules interiores.

—¿De dónde eres? —preguntó la mujer—. ¿Adónde vas? ¿Y te gustaría ver el verdadero tesoro del templo?

—Soy sólo un pobre ladrón, señora. Pero hace días que no robo nada. Vivo de los bolsillos de los ricos que se pasean por los mercados de Voydrir, o de lo que encuentro no atado en los muelles de Lehryard, o de lo que dejan en los jardines de los prósperos barrios de Jawahlo. Pero últimamente he oído hablar de la riqueza de Myetra. Pensé que tenía que viajar para verlo con mis ojos...

—Estás muy cerca de Myetra, pequeño ladrón. Distraídamente, la mujer levantó una mano, uniendo las puntas del pulgar y el índice como si tuviera allí algo tan fino y traslúcido como la ropa que llevaba puesta.

Y el sucio Klikit pensó: Lo que tiene entre los dedos es mi vida, mi felicidad, mi futuro: todo lo que quise o todo lo que pude querer jamás.

—Debes de estar cansado —prosiguió la mujer, bajando la mano—. Has hecho un

largo viaje. Te proporcionaré comida y descanso; además, te mostraré nuestro verdadero tesoro. ¿Te gustaría verlo?

A Klikit casi siempre le dolían las muelas, y esa mañana había descubierto que uno de los dientes (junto al espacio dejado por el que se le había caído hacía solo un mes) estaba bastante flojo como para moverlo con la lengua. Endureció el maxilar, tragó saliva y abrió de nuevo la boca.

—Es usted... muy amable —dijo, apoyando dos dedos en el agarrotado músculo de la mandíbula, soltando lágrimas de dolor—. Ojalá tenga el talento necesario para apreciarlo.

—Entonces, sígueme...

La mujer dio media vuelta con una sonrisa que él desesperadamente quería ver de nuevo, para fijarse si era burlona o espléndida. Lo que recordaba, mientras andaba detrás, era que había en ella una exasperante ambigüedad.

Entonces miró las huellas. El miedo le produjo un escalofrío. Por debajo del vestido habían asomado dedos de alabastro y talones rosados. Pero las huellas en la arena blanca no eran de pies de carne. Miró aquel dibujo: ¿serían las garras de algún pájaro grande? ¡No, eran de hueso! ¡La huella de un esqueleto!

Klikit se inclinó sobre aquella marca parecida a una garra y pensó rápida e inútilmente. Si se ponía a buscar por el borde de las paredes guijarros y piedras y pedazos de revoque caídos, ella seguramente lo vería. Enseguida metió un puñado de arena, y otro, y otro en la capa; después unió los bordes, formando con ella un garrote, que guardó contra la espalda. Al llegar a otro arco, la mujer se volvió y le hizo señas de que la siguiese: él temblaba tanto que no vio si ella sonreía o no. Klikit se apresuró, con las manos en la espalda, apretando la pesada carga de arena.

Cuando atravesaba el alto umbral se preguntó para qué le serviría aquella porra si la mujer era realmente un fantasma o una bruja.

Al entrar, otro brasero alumbraba la sala con una llama azul. Klikit siguió avanzando, decidido por lo menos a intentarlo. Pero cuando llegó junto a ella, la mujer, sin detenerse, miró por encima del hombro.

—El verdadero tesoro de este templo no son las joyas, que valen tan poco como la arena esparcida por la losa. Ante el verdadero premio oculto en estas salas, dejarás de pensar en ellas... —En la cara de la mujer no había ninguna sonrisa. Era más bien una expresión de intensa súplica. La luz azul le volvía luminosos los ojos—. Dime, Klikit... dime, pequeño ladrón... ¿qué te gustaría más que todas las joyas del mundo? —Al doblar una curva en el pasaje, la luz adquirió un tinte rojizo—. ¿Qué te gustaría más que dinero, buena comida, excelente ropa, un castillo con esclavos...?

Klikit logró formar una sonrisa desdentada.

—¡Poco hay que prefiera a una buena comida, señora!

Una de sus más frecuentes mentiras. Había pocos alimentos que pudiera masticar sin dar comienzo a minutos de agonía, y era así desde hacía tanto tiempo que ahora la idea de comer era para él irritante, inevitable y horrible.

Una insinuación de aquella sonrisa.

—¿De veras tienes tanta hambre, Klikit...?

Desde luego que no. Con la llegada del miedo, su apetito, siempre inoportuno, había desaparecido.

—Tengo tanta hambre que me comería un oso —mintió, apretando la capa rellena de arena. La mujer apartó la mirada.

Él estaba a punto de descargarle el golpe, pero la mujer se volvió al llegar a otro arco y lo miró. Klikit la siguió, tropezando. Sentía las rodillas como si se le hubieran aflojado las articulaciones de una manera rara. Bajo aquella extraña luz amarilla, la cara de la mujer parecía más vieja. Las arrugas del temperamento parecían más arrugas de vejez.

—El tesoro de este templo, el verdadero tesoro, es algo eterno, mortal e imperecedero, algo que muchos han buscado y que pocos han encontrado.

—Eh... ¿qué es?

—El amor —dijo la mujer, y la sonrisa, antes de que él pudiera decidir qué motivación tenía, se le desmoronó en la cara, transformándose en risa. Volvió a alejarse de él. Klikit recordó otra vez que tenía que levantar el atado de arena por encima de su propia cabeza calva y descargarla en la espalda de ella... pero ella bajaba en ese momento por una escalera estrecha—. Sígueme.

Y otra vez estaba muy lejos...

En los rellanos, unos trípodes daban una luz verde, después roja, después blanca... con aquel resplandor inmóvil. El descenso, largo y enroscado y largo otra vez, era hipnótico.

La mujer entró en una sala de luz ámbar.

—Por aquí...

—¿A qué se refiere con eso del... amor? —le preguntó Klikit.

Cuando ella miró hacia atrás, Klikit pensó: ¿Es esa luz, o la piel de ella conserva el tono amarillento de la luz que acabamos de pasar más arriba?

—Me refiero a algo que pocos expresan con la palabra, aunque se esconde detrás de lo que quieren todos los hombres que lo buscan. Me refiero a un estado que es eterno, inmutable, imperturbable incluso por la muerte...

La última palabra no fue el fin de la frase. Aquellos puntos suspensivos se integraron con el sonido de la lluvia que silbaba a través de un techo roto en algún pasillo superior.

¡Ahora!, pensó él. ¡Ahora! ¡O no encontraré nunca más la salida! Pero la mujer se volvió de nuevo al llegar a otro arco, y la decisión de Klikit volvió a ablandarse. Estaba cerca. Estaba lejos. Lo miraba. Le daba la espalda. Klikit tropezó mientras avanzaba por el túnel estrecho, de cielo raso bajo y casi sin luz. Entonces apareció una luz verde en alguna parte...

Un diluvio de luz verde...

La mujer se volvió una vez más.

—¿Qué harías con semejante tesoro? Imagínalo alrededor, dentro, fuera, como un roce al principio tan doloroso que piensas que te abrasa la carne sobre los huesos pero que pronto, comprendes, tras años y años de sufrirlo, es la primera vez que llevas una existencia sin dolor...

La luz verde la hacía parecer... más vieja, mucho más vieja. La sonrisa se había vuelto una caricatura. Los labios, antes levemente separados, se arrugaban ahora sobre los dientes.

—Imagina —y la voz le recordó a Klikit el sonido de arena molida en una tela vieja— una unión con una mujer tan omnisciente que puede llevar tu mente a una realización perfecta, a una paz perfecta. Imagina el viaje con ella por los corredores de la noche, hacia el misterioso corazón del tiempo, donde un fuego puro te acunará con brazos oscuros, donde la vida es un recuerdo del mal y al mismo tiempo ni siquiera un recuerdo... —La mujer le dio la espalda; el pelo le caía sobre los hombros descarnados como hilos negros sobre una piedra—. Te llevará por los corredores de la pena, donde no hay hambre humana, ni dolor humano, sólo la interminable desolación de un solo grito, sin origen ni fin. Será tu principio y tu fin; y los dos compartiréis una intimidad más perfecta de la que puede soportar la mente o el cuerpo...

Klikit recordó la carga que llevaba apretada contra la espalda. ¿Era más liviana? Parecía más liviana. El cerebro le flotaba dentro del cráneo, chocando de vez en cuando contra las puertas de la percepción de los ojos o de los oídos.

—... y que lleva a la comprensión perfecta del corazón del caos, una mujer tan vieja que nunca tendrá que pensar en el dolor, ni en la concisión, ni en la vida...

La palabra lo perforó como el colmillo de un ratón.

Klikit levantó la capa que llevaba detrás y la echó encima del hombro con antebrazos acalambrados. Pero en ese instante la mujer se volvió para encararlo. ¿Encararlo...? ¡Aquello no era una cara! Bajo la luz azul, en aquel hueso pelado no había más que unas cavidades oscuras. Velos hechos jirones colgaban por delante de unas costillas vacías. Ella alargó la mano y entre hueso y hueso le agarró con suavidad el borde de los andrajos. ¿Vacía?

¡La capa estaba vacía! La arena se había escurrido por algún agujero en la tela.

Luchando por llegar a la superficie de los sentidos, Klikit tiró, giró y echó a correr por el pasillo. La risa lo perseguía, rebotando alrededor en las piedras húmedas.

—Vuelve aquí, mi pequeño ladrón. Nunca escaparás. Casi he cerrado la mano sobre tu corazón. Has llegado demasiado lejos... hacia el centro... —Al doblar una curva, Klikit se tambaleó contra un trípode que se volcó con gran estrépito. La luz constante empezó a parpadear—. Volverás a mí...

Klikit se arrojó contra la pared, y como por algún motivo las piernas no le respondían como quería, se impulsó sobre las piedras con las manos. Y se oía un sonido de lluvia o de risa.

Y el parpadeo luminoso se fue debilitando.

Una vieja alta lo encontró al amanecer del día siguiente acurrucado junto a la puerta de su choza.

Mojado y temblando, se aferraba los pies desnudos con dedos gruesos y sucios, farfullando de vez en cuando algo acerca de la tira de la sandalia: se le había roto en algún lugar del corredor de piedra. Por debajo de una maraña de pelos sucios y ralos, aquella mirada gris subió despacio hasta la mujer alta.

Primero ella le dijo que se fuera, bruscamente, varias veces. Después se mordió el labio inferior y lo miró un rato. Finalmente regresó a la choza y unos minutos más tarde salió con un cuenco rojo de barro lleno de caldo. Después de beberlo, las palabras del hombre se volvieron un poco más coherentes. En un momento en que él se interrumpió de pronto después de, toda una docena de frases a las que ella había encontrado cierto sentido, la mujer se aventuró a decir:

—Las ruinas del templo de Kirke son un sitio maléfico. Se cuentan historias de sacerdotes lascivos que fueron emparedados dentro de las catacumbas subterráneas en castigo por su lujuria. Pero eso ocurrió hace cientos de años. Ahora no hay allí más que ratones y arañas.

Clikit miró el cuenco que tenía entre los pulgares. —El templo está en ruinas desde hace más de un siglo —prosiguió la mujer—. Tan lejos de la ciudad, no hay nadie que lo cuide. La verdad es que pedimos a los niños que no se acerquen. Pero todos los años hay algún joven que cae por un agujero invisible o por un punto débil del suelo a alguna cripta, y se rompe un brazo o una pierna. —Entonces preguntó—: Si llegaste tan lejos, ¿cómo encontraste el camino para salir?

—La arena... —Clikit hizo girar el cuenco, buscando con los dedos los restos de centeno y col que quedaban en el fondo—. Mientras tropezaba por aquellos corredores, vi el rastro de la arena que se me había ido escapando de la capa. Seguí aquella raya... A veces me caía, a veces pensaba que la había perdido, hasta que llegué tambaleándome a la sala donde había visto por primera vez las... —Aquellos ojos pálidos miraron hacia arriba—... ¡las joyas!

Por primera vez, la mujer se echó a reír.

—Bueno, qué pena que antes de salir no te hayas detenido a recoger parte de ese «despreciable tesoro». Pero supongo que estarías demasiado contento de haber llegado al aire libre.

—¡Lo hice! —El hombrecito tiró de la capa raída, poniéndola sobre las rodillas y hurgando en los nudos—. Recogí algunas... —Arrancó un nudo—. ¡Mira...! Arrancó otro.

—¿Qué quieres que vea?

La mujer alta se inclinó y acercó más la cara mientras Clikit palpaba las arrugas.

En los pliegues había mucha arena fina.

—Pero yo... —Clikit fue rompiendo la tela sobre las rodillas. Al pasar los dedos salía más arena, que se escurría hacia el suelo—. Me detuve el tiempo suficiente para meter aquí un puñado de las piedras más pequeñas. Por supuesto, no pude sacar nada

grande. Pero había diamantes, zafiros y cuatro o cinco relicarios con perlas. Uno de ellos tenía una negra, grande, en... —Miró de nuevo—... en el medio...

—No, esas ruinas no son un buen sitio. —Arrugando el ceño, la mujer se inclinó un poco más—. No son un sitio nada bueno. Jamás iría allí, y menos sola una noche de tormenta.

—Pero los *tenía* —repitió Clikit—. ¿Cómo...? ¿Dónde...?

—Quizá... —La mujer empezó a levantarse, pero se detuvo porque sintió una puntada en la espalda; hizo una mueca—. Quizá las joyas se te escaparon por el mismo agujero por el que perdiste la arena.

De repente, el hombre aferró la muñeca de la mujer con dedos cortos y gruesos.

—¡Por favor, lléveme a su casa, señora! Me ha dado comida. ¿Podría darme también un sitio para dormir, durante un tiempo? Estoy mojado. Y sucio. Déjeme estar con usted el tiempo necesario para secarme. Déjeme dormir un poco, cerca de la estufa. ¿Tiene más sopa? Quizá usted... o alguno de los vecinos... tenga una capa vieja. Una capa sin tantos agujeros. Por favor, señora, déjeme entrar...

—No. —La mujer apartó rápidamente la mano y se levantó despacio—. No. Te he dado lo que podía. Es hora de que te vayas.

Dentro de la choza de la vieja, sobre un paño limpio encima de una mesa de madera dura, había unos cuchillos pequeños y afilados para cortar encías inflamadas, instrumentos puntiagudos para romper los depósitos que se forman en las muelas alrededor de las raíces y limas diminutas —algunas chatas, algunas circulares— para limpiar las zonas podridas que a veces agujerean el esmalte, pues el puesto de la mujer en aquella aldea era parecido al de un dentista, arte en el que, dados los tiempos primitivos que corrían, era muy diestra.

Pero sus cuchillos y sus picos y limas eran valiosos, y ya había decidido que ese extraño hombrecito era probablemente un ladrón vagabundo que pasaba por una mala racha... o directamente un bandido.

Era una mujer bondadosa, pero no tonta.

—Ahora sigue tu camino —dijo—. No quiero que entres en mi casa. Vete.

—Si me permite quedarme, podría volver. Al templo. Buscaría las joyas. Y le daría a usted una parte. Una parte grande. ¡Lo haría!

—Te he dado algo de comer. —La mujer cruzó los brazos—. Sigue tu camino. ¿Me oíste?

Con esfuerzo, Clikit se levantó y echó a andar... no como alguien a quien se le ha negado algo, advirtió la mujer, sino como alguien que nunca ha pedido nada.

La mujer miró cómo se alejaba el hombrecito descalzo, cojeando por el camino convertido en barro por la lluvia. De niña, la vieja había sufrido las despiadadas burlas de los demás niños por su altura, y ahora se preguntó si alguien se habría burlado de aquel hombre por su baja estatura. De un desgraciado como aquél, de un bandido.

—Llegarás a Myetra en medio día si sigues por el camino principal —gritó—. Y

no te acerques a esas ruinas. No son un buen sitio, en absoluto...

Empezó a gritarle alguna otra cosa. Pero entonces, por la sonrisa que había visto y por el olor que había sentido al inclinarse sobre la capa, supo que aquellos dientes escapaban incluso a su arte.

Lo observó un minuto más. El hombre no volvió la cabeza en ningún momento. En los árboles detrás de la choza, un cuervo graznó tres veces, y después aleteó subiendo y alejándose entre las ramas. Recogió el cuenco rojo, volcado sobre la hierba húmeda, y caminó por la arena que se secaba al sol para volver a la choza y esperar a los vecinos que serían los primeros clientes del día.

Nueva York, 1962

REGRESO A ÇIRON (1991)

Cuando era ya un viejo y el historiador de Calvicon lo fue a ver a su choza junto al pueblo de pescadores, con el mar royendo las piedras allí debajo, una tarde, después de repasar de nuevo la organización y las hazañas del ejército myetrano, empezó a hablar de algo que no había mencionado en sus conversaciones anteriores.

Cuando lo dejé allí, a mi príncipe y líder, muerto en la choza de la vieja campesina, tuve una sensación muy extraña, como si yo... no fuese yo en absoluto. Ay, cómo me gustaría encontrar algún rastro del «yo» que era entonces... Usted comprende, hay momentos en los que parece que eso resolvería tantos problemas hoy... Pero ese viejo yo casi ha sido asfixiado del todo, entre mi ausencia total de yo en aquel momento y mi propia voz y mi propia conciencia que ahora exploran los desechos cenicientos de aquel tiempo... No sé: ¿puede usted ponerse en mi lugar...? No en mi lugar hoy: en el lugar que yo ocupaba en aquel entonces. Había visto que mi verdugo se revelaba como mi salvador y, sólo un instante más tarde, había presenciado la muerte de mi mentor, que por supuesto había sido mi verdadero verdugo. Bueno, mientras lo dejaba en la sofocante casucha de la campesina y salía a la luz y el aire, pensé que tenía que volver a nuestro campamento y hacer un nuevo intento de calcular los daños, aunque sólo fuera en cuanto a nombres.

Pero cuando me habían sacado del campamento para llevarme al sitio de la ejecución, yo iba atado, y el cielo estaba oscuro; la verdad es que no iba atento a la ruta que seguíamos. Por lo tanto el pueblo era, para mí, un paisaje totalmente desconocido. En un momento salí de un callejón y me metí a caminar entre unos árboles, pensando que estaría en el campamento myetrano en sólo treinta o cuarenta pasos, y después de ochenta o cien me convencí de que estaba perdido, y salí al borde de un campo cubierto de zonas carbonizadas, como lagos de ceniza, algunos unidos entre sí. En el otro extremo vi unas figuras esparcidas que, por las aves de carroña que se arremolinan encima, tenían que ser cadáveres: desde esa distancia, tenían el tamaño de moscas. Entre ellos había un carro. A un lado, entre unos árboles, se veía una choza quemada.

A poca distancia de donde había salido yo, en el césped, lo primero que encontré fue una red como la que nos había salvado en el espacio comunal del pueblo. Ésta tenía una punta atada a un poste y se extendía por el suelo. Después se inclinaba subiendo hasta una rama de un roble nudoso. Por todas partes había fardos de aquella red, más altos que mi cintura. Contra otro árbol se apoyaba uno de sus planeadores. Otros dos yacían en el suelo.

En la rama de donde colgaba la red, había un Alado. Se veía otro en cuclillas en el suelo, con las alas extendidas por encima de los rastros cenicientos. Mientras yo

estaba allí bajó otro sobre la red, cerró las enormes alas y se volvió para mirarme. Entonces soltó una carcajada y un chillido agudo, asombroso.

Yo no sabía si me atacarían o si me dejarían pasar. Pero el que estaba en el suelo levantó de repente la mirada y gritó:

—¡Juega con nosotros, terrenal! ¡Juega con nosotros...!

El que estaba en la rama maulló distraídamente, mirando al cielo.

—¡Estamos aquí para jugar con el héroe...!

—¡Pero el héroe no está, porque anda haciendo cosas de héroe con los prisioneros y los victoriosos lugareños! —declaró el que había llegado a la red—. ¿Nos dejarás jugar contigo...?

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Qué... tipo de juego?

—Un juego del deseo...

En actitud cómplice, el que estaba en la rama miró hacia abajo y dijo:

—Un juego sexual...

El acuclillado dijo:

—¡Sube a mi espalda! ¡Déjame volar contigo, sólo un rato... una distancia corta... lo necesario...!

Yo había visto a mi amigo despegar y aterrizar, subido a la espalda del Sirviente Vortcir. ¡Quién, viendo aquello, no podía desear un vuelo así!

Supongo que también me asustaba la idea de negarme. Porque ellos eran tan fuertes... ¡Acaban de derrotar nada menos que a toda la brigada myetrana!

Aquellos tres en especial, usted entiende... Bueno, ni siquiera estaba seguro de que fueran hembras, aunque ahora supongo que sí. Pero no resultaba nada fácil saberlo. Sin duda eran miembros jóvenes de la tribu. Y ponían en el juego un gran entusiasmo, quizá hasta avidez.

Me incliné para subir a la espalda del que estaba en cuclillas.

Las alas se abrieron, subieron y bajaron y me vi en el aire, aferrándome a aquellos hombros fuertes. Y ¿en qué consistía el juego?

Ahora... ahora, ya en el aire, ¡yo tenía que pasar al lomo de uno de los otros! Pero ¿cómo demonios...?

¡Hazlo!

Primero se me acercó uno. Le rodeé con los brazos el cuello, pues volaba tan cerca que las cuatro alas se tocaban. Y ése me arrancó y me llevó haciendo cierta maniobra hasta que quedó volando boca arriba... ¡y me quedé apretado contra su cuerpo, vientre contra vientre, mirando aquella extraña sonrisa debajo de la mía!

Entonces, en un momento de descuido, me volcó hacia un lado y caí, con el corazón llenándome la garganta de latidos como si mi cabeza estuviera de nuevo en el tajo; y aterricé en la espalda del tercero... y me apresuré a aferrarme a aquellos hombros mientras caíamos a causa de la suma de mi peso, pero nos recuperamos mientras los demás, volando justo por encima, soltaban acariciadores maullidos; entonces se me pidió que saltara desde donde estaba hasta el que volaba por debajo; y

antes de que me arrojaran de nuevo, con verdadero pánico, salté; y fui recibido entre aquellas hinchadas alas. Me fueron pasando de uno a otro, mientras allá abajo, a cientos de metros de distancia, entre las alas de uno u otro, veía la aldea. Cuando miré de nuevo, el campo arrasado pasaba por debajo, tan cerca —no estábamos ni a un metro: veía con claridad cada margarita y cada brizna de hierba y cada tallo quemado— que tuve la certeza de que nos destrozábamos contra la menor subida. Nos elevamos una vez más. Me arrojaron de nuevo, una última vez, y caí en la red, de espaldas.

Todos se me echaron encima.

Uno me aflojó la cincha de la cintura, otro el cierre del jubón. Me maullaban en los oídos cosas como: «¡Jugamos el juego del deseo, siguiendo la cadena del deseo, sirviendo a la Reina de los Alados! Servimos al amado de la Reina, que es el Sirviente. Servimos al amado del Sirviente, que es el valiente terrenal. Servimos al amado del valiente terrenal, que es el amigo vestido de negro del terrenal... ¡Al jugar, enredamos la cadena!» Prenda a prenda, fui perdiendo la ropa, hasta que debajo de mi espalda desnuda no quedó nada más que la piel áspera, sin curar —y, doblado encima, el pelo maravillosamente suave— del puma.

Allí, los tres me zarandearon, me dieron placer, me mordieron —sí, en varias partes, en el hombro, en la entrepierna, me sorbieron sangre mientras yo rebotaba en la red.

¿Me entiende? Un rato antes había estado al lado de un moribundo ante quien había tenido siempre la sensación de que yo no coincidía con sus palabras: un hombre que había querido arrancarme promesas como si fuéramos un par de amantes, pero mis percepciones estaban tan arruinadas que no podía precisar si él sabía o no que me era imposible responder, pues él bien podía estar hablando con el cráneo del león, ya muerto, allí al lado del mío.

Pero ahora, con esas tres amantes encima, sentía que se me adulaba, acariciaba y excitaba las percepciones corporales hasta un punto, una altitud, adonde no podía llegar el lenguaje, así que las propias promesas eran imposibles. Mientras flotaba y circulaba y volaba sobre las palabras, escuchando aquellos maullidos y chillidos, dejé escapar un sonido totalmente animal, tan inhumano como si el cráneo de la bestia que tenía a mi lado hubiese, por un momento, vuelto a la vida.

Finalmente me deslicé bajando por la red. En la tierra quemada, cuando por fin pude tenerme en pie, miré alrededor buscando mi ropa, y me puse las calzas, las botas, los guantes.

Los tres Alados estaban posados en la rama, tan indiferentes a mi torpeza con el cierre del cinturón, los cordones de las botas y los botones como correspondía a unos auténticos señores del aire.

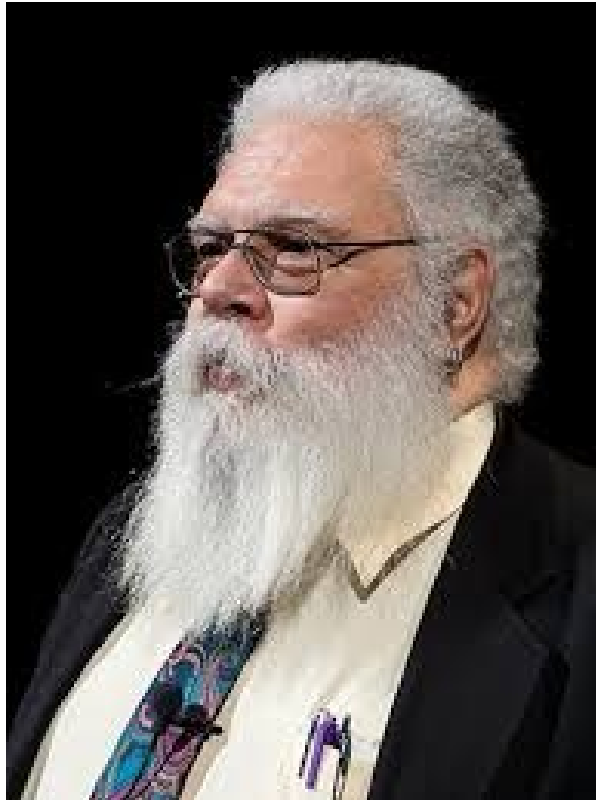
Eché la piel del puma sobre la espalda y después de atarla me metí entre los árboles... incapaz de mirar hacia atrás, desprovisto de todo aquel deseo inicial: medir los daños entre mis tropas.

No lo recordé hasta el momento en que iba caminando de nuevo entre las chozas de un callejón. Al llegar al final, vi que había vuelto al espacio comunal... sin haber avanzado nada en mi proyecto.

Pero quizá entienda usted por qué no es éste un acontecimiento que yo cuente a menudo. La verdad es que no entiendo qué tiene que ver con sus investigaciones. Pienso que, si posee el sentido de la delicadeza, no debería mencionarlo. Como dije, póngase en mi lugar...

A la luz de la tarde, el historiador de Calvicon escuchaba cómo las aguas se llevaban los guijarros y después los arrojaban contra las piedras. Tomó un trago y asintió (pues el historiador estaba cansado, y desde que se habían sentado allí en el pequeño patio el anfitrión había llenado las copas de los dos varias veces), sin saber bien qué le habían pedido.

Amherst



Samuel Ray Delany Jr (Nueva York, 1 de abril de 1942) es un escritor de ciencia ficción estadounidense. Es autor de varios títulos aclamados por la crítica, como las novelas *The Einstein Intersection*, *Nova*, *Hogg*, *Dhalgren*, y la serie *Retorno a Nevèrÿon*. Desde enero de 2001 ejerce como profesor de inglés y escritura creativa en la Universidad de Temple, Filadelfia. También es reconocido por su trabajo como crítico literario.

Su madre era bibliotecaria y su padre el encargado de una funeraria, Delany asistió en su juventud a la Dalton School y al Bronx High School of Science, donde conoció a quien sería su esposa, la poeta Marilyn Hacker, con la que contrajo matrimonio en 1961, pero se separaron en 1980 de manera definitiva, desde entonces Delany se ha considerado abiertamente homosexual.

Empezó a escribir ciencia ficción desde los 20 años, logrando publicar un total de nueve novelas en la década de los 60, además de una serie de relatos con los que consiguió varios premios, luego redactó su décima novela, *Dalghren* (publicada en 1974). Para los años 70, Delany se centró en la saga *Retorno a Nevèrÿon* que consta de 4 volúmenes. Además de haber ejercido desde hace aproximadamente 3 décadas la labor de la docencia.

Delany abarca unos cuantos temas que podrían considerarse tabú por algunos críticos, en sus obras hace referencias explícitas a contenidos sexuales principalmente, aunque sus primeras obras se centraban en mitología, memoria y lenguaje.